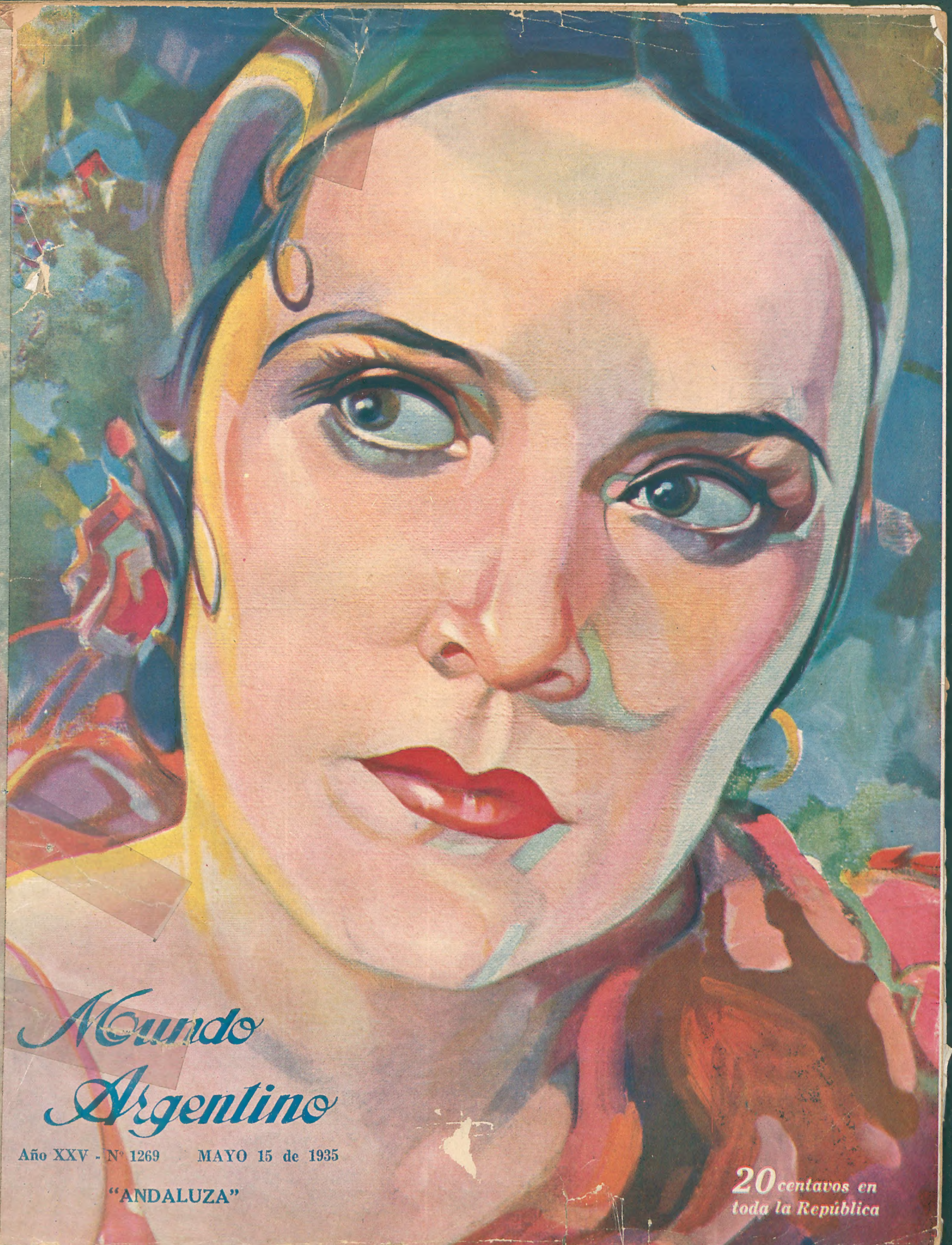


Mundo Argentino

Año XXV - Nº 1269 MAYO 15 de 1935

"ANDALUZA"

20 centavos en toda la República



El sombrerero. — Creo que tendrá usted que comprarlo de todas maneras..., porque no puedo sacarlo.
(De "The Humoristh". Londres)

EL PERRO

Aullaba y ladraba el fiel mastín, alarmado por el roce de las ramas y el correr de las liebres entre los matorrales.

Y su amo, fastidiado porque no le dejaba dormir, le tiró una piedra. El perro calló y fué a refugiarse en su casilla. Poco después vió que saltaban el cerco dos hombres de aspecto siniestro y que se dirigían hacia la casa.

— Si ladro — pensó el perro, — mi amo me tirará otra piedra.

Guardó silencio, y los ladrones robaron todo cuanto pudieron llevar.

Al despertar el amo y ver que habían desvalijado su casa, dió grandes gritos y, furioso, propinó una paliza al perro porque no había dado la voz de alarma con sus ladridos.

Y el perro, derrengado, aullando de dolor, pensó:

— ¿Cómo entender a los hombres? Anoche me tiraron una piedra porque ladraba, y hoy me maltratan porque no ladré.

ASSALEM.



— El pobrecito de mi marido perdió la carrocería jugando a la ruleta.

SALPICON

ANECDOTAS ESPAÑOLAS

A la salida de una sesión académica, Ayala y Echagaray confundieron los sombreros de copa.

Don José, al ponerse el que había tomado, vió con sorpresa que le entraba más de la cuenta.

Observado esto por Ayala, exclamó éste:

—Ese sombrero es el mío, y reconocerá usted, don José, que tengo más cabeza que usted.

A lo que contestó Echagaray:

— No; lo que tiene usted es más sombrero

——o——

Hace ya muchos años. En una casa aristocrática celebrábase una brillante fiesta.

En uno de los ángulos del salón, el conde de Romanones, enamorado, hablaba con la hija del ilustre político Alonso Martínez, entonces su prometida y después su esposa.

En otro grupo, Cánovas conversaba con varios políticos.

Uno de éstos exclamó:

— Vean ustedes allí a Romanones conjugando el verbo amar.

A lo que contestó Cánovas:

— Es verdad; pero se ha quedado en el futuro imperfecto.

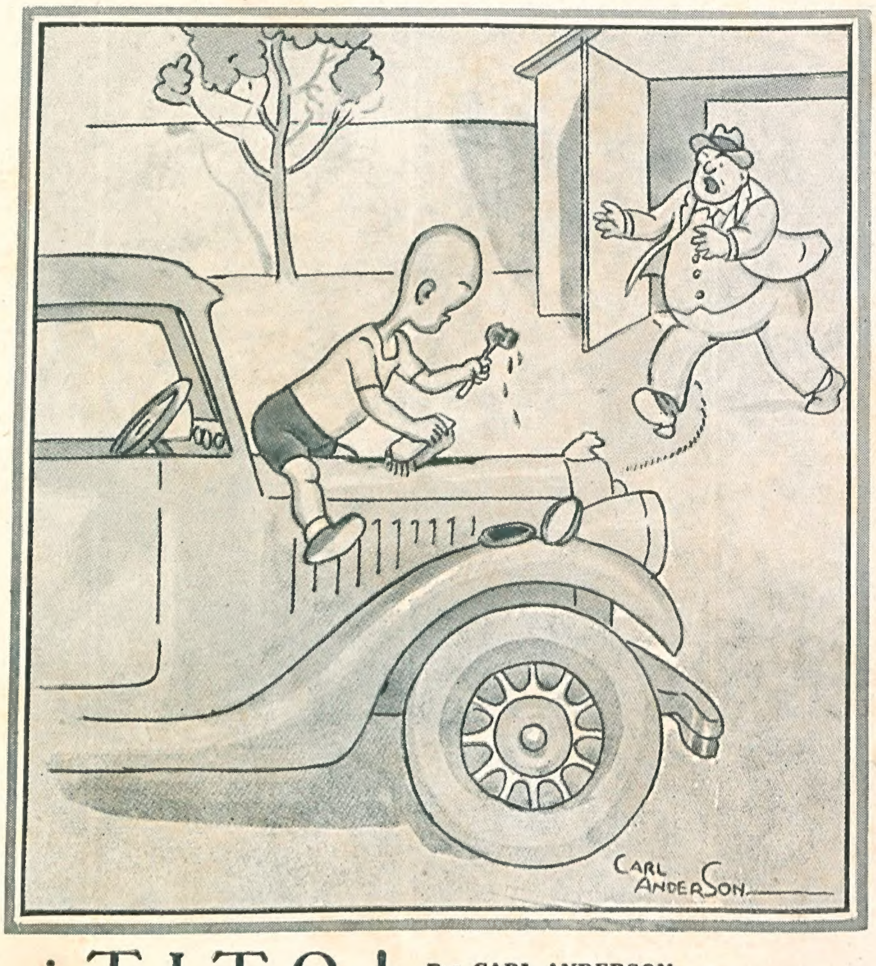
——o——

Un día dijéronle a Unamuno:

— No siempre viste usted bien sus ideas. ¡Qué lástima que no tenga usted mejor surtido el ropero, sin que esto signifique que sea usted pobre en indumentarias artísticas, en ropajes literarios de gran belleza!

Y Unamuno contestó:

— Es que yo no soy sastre, sino escultor.



¡TITO!

Por CARL ANDERSON
(De "The Saturday Evening Post".)

De CASIMIRO PRIETO

— ¡Vaya si será animal
el que hizo este diccionario
de la lengua! — exclamó Hi-
[lario. —
No hallo en él "fosa nasal".
Y su mujer, ¡infeliz!,
dijo, de su fama en mengua:
— ¡Pero, hombre! ¿"En el de
[la lengua"?
Busca en el "de la nariz".

• •

— ¡Conque ¿érais trece a la
[mesa?
— ¡Trece, número fatal,
de cuyo influjo, Pascual,
me reía, y aun me pesa!
— ¿Tanto evitarle interesa?
— ¡Necio es quien de ello
[dudó!
— Pues, ¿qué diablos sucedió
bajo su influjo harto extraño?
¿Murió alguno al año?
— Al año
estaba casado yo.

• •

Gritó Inés, hecha una fiera,
viendo a su esposo achispado:
— Di, José, ¿dónde has pes-
[cado
esa nueva borrachera?;
y haciendo una mueca extraña
respondió al punto José:
— No me acuerdo, sólo sé
que la he pescado con "caña".

PRECIOS DE SUBSCRIPCION:

Mundo Argentino Semanario Ilustrado	REPUBLICA ARGENTINA CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR TODA AMERICA Y ESPAÑA	EXTERIOR DEMAS PAISES
1 año (52 números)..	$ m/n 9.—	$ m/n 11.—	$ m/n 15.—
6 meses (26 „ „)..	„ „ 5.—	„ „ 6.—	„ „ 8.—

Dirección y Redacción:
RIO DE JANEIRO 300
U. T. 60, Caballito 1020 - 29

OFICINA DE AVISOS Y SUBSCRIPCIONES:
Avenida Diagonal
ROQUE S. PEÑA 655
U. T. MAYO (38) 2012, 2013 y 2031 al 2033.

Mundo Argentino
SEMANARIO ILUSTRADO
APARECE LOS MIÉRCOLES

Buenos Aires, 15 de Mayo de 1935



NUESTRO PROXIMO NUMERO

SUMARIO:

ARTICULOS Y NOTAS

EL DOCTOR GETULIO VARGAS, NUESTRO ILUSTRE HUESPED, ES UN "GAUCHO SIMPATICO". En esta nota de *Alejandro Magrassi* se hace una semblanza del presidente del Brasil, en breve nuestro ilustre huésped, en la que se destaca, como rasgo prominente, su cualidad de "gaucho simpático". Y lo es, en efecto, porque fuera de las esferas oficiales, vive y se conduce como un gaucho verdadero. Participa de las fiestas populares en las estancias, vistiendo traje de montar, botas y pañuelo, y tomando mate entre la peonada, sin acordarse de que es nada menos que el presidente constitucional de su patria.

¿QUIENES SON LOS CULPABLES DEL ASALTO AL BANCO ANGLO, DE SANTA CRUZ?, nota, por *Benigno Herrero Almada*. Después de una interesante serie de consideraciones, el autor de esta nota señala los territorios del Sur como el nido de los más terribles delincuentes, por cuanto a muchos de éstos, después de cumplida su condena en la cárcel, se les prescribe como única pena la de reclusión por tiempo indeterminado en tales territorios. Y es así que a estas horas hay por allá peligrosos delincuentes, docenas de ex hombres, desparramados en virtud del Código Penal, conviviendo con los pobladores de una región que hasta en las geografías del país es una "cenicienta".

UN MISTERIO IMPENETRABLE RODEA LA FIGURA, ANTES BRILLANTE, DE JORGE CHICHERIN, nota, por *Luis Ruanova Flores*. Desde hace varios años el nombre de Jorge Chicherin, otrora repetido en los telegramas de la prensa universal, no aparece ni en la más insignificante noticia, como si el famoso primer ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética hubiera desaparecido del mundo de los vivos. Un buen día Litvinoff lo suplantó en el ejercicio de tan alto cargo, y esto fué para Chicherin un golpe fatal, porque lo arrastró al alcoholismo y al vagabundaje.

CUENTOS Y NOVELAS

TRIUNFADORA, cuento, por *Coelho Netto.*

FATALIDAD, relato, por *Anselmo Sánchez Villalba.*

A CIERTA EDAD, narración, por *A. F. Ger.*

Y las historietas y secciones de costumbre.

FUNDADOR:
ALBERTO M. HAYNES

Automóviles, chapas y patentes

Una vez más la Municipalidad de Buenos Aires ha dispuesto cambiar las "chapas" de los automóviles. La molestia y los inconvenientes de esta operación, sin fundamento apreciable, resaltan tanto más ahora que

EXISTIA UNA CHAPA ADOPTADA CON CARACTER DEFINITIVO DESDE HACE CUATRO AÑOS.

Sabido es que antes las chapas eran anuales como las patentes. Cada trescientos sesenta y cinco días se licitaba la provisión, y le costaban a la Intendencia entre ciento veinte y ciento cuarenta mil pesos. Para justificar su renovación periódica se consignaba el año en caracteres visibles. Además, como a pesar del costo eran de latón estampado, el breve uso bastaba, la mayoría de las veces, a inutilizarlas. Por fin el trabajo de substituir las viejas y acondicionar las nuevas era complicado y molesto, con la consiguiente pérdida de tiempo para los dueños de automóvil. Y todo ello fué tenido en cuenta al decidirse la adopción de una chapa fija, habilitada de un año para otro mediante un precinto, que era el testimonio de haberse hecho efectiva la patente.

ERA UNA CHAPA BASTANTE ESTETICA, CONSISTENTE, DE HIERRO, CON NUMEROS FACILES DE VISUALIZAR,

según la experiencia ha demostrado. Y lo más curioso es que, a pesar de estas ventajas, no llegaron a costar ni siquiera lo que costaban las antiguas, habiendo durado hasta ahora en buen uso, lo cual representa para la Comuna un ahorro de casi cuatrocientos mil pesos. ¿Qué circunstancias aconsejaban el cambio? Las nuevas "chapas" llevarán en caracteres visibles el nombre de la ciudad de Buenos Aires. Pero ¿es esta una leyenda indispensable? ¿Puede admitirse que sea suficiente para justificar el trueque? Sin contar las trastornos consiguientes que la nueva ordenación apareja, salta a la vista el propósito vano de resolver un problema que ya estaba resuelto, y lo que es peor, poniendo dinero encima en circunstancias angustiosas, sin duda, para la economía municipal. Y cuando el problema de las patentes no ha sido aún favorablemente solucionado, como tampoco se ha solucionado ninguna de las cuestiones que atañen al tráfico.

PORQUE ES VOZ PUBLICA QUE LAS PATENTES SON CARAS Y EL SISTEMA VIGENTE ES DEFECTUOSO.

La Intendencia recauda alrededor de ocho millones de pesos al año, en números redondos, por concepto de patentes de automóvil. No es una cifra despreciable. Pero es una cifra a cuya formación no contribuyen centenares de coches con domicilio en la metrópoli, unos que circulan con chapa de las comunas vecinas, y otros con "chapa gratis", habida mediante los conocidos artificios que la ordenanza consiente. En ambos casos la deserción se justifica por la subida tasa con que sólo apechugan los verdaderamente resignados. Ha llegado a darse el caso, como aconteció en 1928, de dos comunas próximas a Buenos Aires que expendieron más chapas que habitantes había en sus respectivas jurisdicciones, porque conviene agregar, asimismo, que a la módica patente se asociaba el trámite sumario para obtenerla, trámite que en Buenos Aires ha sido algunos años hasta desalentador por lo engorroso. Estamos, pues, en que el oneroso sistema vigente no gravita sobre la totalidad de la población que tiene automóvil en la capital. Por añadidura, convengamos en que

LO EQUITATIVO DEL GRAVAMEN SERIA QUE ESTUVIESE ACONDICIONADO AL USO DEL COCHE.

En la actualidad paga lo mismo el que anda quinientos kilómetros al año que el que anda diez mil kilómetros. ¿Y por qué ha de ser la patente el único costo que no se regule por el aprovechamiento de la máquina? Del mismo modo que uno y otro no gastan neumáticos, ni consumen nafta en idéntica proporción, no tienen por qué pagar la misma patente. Es obvio. Por otra parte, el criterio que aconsejó instituir la sobretasa de la nafta para sufragar la construcción de nuevos caminos podría aplicarse para la liquidación de las patentes. Tendría, asimismo, doble ventaja el sistema, pues por una parte reemplazaría automáticamente la patente municipal por una patente nacional, y por la otra, el desembolso sería menos sensible para el bolsillo de los contribuyentes, entre quienes se distribuiría más equitativamente el actual gravamen. Es cuestión de pensarlo para dar con el mejor ajuste del sistema que proponemos, porque ni a la Municipalidad le conviene que las comunas bonaerenses continúen defraudándole, digamos así, su renta, ni les hace gracia a los dueños de automóvil desembolsar de una sola vez el precio de una patente que es dos veces más cara que la que se paga por el mismo concepto en la mayoría de los países europeos.

Adiós un poco sentimental, a la señorita calle

POR
JOSE LUIS
SALCEDO



Una a una han ido cayendo las viejas casas que durante largos años fueron límite de la calle Corrientes. Y en medio de un incesante trajín de trabajo, la arteria dilecta de los porteños amigos de la noche, ha ofrecido durante largos días el aspecto que es fácil apreciar en esta fotografía.

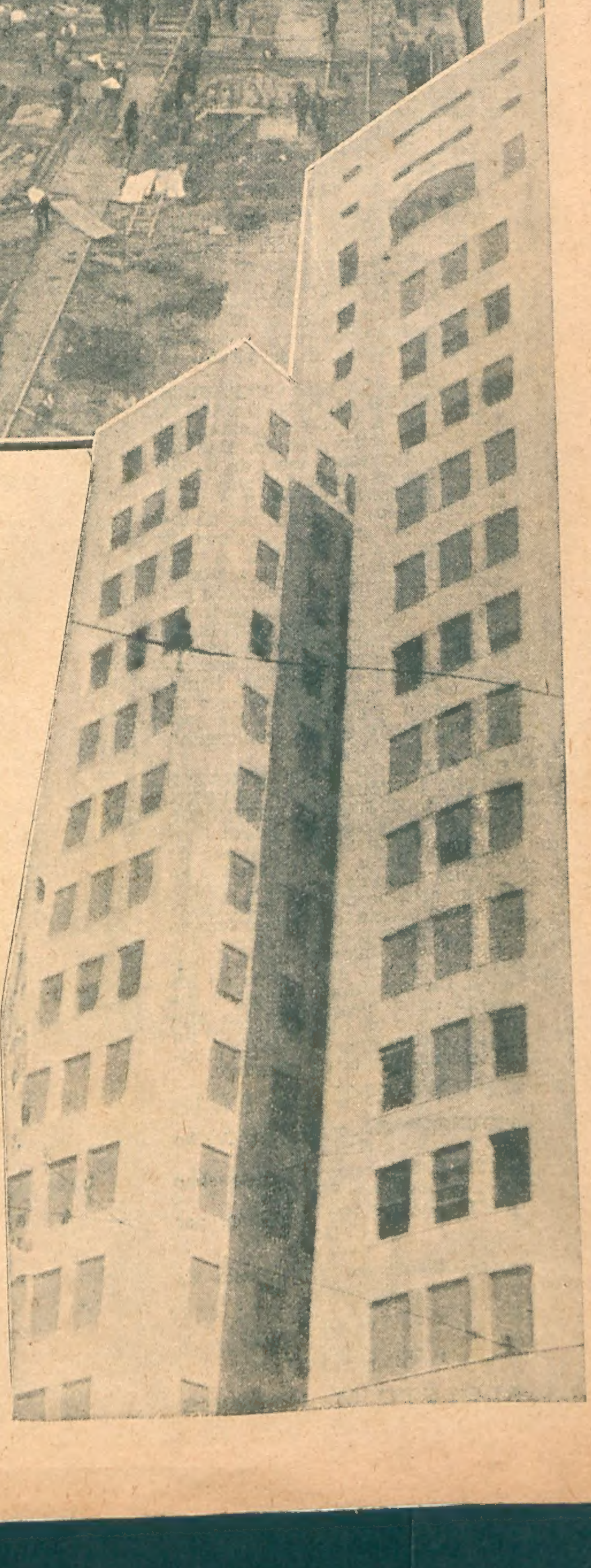
UNAS semanas de afiebrado trabajo han bastado para hacer de la calle Corrientes la imagen de la Broadway neoyorquina. La arteria, antes abarquillada y hervorosa de Lacrozes, en que los viejos edificios parecían estar perennemente en el ademán amistoso de darse la mano, ha cedido a las urgencias municipales y ha hecho un matrimonio de conveniencia con el progreso. Ahora, nueva rica, está ensanchada de reciente asfalto y de aceras descomunales. Las sedas y las joyas le brillan por todas partes. Y un mar de luces de todos colores se quiebra en los mármoles de sus palacios, en las portadas de sus teatros y en los espejos de sus cafés. Ha entrado a la vida seria, aunque arrebatada de éxtasis de las recién casadas. Y, en plena luna de miel, se contempla y se ama a sí misma, desperezada y orgullosa.

El progreso nos la ha robado, pero no podrá nunca apartarla de nuestro corazón. Ningún porteño de estos tiempos olvidará jamás sus años de esbeltez, de grácil soltería. Sus enamorados, que son todos los noctámbulos, los poetas, los artistas, los soñadores de la ciudad, la conservarán afinada y rutilante en lo mejor de sus recuerdos; y al verla ahora, ancha de caderas y henchida de busto, caerán en la cuenta de que envejecen y de que todo cambia y de que todo pasa.



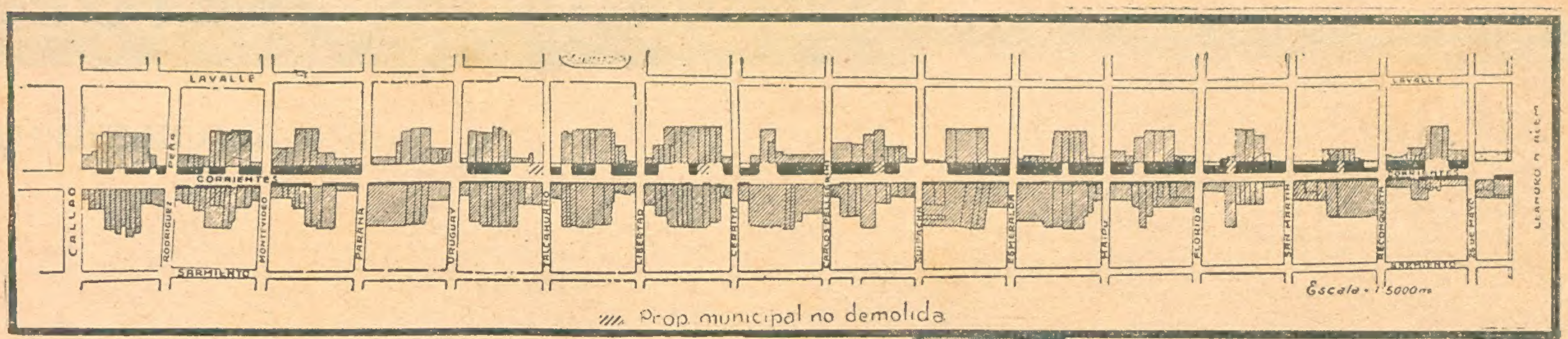
Nosotros queremos decirle nuestro adiós sentimental a esa esbeltez apenas desvanecida. Flotante aún en el aire el polvo de las demoliciones sazonado por las polillas de las librerías de viejo, y aún amontonados en las esquinas los escombros que precipitó la piqueta munícipe, la visión de días no lejanos se adueña del espíritu y, al enfrentarse con la opulenta realidad, hace que un tierno amargor suba a los labios. Como siempre, el tiempo "huye irreparable". Pero todavía es posible detenerlo en el ademán del adiós, al menos por un segundo. Parémonos en el cruce de Corrientes y Esmeralda. Seamos, sin pedanterías y sin sonrojos, el hombre de Scalabrini Ortiz, y, al tender la mirada hacia Callao por la recién abierta avenida, recordemos...

Aquí un vaho de Paseo de Julio y de puerto, allá un atisbo de Montmartre, más lejos una pincelada de arte. La Flor Azteca, el primer



Como una avanzada de lo moderno, este rascacielos se alza en la raíz de la calle vieja Corrientes, o sea en su mismo cruce con el Paseo Leandro N. Alem.

Corrientes en su desposorio con el progreso



Plano de la zona de ensanche y de los edificios afectados.

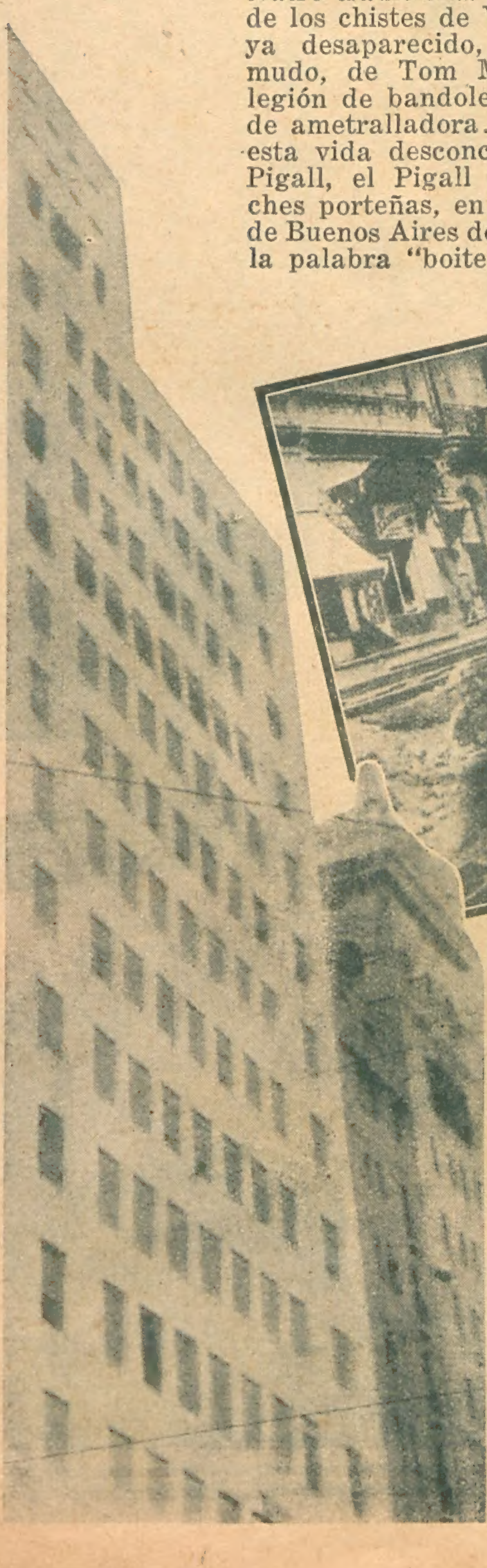
cabaret porteño, la vieja Opera. Franqueada de sorpresas, la calle nocherniega se alarga en medio de un barullo de palomares y de ayunadores profesionales. La argucia y la galantería, el esfuerzo y la molicie conocen, baldosa a baldosa, sus aceras. Florecen en sus zaguanes todos los caramelos del mundo y, en negocios de olor característico, metida en libracos amarillentos, se ofrece, a vil precio, la sabiduría de los hombres. En esta esquina, una máquina ingeniosa muestra al público embobado el paciente trabajo que requiere el punto de la melcocha o el alfeñique. En esta otra, la "canyia" brasileña se brinda a la novelería de las gentes en restauranes norteamericanos fraganciosos a chorizos criollos. En un teatro tradicional el público ríe, todavía, de los chistes de Vaccareza. En un cine, ya desaparecido, el revólver, todavía mudo, de Tom Mix, impone ante una legión de bandoleros mejicanos su alma de ametralladora... Y como el nudo de esta vida desconcertante y apretada, el Pigall, el Pigall diccionario de las noches porteñas, en el que un día el alma de Buenos Aires descubrió la palabra "boite"...



Vista que presentaba la calle Corrientes hasta poco antes de iniciarse las obras del ensanche.



El pavimento ha sido completamente removido y ahora puede ser equiparado al de la Avenida de Mayo o al de las diagonales.

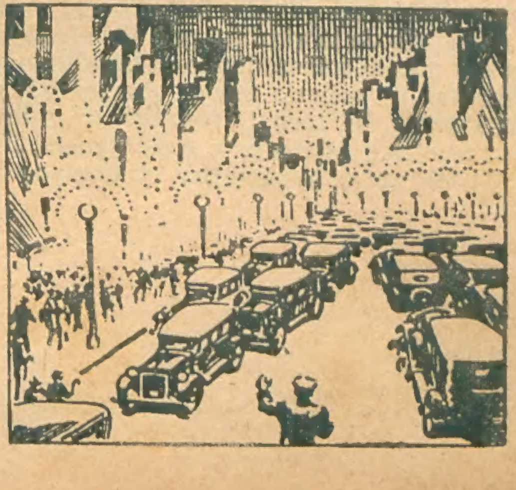


¿Y ahora? "El hombre de Corrientes y Esmeralda es un niño que no ha madurado, que pasó de la infancia a la vejez. Le falta reposo, serenidad interior. A veces tiene empaque, pero no gravedad; mal humor, pero no severidad. Es casi un irresponsable ante la prudencia europea. La vida resbaló sobre él. El no la vió pasar. Estaba encerrado en sí mismo, como en una cueva. Mide el tiempo con sus emociones y cuando se contrasta con los sucesos exteriores, se sorprende del número de años transcurridos."

Así dice Scalabrini Ortiz en "El hombre que está solo y espera". Y así estamos nosotros, sorprendidos de los años que se nos escabullen por la calle ancha, por la calle que acaba de desplazarse hacia el norte... Añade más adelante el escritor que el riesgo de la norteamericanización sitia a la juventud argentina, pero que el espíritu de nuestra tierra no le permitirá triunfar, pues ese espíritu tiene un destino y ha de cumplirlo. Sin embargo, nosotros estamos contemplando una calle Corrientes en que el sur, lo que queda del ayer, refleja con envidia la aparatosidad de la acera de enfrente, a una calle Corrientes que ya no es la de "El hombre solitario que espera", a una calle Corrientes que se ha convertido en su estrecho más noble, en la Broadway de Buenos Aires...

En 1797 Buenos Aires tenía 40.000 habitantes. En los censos de 1869, 1895 y 1914, esta cifra se elevó, respectivamente, a 187.346, 663.854 y 1.576.597. La "Revista de Estadística Municipal" en su número que abarca el primer trimestre del año 1935 da la cantidad de 2.228.440 hasta el 1º de enero del corriente año. Como se ve, el crecimiento de la ciudad ha sido desproporcionado en relación al de la república. Es probable que esto obedezca a lo que ya en 1843 entrevió Sarmiento, cuando dijo que "el mal que aqueja a la República Argentina es la extensión". Lo cierto es que Buenos Aires

(Continúa en la página 25)



Quince días de idilio en un balneario habían despertado en su corazón un...

AMOR

CUENTO POR

EN la estación de "Las Urracas" Fermín Craus se despedía de su amiga, la señora viuda de Alanda. Retenía entre las suyas una de las manos de ella, blanca y cálida, y le susurraba al oído:

—¿De veras, mi querida amiga, que volveremos a vernos?

—Eso depende de usted.

—Por mi parte, con mil amores.

—Entonces allá veremos.

Los últimos veraneantes de "Las Urracas" se paseaban por el andén, impacientes por la demora del tren que los restituiría a la ciudad lejana, para reiniciar su vida de trabajo y preocupaciones. Apartados de los demás viajeros, Fermín Craus y Lorenza Alanda conversaban animadamente, antes de separarse, no sabían si para siempre, después de quince días de flirt, en los cuales Fermín creía haber conquistado el blando corazón de la viudita.

—¡Qué lástima tener que separarnos tan pronto!—se lamentó Fermín Craus.—Cuando uno tiene obligaciones, no tiene más remedio que cumplirlas; de no ser así, no sería yo quien me marcharía, sacrificando la dicha de estar cerca de usted. He hecho toda lo humanamente posible por dilatar mi regreso, pero ha sido inútil. El directorio de la empresa que dirijo me ha enviado esta mañana un segundo telegrama, y éste terminante. Si yo hubiera podido contestarles: "¡Vayan ustedes a paseo y no perturben mi felicidad!..." Pero eso no es posible...; y se quedará usted aquí, sola...

—Sola, no. Con mi tía.

—*¡Con mi tía!* ¿Y qué es una tía?

—¡Señor Craus!...

—Usted perdone, Lorenza, pero no sé lo que me digo. Sin embargo..., si usted quisiera no nos separaríamos.

—¿No nos separaríamos? No le entiendo.

—Podría usted adelantar el viaje..., venirse a Buenos Aires ahora, en mi mismo tren...

—¡Eso es imposible, señor Craus! No hay tiempo material para ello; además, ya sabe usted que yo dependo de mi tía, que ha venido a realizar una cura, y que no piensa moverse de aquí hasta terminarla.

Callaron un momento. Los viajeros, impacientes, descendían a las vías para mirar a lo lejos, a ver si veían aparecer el dichoso tren, que se hacía desear demasiado. Con las manos de Lorenza entre las suyas, que le abrasaban, Fermín Craus no quitaba los ojos del rostro aterciopelado de la viudita, que se le antojaba cada vez más hermosa. Como cada minuto que pasaba era un minuto menos que faltaba para la llegada del tren, y también un minuto menos que les quedaba para estar juntos, Fermín Craus quiso aprovechar el tiempo; sin soltarle la mano, la interrogó:

—¿Y cómo sabré yo, mi querida Lorenza, cuándo regresará usted a su casa?

—Pues...

—¿Sería usted capaz de escribirme?

Pensó ella un momento, y, por fin, al oír, bastante cercano, el pitillo del tren que llegaba, repuso rápidamente:

—Sí, pero... ¿Adónde?

—A esta dirección.—Y le alargó rápidamente una de sus tarjetas comerciales.—¿Puedo confiar en usted?

—¿Por qué no? ¿No es usted acaso... un buen amigo mío? Pues si lo es, ¿qué de malo puede haber en que yo le escriba, anunciándole mi regreso, y, sobre todo, dándole mi dirección? Porque le advierto, amigo Craus, que yo no vivo en Buenos Aires.

—¿No? ¿Y en dónde vive usted?

—Un poco lejos: en Pergamino. Es posible que no vaya usted a visitarme allí.

—¿Que no? Si usted es tan gentil que me invita, no sólo iría a Pergamino, sino que iría hasta el fin de mundo sólo por verla.

—¡Quién sabe!

—No lo dude, Lorenza. ¿Es que no le merezco fe? ¿Es que no lo lee usted en mis ojos?

—Sí —repúsole ella, turbada, ahogada su voz por el bullicio de los viajeros.

—Lo leo en sus ojos...; le tengo fe.

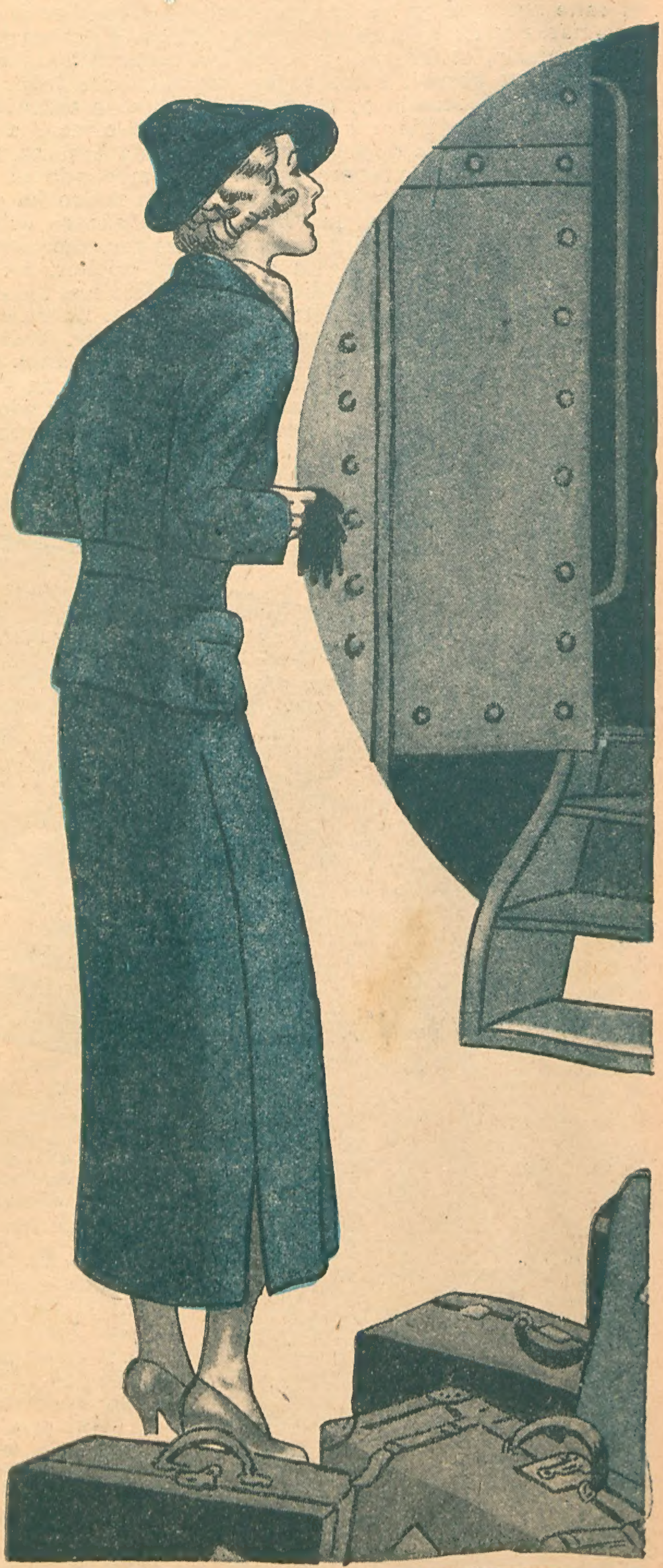
El tren estaba a punto de llegar. Era como algo inexorable, implacable, que se interponía entre los dos. Fermín Craus ardía en ansiedad, de amor. La interrogó desesperado:

—Y si yo fuera a Pergamino para verla, ¿sería usted tan buena que?...

—Yo no puedo prometerle nada.

—Prométamelo, Lorenza, por amor de Dios, aunque sea una mentira; aunque no lo cumpla jamás...

El tren, que ya había llegado, era asaltado por los viajeros, que querían ocupar los mejores asientos. Un ruido ensordecedor de voces y de carretillas conduciendo equipajes, ahogaba sus palabras. Fermín, desesperado, triturándole las blancas manos entre las suyas, que ahora eran como dos zarpas, insistió:



VOLCANICO

...que no había manera humana de poder aplacar.

HIPOLITO D'HONORE



—Prométamelo, Lorenza.
—No sea niño, Fermín. Corra, que va a perder el tren.

—¡Prométamelo, Lorenza!...

—No sea niño, Fermín... Corra, que va a perder el tren.

—Prométamelo, o no me voy.

—Bien; prometido. Corra usted.

Sonó el pito de salida, y Fermín Craus le soltó las manos y tomó sus maletas.

—¡Adiós, entonces!

—¡Adiós!

En un impulso maquinal, incontenible, Fermín se inclinó sobre el rostro de Lorenza y le estampó un beso, un beso ruidoso, en el que había puesto toda su alma. Y en seguida de dárselo huyó para encaramarse en uno de los últimos coches del tren, que acababa de ponerse en marcha.

Hacía ya dos semanas que había regresado Fermín Craus de "Las Urracas" y en el curso de ellas no había recibido una sola noticia de la viudita de Alanda. Este silencio le tenía soliviantado, loco. Cumplía sus obligaciones automáticamente, equivocándose con frecuencia. El recuerdo de Lorenza era superior a su voluntad; le había conquistado; le había hecho perder la cabeza; podía llegar a convertirle en su esclavo. Le había azuzado tanto el deseo que estaba dispuesto a ir a Pergamino y buscarla allí, casa por casa, hasta dar con ella.

Solterón empedernido y conquistador afortunado, Fermín Craus en sus momentos de reposo moral se detenía a pensar en su aventura, y se admiraba de cómo aquella mujer había podido exacerbar en tal forma sus sentidos; y el hecho era que, a pesar de querer olvidar, el recuerdo de Lorenza hacíase cada vez más potente en su cerebro.

Cuando ya no pudo más envió un telegrama con la respuesta pagada, al gerente del balneario de "Las Urracas". En él solo le hacía esta pregunta: "¿Continúa en esa la señora viuda de Alanda?", y la respuesta no se hizo esperar. El gerente del hotel se despachó con un "no" seco y tajante. Y este "no" un momento le ilusionaba, porque le decía que su enamorada ya se hallaría en Pergamino y que de un momento a otro podía escribirle como le había prometido, o le desilusionaba, porque a pesar de hallarse ella en su casa, no le había anunciado su regreso.

Y siguieron pasando los días, en el mismo desesperante silencio. Fermín Craus se sentía enloquecer, con deseos de ahogar a todas las mujeres con que se cruzaba, de tanta que era su ansiedad. Estaba seguro de odiar a todas, si no conseguía el amor de Lorenza.

Cuando su desesperación había llegado a su punto culminante, no pensó dos veces lo que debía hacer. Consultó una guía de ferrocarriles, y en el primer tren para Pergamino se marchó en busca de su torturadora. "Pergamino no es una ciudad tan grande—se decía durante el viaje—y me será fácil dar con ella"; pero no fué así: durante tres días inquirió en los hoteles, en los negocios, en la policía. Nadie conocía a la señora viuda de Alanda.

"¡Me ha engañado!—se dijo con desaliento, hundido en el asiento del tren, de regreso a la gran ciudad.—¡Es una malvada!", y se juró olvidarla, poniendo los ojos y el cerebro en otras mujeres más nobles, aunque no tan hermosas.

De la estación Retiro se hizo llevar en un taxi a la oficina. No se preocupó de refrescarse, de cambiarse de ropa. Quería olvidar su fracaso sentimental consagrándose al trabajo, poniendo al día su correspondencia, sus asuntos...

Al llegar, se dirigió directamente a su despacho. Allí sobre la mesa-escritorio, le aguardaba una pila de cartas. Al verlas tuvo una corazonada.

"¿Y si entre éstas cartas está la de ella?"; las repasó rápidamente. De pronto, al tropezar con un sobre color rosa, perfumado, su corazón tembló: "¿Será ésta su carta?" La abrió rápidamente. ¡Era de ella! La leyó de un tirón, sacudiéndose emocionado: la carta decía, escrita con una letra menuda, de mujer culta: "Mañana, jueves 26, le espero a usted en la estación Pergamino, a la llegada del tren de la tarde... y le prometo hacerle feliz. De no acudir usted a esta cita, es señal de que no me quiere tanto como ha pretendido demostrarme, y en ese caso será inútil que me busque en Pergamino, porque no vivo ahí, sino bastante lejos, en un pueblo donde gozo de la mejor estimación."

Terminada la lectura de esta carta, Fermín Craus se sintió desfallecer; sintió que se le rompía algo dentro del cerebro y dentro del corazón. Su impaciencia le había perdido. ¡La carta lo citaba para el jueves 26, y ya era sábado 28!

FIN



¿El matrimonio es la tumba del amor?

(DOS CARTAS Y UNA OPINION DIFICIL.)

"Santa Fe, abril de 1935.

"Amiga mía, querida:

POR tercera vez ha fijado Ernesto la fecha para llevar a cabo nuestra boda, y por tercera vez me asaltan las dudas, el temor de que la realidad destruya el sueño venturoso en que vivo... Si no hubiera puesto en este amor definitivo y verdadero (ya que no merece esa jerarquía ninguno de los flirts que entretuvieron la impaciencia de esperarle), toda mi vida..., sería más valiente, tal vez más inconsciente...

"Pero tú sabes con qué sutilezas, con qué ternuras está formado. A veces me detengo en el recuerdo, lo evoco... encarnado en un niño que naciera tras un alumbramiento accidentado, vencido por su constitución robusta. Se alimenta, crece, balbucea, se afirma. Y lo imagino dormido. Yo velo, y como todas las madres, a la vera de su cuna, sueño. Desfilan la salud, la gloria, la fortuna, el amor...

"De pronto voces rudas de hombres que discuten asuntos de interés, ante la ventana de la habitación, en la calle, interrumpen la visión.

"La vida no es un sendero llano, las pasiones alejan la gloria, la fortuna es esquiva, la salud peligra, el amor pocas veces se alcanza...

"Instintivamente me aproximo a la ventana, quiero cerciorarme de que está cerrada. No quiero que las voces de la calle turben el sueño feliz de mi criatura...

"¡Así estoy, ante mi amor, como una madre velando! Esta evocación es algo más que el fruto de mi fantasía, es el reflejo de una inquietud tan honda como sincera.

"Dime algo; necesito que me lo digas. Tú, que sabes más de la vida.

"¿Es cierto que el matrimonio mata al amor?... ¿Que... "el matrimonio es la tumba del amor"?...

"¿Muere, vive..., se transforma?... Aplaca esta inquietud. Cualquiera sea la opinión que me traiga tu carta, prometo escucharla.

Nela."

"Buenos Aires, abril de 1935.

"Mi pequeña y querida Nela:

"¡Eres incorregible!, te diría, si viviese, aquella santa mujer que fué tu madre, acariciando tu rebelde cabellera rubia, cual si quisiera apaciguar con aquel gesto tan tierno las zozobras de tu espíritu analítico en extremo.

"Asumo la responsabilidad que encierra la opinión que solicitas. Tal vez no sea esta la respuesta que esperas, pero es la que me sugieren la experiencia y el cariño que te profeso.

"El matrimonio es la tumba del amor". ¿Dónde leíste la añeja frase? ¿Quién la pronunció ante ti?... Desconozco su paternidad, mas, sin duda, nos la legó algún descontento. ¡Son tantos los que sólo se detienen a propalar los inconvenientes del matrimonio, al que suelen llegar como viajeros ilusos, con las manos vacías!

"No se viaja sin equipaje cuando el viaje no es una simple aventura de turistas. Hay que trazar el itinerario de acuerdo a nuestro peculio. Preparar las maletas. No confundir los trenes en el empalme matrimonial, y, sobre todo, gustar, apreciar el paisaje.

"Un hombre y una mujer, querida Nola, y no te alarmes por lo que voy a decirte, por muy enamorados que se casen no pueden perpetuar el sentimiento que los une durante mucho tiempo. Es decir, no pueden perpetuar su intensidad.

"Todo en la vida sufre la acción del tiempo, se atenúa, se transforma o se desgasta.

"Cuando el amor ha llegado a su período máximo, que es, por lo general, cuando se efectúa el matrimonio, sólo cabe la posibilidad de que se acentúe, si factores extraños se le antepusieron y determinaron la boda.

"Y si no aumenta, preguntarás, recelosa, ¿disminuye el amor en el matrimonio?...

"He aquí el momento difícil en que es necesario poner toda el alma, la inteligencia y la comprensión femenina para que el amor no se malogre. Para que su esencia no se evapore... y se transforme en cariño, cariño sólido.

"¿No es cariño el amor?... Lo es, pero no exaltado, idealizado, engalanado, como tú lo sientes hoy.

"Hay que salvar la crisis que representa esta hora difícil. Nada de lágrimas, rebeliones, quejas, reproches o suspiros. Lo prudente es atisbar el momento. No sólo en el compañero, en nosotras. ¿Quién puede asegurar que éste estado psicológico no se produce antes en la mujer? La pizca de desencanto que se sufre al contacto de la realidad, no sería ajena a ello.

"Cuando el amor es una llama que se eleva, avivada por los deseos, no pasa de ser una simple "fogata" que apaga la satisfacción del instinto; entonces es casi siempre difícil salvar algo de la crisis; ésta se produce demasiado pronto, por obra de un breve proceso fisiológico.

"Mas cuando ambos contrayentes llegan al matrimonio como viajeros precavidos, unidos por el sentimiento, la estimación y otros factores propios de seres sanos de cuerpo y alma, que cultivaron juntos el huerto espiritual, entonces la llama se eleva, tiene en la altura el resplandor rojizo que ilumina las miserias terrenales... hasta convertirse en lumbre, brasa, rescoldo...

"¡Y qué bien se siente el alma, y el cuerpo que perdió energías en la lucha, al rescoldo del hogar, conjugando a dúo sobre las cabecitas rubias o morenas de los hijos, dos verbos que tienen una misma raíz sentimental: "Yo amé..., quiero. Tú amaste..., quieres."

"Sí, Nela, el amor, grande y sublime sentimiento, no puede eternizarse. ¿Lo concibes tú momificado?... Correría ese riesgo.

"Cada generación lo renueva con la savia de su sangre moza.

"El amor se transforma, se convierte en cariño, y el cariño se alimenta de tolerancia mutua, de la fusión de alegrías, de la comunidad de lágrimas.

"¿Insistes en retardar la boda? Supongo que no querrás hacer de tu sueño un infinito letargo...

"Espero que tu respuesta sea una invitación. Estoy deseando verte; sabes que no cedo a nadie, el derecho de ataviarte con el traje nupcial, en cuya elección pondré todo el empeño y la ternura que habría puesto si se tratase de la hijita que ya no me atrevo a esperar.

Susana."

DISCULPA

¡Que aún hago versos! Favores
de las hermanas divinas.
¡Cómo! ¿De pálidas flores
no se adornan las ruinas?

Dulce es soñar en la tarde
descendiendo el verde monte,
cuando en áureas luces arde
y desmaya el horizonte.

Dulce al crepúsculo, errando
por las cañadas estrechas,
dar al viento, recordando,
melancólicas endechas.

Ya vendrá la noche, entonce
ni más canto, ni más ruido;
graves las cuerdas de bronce
dirán al romperse ¡olvido!

• •

MELANCOLIA

¡Grave y dulce es recordar
en el crepúsculo triste
de la vida que es un mar,
lo que ha sido y ya no existe!

Revista que el alma pasa
de sus triunfos y reveses,
desde el huerto de la casa
a los fúnebres cipreses.

Avanzando en mi odisea,
vuelve atrás el pensamiento
cual la llama de una tea
que es llevada contra el viento.

¡Cuántas memorias no alumbra,
y qué abismos de tristeza!
Entonces a Dios se encumbra:
¡poder, misterio, grandeza!

De nuevo en amor se enciende
ante aquel amor sublime,
y sus anchas alas tiende
como un ave negra, y gime.

Pues no hay consuelo mayor
del hombre al fiero quebranto,
que sumergir su dolor
en el mar del propio llanto.

Cuanto nace, al morir, llora;
de nubes cúbrese el cielo,
vierte lágrimas la aurora,
¡se viste el templo de duelo!...



PAGINAS OLVIDADAS

Arda en nuestra ara, encendida,
envuelta en finos crespones,
la lámpara bendecida
de ya extintas ilusiones.

A su fulgor vacilante,
yérguense frescos los lirios
en la fuente sollozante
de los pasados martirios.

¡Flores tristes de la tumba!
Mi talismán sois vosotras;
hasta el día en que sucumba
no orlaré mi cruz con otras.

¡Ah!, jamás apartar quiero
de mis penas el sentido:
sé, dolor, mi compañero,
ya que al fin no me has vencido.

Templado en tu ardiente fragua,
tras cada golpe me calmo.
¿Se hunde el barco? ¡Pecho al agua!
La vida es lucha y es salmo.

Si el cansancio nos doblega,
a la orilla del camino
sentados, en tanto llega
la sentencia del destino.

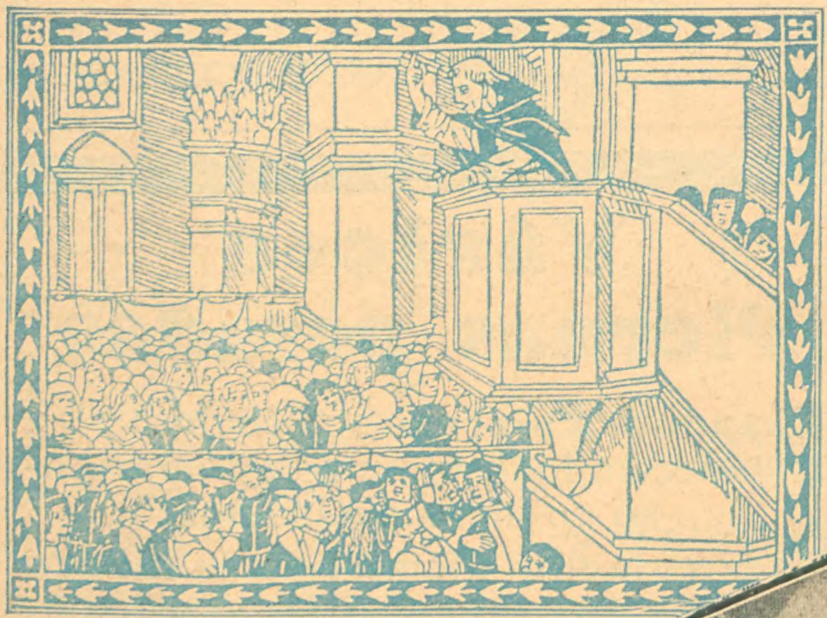
¡Grave y dulce es recordar
en el crepúsculo triste
de la vida, que es un mar,
lo que ha sido y ya no existe!

CARLOS GUIDO y SPANO

SAVONAROLA, *en* PLENO RENACIMIENTO, CREO *la* PRIMERA POLICIA INFANTIL

LA historia está llena de secretos para los que distan mucho de ser especialistas. Acaso la razón sea que los estudiosos se rehusan a poner en manos de los no iniciados la "gran historia" y la monopolizan como un tesoro, hasta su total aclaración.

He ahí por qué fray Jerónimo de Savonarola, el formidable prior visionario de Florencia, rico en anécdotas y una de las figuras más discutidas de la época, permanecerá un poco ignorado hasta que la historia pronuncie la palabra definitiva. Se ha hablado de su iluminismo, de su filiación filosófica, de su misticismo acendrado y de aquel su gesto terrible con que predijo la caída de Florencia, la muerte del Médicis, atreviéndose después hasta a poner en la picota al propio papa Alejando VI y a la flor más pagana del renacentismo: Lucrecia Borgia.



Fray Jerónimo de Savonarola, el exaltado prior visionario de Florencia, predicando desde el púlpito ante un auditorio devoto de sus palabras.

Sin embargo, no ha llegado aún a los manuales accesibles la mención de su terrible "policía infantil", acaso uno de los aspectos más interesantes, sugestivos y contradictorios de su gobierno tiránico, único precedente en la historia del mundo.

EL CARNAVAL FLORENTINO

En los balcones del palacio Riccardi — lleno de damas y "gonfalonieros" — habíase concentrado toda la alegría, el lujo y la depravación de aquel carnaval florentino de la segunda mitad del siglo XV.

Parecía como si los hombres, después de la larga tortura del medioevo, buscaran resarcirse de tantos años de ascetismo y obscuridad. La alegría bulliciosa y sin medida se daba en aquella casa, donde todo lo más rico y noble de Florencia habíase propuesto renovar las mentadas épocas de la decadencia helénica.

Bajo los balcones se amontonaba el pueblo.

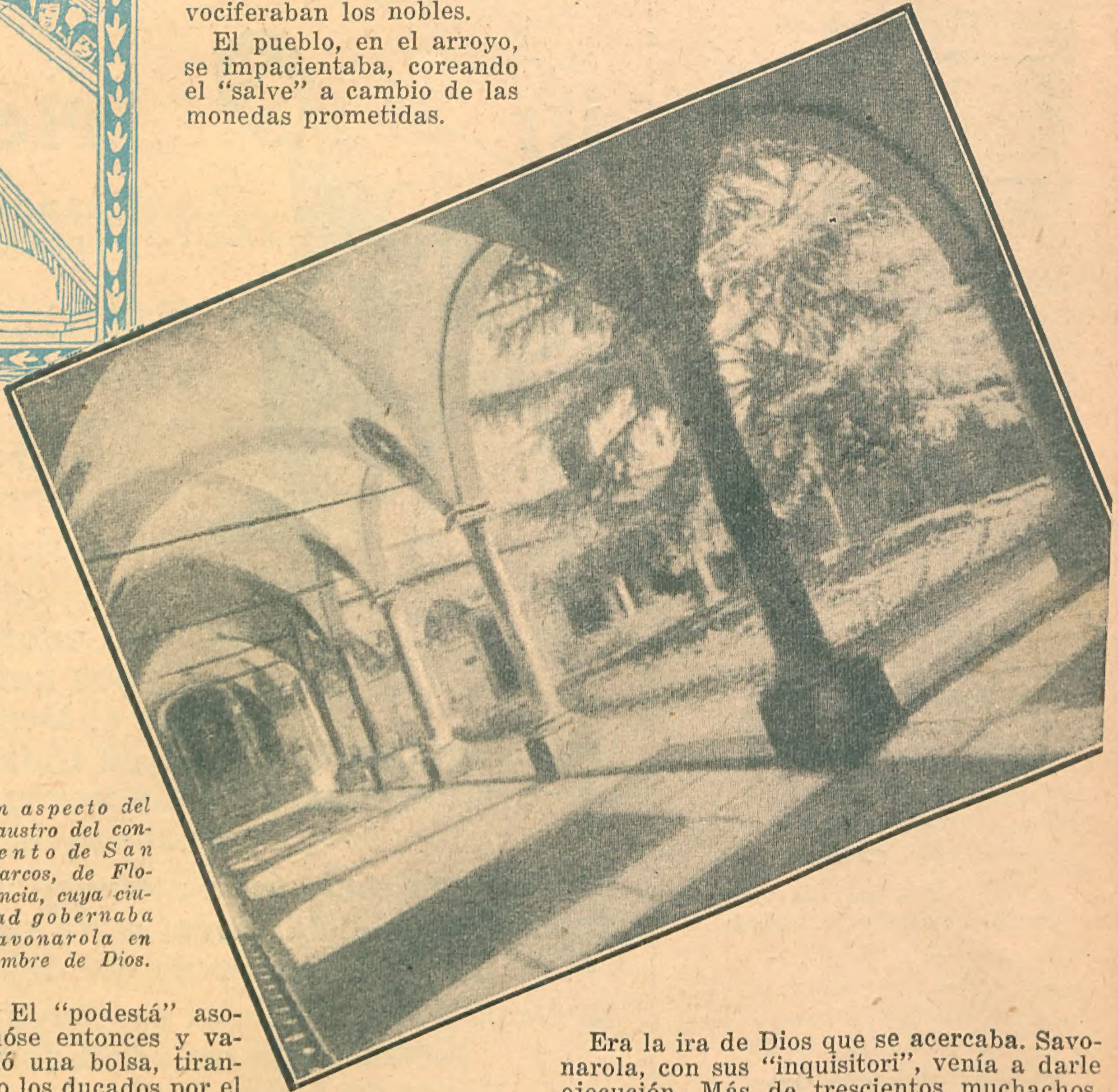
—¡Florentinos! — gritó de improviso el "podestá". — ¡Florentinos! ¡Mil ducados! Por la gracia de Atenas y por Florencia, donde se dan las mujeres más hermosas de Italia.

Todos miraron hacia arriba. Se vió entonces cómo una de las damas, subiendo a un pilar, echaba a andar por la cornisa hasta apoyar su espalda en uno de los magníficos medallones que había esculpido Donatello, y lentamente empezaba a despojarse de sus ricas vestiduras bordadas de perlas, que, al caer, las mujeres de la chusma se disputaban bárbaramente.

Poco a poco terminó con todas las amplias prendas. Silencio en las terrazas y en la calle. El lucerío de las hachas rojizas recortó de pronto su silueta sobre los patinados medallones. Arriba la duquesa sonreía como una diosa, viendo a media Florencia arrodillada bajo el imperio de su belleza insolente... y el oro de sus amigos.

—¡Salve la gracia! — vociferaban los nobles.

El pueblo, en el arroyo, se impacientaba, coreando el "salve" a cambio de las monedas prometidas.



Un aspecto del claustro del convento de San Marcos, de Florencia, cuya ciudad gobernaba Savonarola en nombre de Dios.

El "podestá" asomóse entonces y vació una bolsa, tirando los ducados por el aire. Abajo, los miserables de la ciudad se disputaban con puñales y palos las monedas, mientras la nobleza asistía tranquilamente al espectáculo.

LA IRA DE DIOS

Savanarola, después de la invasión de Florencia por Carlos VIII — invasión que él mismo había previsto durante los años de Lorenzo el Magnífico, — detentaba, en realidad, el poder de la ciudad. Gobernaba en nombre de Dios, y también en su nombre, desde el púlpito de la catedral de San Marcos, insistía en sus anatemas contra la lujuria y la licencia de los carnavales: "Yo os hablo en nombre de Dios, y si miento — agregaba con la convicción de un fanático, — es Dios quien miente por mi boca."

Hacía ya tiempo que Florencia había sido consagrada a Dios y Jesucristo coronado rey. Sin embargo, la nobleza despreciaba profundamente a ese monje que parecía venir de la Edad Media y había levantado al populacho en su favor, proclamando el imperio de la moral y la humildad. Creíanlo, empero, capaz de cualquier cosa para lograr el fin que se había propuesto. De ahí que cuando el "podestá" acababa de tirar las monedas al pueblo y se dejó oír el ruido de la turba de los "corretori", que avanzaban a paso de carrera, cerráronse rápidamente los balcones, mientras la multitud en la calle, contagiada del mismo terror, dispersábase atropelladamente.

Era la ira de Dios que se acercaba. Savonarola, con sus "inquisitori", venía a darle ejecución. Más de trescientos muchachos, de seis a diez y siete años, hambrientos y rotosos, que por voluntad del monje constituíanse en censores de la moral y las buenas costumbres, acicateados, sobre todo, por la perspectiva de un rico botín en el palacio Riccardi.

LOS "CORRETORI DE LA CITA"

Savonarola los había reclutado en los barrios pobres, buscando que cesaran las



EVOCACION HISTORICA POR FACUNDO LAS HERAS

cruentas luchas en que se empeñaban diariamente. Subyugábale la idea de que fueran niños, precisamente, los que ejercieran el control de la moralidad pública.

Estaban divididos en especies de compañías, con sus "capos" al frente, que se llamaban ellos mismos (por burla a las autoridades civiles que Savonarola puso bajo la fiscalización de las eclesiásticas) "gonfalonieros". Lorenzo el Magnífico, que había tenido oportunidad de verlos actuar en varias oportunidades, los llamaba "gonfalonieros de la hipocresía y la ignorancia".

Así, al mando de Savonarola, que los escol-

(Continúa en la página 16)

"Yo os hablo en nombre de Dios — decía Savonarola, y lo decía con la convicción de un verdadero fanático, — y si miento, es Dios quien miente por mi boca."



Dibujo que reproduce al prior famoso en su celda, entregado con pasión singular a su tarea de llenar cuartillas y cuartillas.



Interior de la celda de Savonarola, en el convento de San Marcos.



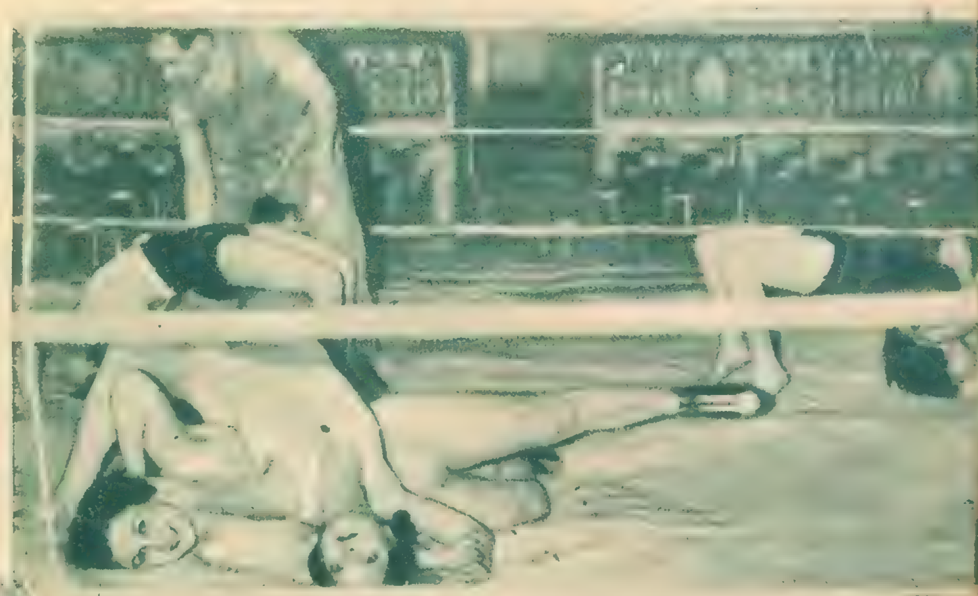
Suplicio de Savonarola, en la plaza pública, donde fué entregado a las llamas. Mientras moría, el monje decía sin cesar: "¡Florencia! ¡Florencia! ¿Qué has hecho?"

UNA SERIA AMENAZA PARA EL HOMBRE:

EL CATCH AS CATCH CAN FEMENINO

Viendo la brutalidad con que se vapulean los atletas que practican el catch as catch can ¿quién puede sospechar que una mujer sea capaz de tal cosa? Sin embargo, lo es. En muchas ciudades europeas las mujeres ofrecen este espectáculo tan poco femenino. Aquí vemos a una pareja de luchadoras en un momento culminante





La práctica del catch as catch can requiere fortaleza, sangre fría, y, sobre todo, un gran desprecio por la vida del rival, al que se castiga cruelmente, hasta con impiedad. ¿Y es posible que una mujer, dulce, sensible, débil por naturaleza, pueda llegar a convertirse en una fiera? ¡Pues buen porvenir espera a los futuros maridos! La foto muestra un ring de entrenamiento, en que unas lindas chicas se preparan para sus triunfos de "mañana".



Estas chicas — españolitas por más señas — van en camino de convertirse en campeonas del viril deporte. Por lo visto no temen por su dentadura, ni por sus narices. Acaso piensan que cualquier deformidad física puede constituir su mejor encanto.



El entrenamiento es arduo para el profesor, que no cesa de corregir los defectos de sus alumnas, indicándoles el momento oportuno de un golpe. Este hombre, puesto a luchar con sus "débiles" alumnas, ¿por quién temerá más: por cualquiera de ellas... o por sí mismo?



Iniciada la lucha, las chicas se sienten tan campeonas como los colosos que desfilan por nuestros rings, arrancando las exclamaciones de admiración de sus parciales con sus violentas acometidas. Mientras la de abajo trata de mantenerse inconmovible, la otra pugna por sacudirla como un pelele.



Ochoa, el campeón de lucha grecorromana, que en España tiene fama de coloso, aparece aquí entre algunas incipientes luchadoras. ¿Verdad que, contemplando el cuadro, da éste la impresión de un león rodeado de unas inocentes gatitas? Pero... ¡vaya a fiarse uno de semejantes gatitas en tren de pelea! Acaso sea exponer el pellejo.

Notas de la CAPITAL



En los salones del Círculo de la Prensa tuvo lugar recientemente una comida en honor de los socios de la institución que veranearon en la Casa del Periodista, de Mar del Plata. Como era de esperarse, la demostración adquirió los más brillantes contornos, por la cantidad de comensales que reunió. Algunos de ellos aparecen en la foto.



Inaugurando su sede social el Club del Comercio ofreció un té danzante en honor de sus asociados. Fué ésta una fiesta que congregó destacadas figuras femeninas, como lo demuestra esta fotografía en la cual aparecen la señora y las señoritas de Hermelo.



Grupo de concurrentes al té danzante del Club del Comercio. Aquí aparecen reunidos en uno de los intervalos del festival, que, como era de esperarse, resultó muy lucido.



Eugenia de Oro acaba de inaugurar, en Radio Splendid, una hora teatral denominada "Entretelones", en la cual se ocupará de todas las actividades del teatro. Aquí la vemos en compañía de la actriz Pierina Dealessi, que está haciendo uso de la palabra.



Entre las figuras femeninas que tomaron parte en la inauguración de la hora teatral "Entretelones", figuró la actriz Luisa Vehil, que aparece en esta fotografía escuchando a quienes la precedieron frente al micrófono.

Colocación de la PIEDRA FUNDAMENTAL del PALACIO Municipal de Vicente López



En el palco oficial que se levantó para la ceremonia de la colocación de la piedra fundamental del palacio que ha de construirse para Municipalidad de Vicente López, estuvieron presentes el presidente de la República, general Agustín P. Justo, el ministro del Interior, doctor Leopoldo Melo, el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Santiago Luis Copello y altas autoridades provinciales y municipales



Un aspecto del público durante los discursos que se pronunciaron en el acto de la colocación de la piedra fundamental del edificio.



El secretario de la intendencia de Vicente López leyendo el pergamino, que luego fué depositado juntamente con la piedra fundamental.



El concejal de la capital federal, señor Reinaldo Elena, contemplando la piedra fundamental, momentos antes de ser colocada en el lugar donde ha de levantarse el palacio.

Fotos "Mundo Argentino"


Don Fermín
POR DANTE QUINTERNO
¡SE CASA MIGUELITO! Y ME MANDA PARTICIPACIÓN E INVITACIÓN A LA CEREMONIA EN CASA DE LA NOVIA!
¿QUÉ REGALO LE MANDARÉ? EL OTRO DÍA LE OÍ DECIR QUE LE HACÍA FALTA UN GRAN COFRE O ARCÓN PARA EL VESTÍBULO...
¡SI! ¡ESO LE REGALARÉ! ¡UN ARCÓN ELEGANTE Y AMPLIO DONDE PUEDA GUARDAR MUCHAS COSAS! ¡Y VOS, COSTANTINO, IRÁS A COMPRARLO!
¡OY DIÓ! ¿Y QUE ES ESO?
¡YO NO TENGO TIEMPO DE IR! DEBO ESCRIBIR ALGUNAS CARTAS; ASÍ QUE VOS LO COMPRARÁS POR MÍ. YA SABES, QUE SEA UN COFRE BIEN AMPLIO.
¡OY DIÓ! COFRE, ARCÓN, EN EL "DICIONARIO" DICE QU'ES COMO UN CAJÓN PA GUARDAR COSAS, PA GUARDAR - Y YA M'HE PATEAO UNA PUNTA 'E CUADRAS SIN ENCONTRAR UN NEGOCIO QUE TENGA DE ESO...
BUENO, SE LO COMPRO Y LO MANDA A ESTA "DIRECIÓN" DE PARTE 'E DON FERMÍN FIERRO, PERO TIENE DE LLEGAR ANTE QUE SE REALICE LA CEREMONIA...
ESTARÁ ALLÁ A TIEMPO.
¡AH, DON FERMÍN! ¡POR FIN ENCONTRÉ LO QUE USTÉ BUSCABA! YA ESTÁ MANDADO Y TODO.
¿NO TE OLVIDASTE DE PONER LA TARJETA CON MI NOMBRE?
¡NO!
¡BUENO, MUCHAS GRACIAS, COSTANTINO, POR TODO! AHORA IRÉ A ABRAZAR A LOS NOVIOS.
¡AH! ¡AHÍ ESTÁ MIGUELITO! ¡FELICITACIONES, VIEJO! ¡VENGA UN ABRAZO!
¡USTED NO ES DESEADO EN ESTA CASA!
¡EPA! ¡UN MOMENTO! ¿QUÉ PASA?
¡ECHALO A PATADAS, HÉRCULES!
¡SÍ, FUERA DE AQUÍ!
? ! ?
¡AHÍ TIENE SU REGALO Y OJALÁ LE SIRVA DE LECHO PRONTO!... ¡GROSERO! ¿ES ESA UNA FORMA DE BURLARSE DE UNOS RECIÉN CASADOS?
OBSEQUIO DE FERMÍN FIERRO
DANTE QUINTERNO

Savonarola...

(Continuación de la página 11)

taba, llegaron aquel Carnaval hasta el palacio Riccardi. Mientras unos se dedicaban a apalear a los hombres, que en plena fuga seguían disputándose aún las monedas recogidas, los otros volteaban las puertas de la mansión y subían a toda carrera las escaleras. Las primeras vanguardias caían en el intento de vencer la improvisada trinchera de floretes y hachas que oponían los nobles en uno de los descansos. Pero eran suficientes y la perspectiva del botín los aguijoneaba aun más. Vencidos los nobles, los "corretori" se lanzaron sobre las damas, que en vano trataban de recatarse, cubriéndose con velos. Las manos mugrientas se apoderaban de ellos, desgarrándolos, y tapando con pintura negra las blancas desnudeces. Algunos pilletes llegaban al extremo de encender las empolvadas pelucas en la propia cabeza de sus dueñas. Otros se dedicaban a romper las telas de Fra Giácomo, de Ghirlandajo y de Andrea de Verrocchio, tirándolas a la calle, con todo aquello que podía ser tachado de innecesario y lujuso. El arte considerábase también como un pecado asimilable a la lujuria cuando no representaba escenas místicas.

Afuera, Savonarola, de pie en su carruaje, los miraba, fosco pero indulgente, mientras su diestra se elevaba para bendecirlos. Era la ira de Dios que se revelaba en el furor de esos "inocentes".

CELOS FLORENTINOS

Decíamos al encabezar la nota que se explica que los acontecimientos o los hombres más discutidos lleguen sólo a las grandes masas una vez que se ha producido el juicio terminante. Cuando no sucede así, entra la generalidad indistinta a participar en la discusión, cada cual desde su punto de vista particular, y sin tener, desde luego, ni los conocimientos ni el equilibrio necesario. Cabe por eso un breve paréntesis. No juzgue el lector no especializado a fray Savonarola por los relatos que se acaban de puntualizar.

La historia que Godofredo Leland relata sobre los amores de Jacopo Labinati y Catalina Cannacci, pueden justificar, y justifican, la extrema posición ética del prior de San Marcos.

Labinati, noble casado con Verónica Cibo, cruzaba una noche Florencia, cuando para resguardarse de la improvisada tormenta que se abatía sobre la ciudad, buscó refugio en el portal del palacio Cannacci. Catalina le invitó a entrar. Ambos enamoráronse "perdidamente" y Catalina juró que había de ser desde entonces la rival más encarnizada de Verónica. Esta lo sabe, y planea entonces su terrible venganza. Una noche — al regresar Jacopo de casa de Catalina — encuentra sobre una cómoda, en su cuarto, un hermoso jarrón, obra de Lucca della Robbia, que tenía grabada la palabra "Tradimento", y las flores que lo colmaban sostenían una tarjetita donde se leía otra palabra, tan desconcertante para él como la anterior "Sorpresa".

¿Traición? ¿Sorpresa? ¿Qué significaban? Verónica, al ser interrogada, obsequió a su esposo con una mimosa sonrisa, y Jacopo no volvió a preocuparse ya del asunto. Días después, Verónica le anuncia que esa noche habrá en el castillo una gran fiesta, y le encarece se quede para ayudarla en la tarea de atender a los visitantes. Ese mismo día escribe a la amante de su esposo disfrazando la letra como si fuera la de Jacopo, rogándole que despida a la servidumbre porque va a ir a visitarla. Catalina cae en la celada, y los emisarios de su rival la sorprenden indefensa. Mientras tanto, en el castillo, y a una hora avanzada, pregunta Jacopo a su mujer por qué no han llegado aún los invitados. Ella entonces, llama a un criado, y sonriendo, exclama: "¡Aquí tienes para ti solo a la invitada que más has ansiado!", presentándole en el jardín la cabeza de su infeliz amante.

Jacopo se lamenta unos días, y luego se olvida. El matrimonio sigue tan tranquilo como antes. De Catalina nadie se acuerda...

LA DISOLUCION DE LOS "CORRETORI"

Se explica así que en un ambiente de semejante moralidad, se hiciese necesario aplicar el exagerado código moral de Savonarola.

Sin embargo, el gran monje habíase armado con un puñal de doble filo: "los corretori". Tenían sed de ataque, y nadie se salvaba de su furor. Su acción llegó a ser tan nefanda, que gran parte del tesoro artístico de Florencia desapareció por culpa de aquella "policía infantil" de características tan particulares. Ya no eran solamente las mujeres que temblaban delante de esa turba de chiquillos, que llevaban como bandera la moralidad y como aguijón la codicia de la rapiña.

Cuando el dominico Doménico, en representación de Savonarola y el mínimo Rondinelo fracasaron en su prueba de fuego — juicio de Dios que consistía en saltar dentro de una hoguera para verificar quién era el depositario de la verdad, si Savonarola o los que lo encarnecían, — los "corretori", que habíanse formado en la "piazza" del Palazzo Vecchio por compañías, decretaron la caída del monje. Defraudados por no haber podido gustar el espectáculo, sostenían que si Savonarola era realmente tan poderoso, hubiera impedido que lloviera para que no se malograra así el "juicio de Dios".

Y fueron sus mismos "inquitori", los "corretori" que él patrocinó, guardianes de la moral, quienes, mientras lamían las llamas los pies del cadalso, tirábanle piedras, acercándole hachones encendidos a los hábitos, mientras en lo alto del poste el fraile, extendiendo aún la mano entre el humo y el fuego que lo envolvían, lo bendecía, exclamando: "¡Florencia! ¡Florencia! ¿Qué has hecho?"

FIN



PANORAMA SONRIENTE

Por LORIBAN PETISEN

A vueltas con el idioma

Desde que puse fin a la discusión del significado trascendente del vocablo Tuyú, que al igual del apellido Reinafé (consúltese Cárcano en su libro respecto a Quiroga), proviene del inglés aunque parezca inverosímil, creía poder dormir sereno, lejos de estas tenaces disonancias lingüísticas que nos hacen perder el tiempo.

Cuando años ha, teníamos en don Leopoldo un lumínico faro, a la manera o bajo la envoltura de un Menéndez Pidal criollazo, cualquier lío de la índole estaba de antemano resuelto, acercándonos al faro. Pero, ¡ay!, desde que don Leopoldo no "trabaja para afuera" los interesados debemos recorrer los procelosos mares de la lengua, valiéndonos de brújulas desimanadas y pilotos de tormenta de cine que nos traen y retrotraen como a Cristo, de Herodes o Pilatos.

Mas de lo que ahora se trata por eclosión de los etimólogos residentes en Buenos Aires y discípulos de aquél, es de la probable concordancia para uso externo, de un idioma preciso, culto y claro, mezcla por partes alícuotas de español y argentino.

Ese lenguaje bipartita es para algunos especializados, el desideratum; para otros, un desatino.

La hora en que acabe la letanía de los fundamentos en que reposan ambas tesis, la aprovecharé para colocar un punto de finiquito a estos enredos.

Entretanto séame permitido formular votos por que no nos matemos a balazos en cada esquina por estas cosas, y que nuestras escasas divergencias conyugales, sociales y comerciales no se multipliquen por razones idiomáticas, amén.

Pero, señores; ¡si no hablamos tan mal como suponen los técnicos!

Somos deudores de los periodistas —cuya cultura universal y superior aquéllos niegan,— somos deudores de la exhumación de vocablos preciosos que nos permiten, por ejemplo, referir en rueda de damas historias y anécdotas dudosas, sin herir sus aterciopelados pabellones auditivos.

Tal ocurre con las voces: pelandusca, perendeca, coevo, descubiertas y puestas de moda para una mejor inteligencia de crónicas policiales.

Ni somos tan ignorantes como pretenden los altos tutores del léxico, para desconocer la existencia de muchos vocablos con doble equipo; es decir que, teniendo idéntica significación pueden escribirse bien o aparentemente mal, y sin embargo, están bien de ambos modos.

¿Quién no sabe, verbi-gratia que orgía (con acento) se puede escribir y pronunciar orgia (sin acento) sin hacer ningún papelón; que podemos decir inocente o innocente; escritura o escriptura; vanguardia o vanguarda; ingeniero o engeñero; y que en reemplazo de sonido puede emplearse sueno; fusil por fusible; suco por jugo; homicio por homicidio; orgullez por orgullo y otras cosas por el estilo?

¿Quién no lo sabe y desde cuándo? Desde que el periodismo, por fortuna, incorporó a sus senos maternales, las mejores dactilográficas en disponibilidad; y es por ello que ya no se publica un comentario cinematográfico, la descripción de una carrera de equinos o de un choque de ómnibus si no están redactados con todas las reglas del estilo.

Al canto, este botón de rosa:

"La esperitualidad superficial de los parlamentos, la comicidad transparente de los episodios, la intención satírica que late en su asunto y que disipa sus convencionalismos..., etc."

Esta magnífica tirada que un lector medio atribuiría al eterno orador máximo de la juventud porteña, sólo es un acápite del anuncio del estreno de una película.

Y a la simple lectura se advierte la ausencia de toda jactancia. Es un milagro de espontaneidad y fluidez.

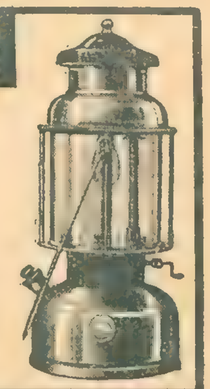
Pero, señores; ¡si la ola cultural que estos periodistas levantan, ya invade las murallas chinas de las estaciones radiodifusoras!

Y hoy, hasta los hablistas, parlantes, locutores, parleros o "speakers" comienzan a consultar de reojo la gramática y la preceptiva y se someten a regímenes de dicción y pronunciación de cuyas leyes no tenían noción.

Si esto sucede en los dominios de la radio, donde se nutre de espiritual el analfabetismo verdadero y el otro, demos gracias a los periódicos y a los etimologistas que, por entretención y regodeo, andan a vueltas con el idioma.

La forma limpia de expresarse puede adquirirse con un soplo de buena voluntad, aprovechando estas lecciones públicas y los libros de valor.





No siempre son las emociones violentas las que engendran...

UNA TRAGEDIA PASIONAL

...que surge natural e irreparable de la psicología de los espíritus.



A las veintiuna en punto nuestra prima Gertrudis nos llama a cenar. Con desgano dejo a un lado, en el suelo, la lezna y la fusta que empecé a coser esta tarde, y que pienso regalarle a mi prima cuando cumpla los diez y siete años. A duras penas me levanto de mi banquito petisó, dolorido, encorvado por dos horas de trabajo. Un viejo farol, colgado del techo de la galería, me baña la cabeza y los hombros con su luz suave. En el patio, sobre el emparrado, por encima de los álamos y de las lomas, hay una maravillosa claridad lunar. Ningún viento sacude el sueño pesado de los álamos. Desde la cañada llega el rumor del arroyo y el canto litúrgico de las ranas. Más cerca se oye el grito de un perro. En la cocina suenan los platos.

Bostezo. Extiendo en seguida los brazos en una doble flexión de desentumecimiento y de cansancio. Después me arrimo a la mesa, debajo del emparrado, y me siento en una silla que se va para atrás no bien me quiero respaldar en ella. Sobre la hoja de un cuchillo de mesa se quiebra un rayo de luna.

Mis dos hermanos, Hernán y Tomás, ocupan el escaño, en el costado de enfrente. Estoy cansado y con sueño. Un sueño de días. Hasta se me ocurre que toda mi vida ha sido un largo sueño o, más bien, una dolorosa pesadilla. Desde chico ya andaba sirviendo a otros. Mi padre me conchavó, cuando tenía diez años, por cinco pesos al mes. Por ese sueldo estuve cinco años...

No he provocado estos recuerdos deliberadamente. Ellos han llegado de improviso y, por asalto, han ocupado los dominios desolados de mi cerebro, de donde, seguramente, no los arrancaré más...

Apoyo los codos sobre la mesa limpia, sin hule, desnuda como mi alma, y cubro mi cara con las manos. En esta actitud me sorprende mi prima cuando me sirve la sopa. Me acomodo en el asiento y me quedo mirando estúpidamente los hilillos de vapor, que describen caprichosos arabescos en el aire. Como un autómata tomo la cuchara, la lleno de caldo y la llevo a mi boca. Esta sencilla operación la repito cuatro o cinco veces. Después me limpio los labios y me quedo cabizbajo, como si temiese levantar los ojos y mirar de frente a mis hermanos.

— ¿No te sirves más? — me pregunta mi prima.

— ¡No!

— Puchero... ¿tampoco?

— ¡Tampoco!

— ¿Qué te pasa? Si no comes te vas a volver tísico...

— ¡Mejor!

Mientras los demás comen yo trato de distraerme pensando en cosas más alegres. Pero no lo consigo. Me levanto, doy una vuelta por los cuartos y vuelvo a ocupar mi asiento junto a la mesa. Ya que no es posible atajar esos recuerdos, es mejor dejarlos pasar libremente y seguir detrás de ellos, envueltos en la niebla de las cosas que ya pasaron, hasta que el grito de un pájaro o el ladrido de un perro, al hacerme estremecer, me diga que he estado soñando...

Hasta la edad de diez años asistí a la escuela. Con una facilidad asombrosa aprendí a leer y escribir. Cierto día mi maestra hizo mi elogio delante de todo el grado. Creo que esa fué mi primera emoción. En unir ensueños de niño, más de una vez, me llenó de afán la posibilidad de ser maestro como la señorita. Pero los pobres no debemos alimentar quimeras. Debemos conformarnos con vivir en la intimidad de nosotros mismos esa vida que no nos está destinada. Y eso ya es mucho.

La sordidez de mi infancia sólo logró expandirse en la escuela. Participaba, es verdad, muy pocas veces en los juegos de mis compañeros. Prefería la conversación y la lectura sobremanera. Era algo apático y taciturno. Recuerdo que una de mis compañeras me dijo, cierta vez, que le gustaban mucho mis ojos porque eran hermosos y tristes. En mi casa pasaba por un niño "raro". Mi raciocinio infantil llegó a concluir, con una profunda y silenciosa pena, que yo no era muy querido por mi padre y hermanos. Mi madre había muerto al alumbrarme. Creo que un niño sin madre es como una flor sin aroma. No tiene alma.

Había asistido dos años a la escuela, sin interrupción, cuando empezaron a hacerme faltar a clase, ya con el pretexto de mandarme al almacén, ya con motivo de las siembras, o de las cosechas o de la esquila... Hasta que un día dejé de ir para siempre.

Me conchavaron. Al cabo de un año yo y la majada de ovejas que cuidaba éramos una misma cosa. Siempre detrás de ellas, mi oído llegó a percibir y conocer el balido más débil, y mi vista a distinguirlas entre mil. A veces pensaba entre mí que yo debía ser, para las ovejas, un centinela odioso y tiránico. Me distanciaba de ellas lo más que podía. Al resguardo de los pajonales yo me estiraba panza arriba y me quedaba horas enteras mirando al cielo tan claro y tan azul, debajo del cual yo me sentía tan pequeñito, tan insignificante que hasta llegué a dudar de mi existencia como persona. Esa observación de cielo, pampa y horizonte me columbró las ideas de vértigo, de amplitud y de mundo. ¿Qué habría más allá de donde mi vista no pasaba, de ese límite ideal que me rodeaba? La necesidad de saberlo me llevó a preguntar, y una vez satisfecha mi curiosidad despertaron en mí nuevos deseos, nuevos afanes. Más de una vez tuve la idea de escaparme. Pero..., ¿adónde iría?



Cuento por FELIPE VILLEGAS

Cierto día el patrón me mandó a traerle unos libros de su escritorio. Era la primera vez que yo entraba en ese lugar prohibido. En un instante repasé con mis ojos toda la vastedad de la sala. Un hermoso mueble me llamó la atención. A través de sus límpidos cristales pude ver una gran cantidad de libros, bien ordenados y dispuestos unos al lado de otros. Desde entonces no perdí oportunidad de admirarlos. Por ellos sentí deseos inauditos, algo como un ansia de poseerlos o de entrar en relación directa con



ellos. Fué una verdadera tentación aquella biblioteca. Hubo noche que no pegué los párpados pensando en aquellos libros. ¿Serían novelas o libros de historia? Por último sucumbí a la tentación.

Una noche, a la hora de la cena, me deslicé hasta la salita y, a tientas en la obscuridad, me apoderé del primer volumen que alcanzaron mis manos. En la cocina, a la luz incierta de un mechero, leí: "Knut Hamsun". Y más abajo: "Vagabundos". ¡Qué nombre más extraño y qué título más sugestivo! Esa misma noche lo leí. Anduve unos días como hechizado, con el corazón lleno de afanes desconocidos. Lo volví a leer varias veces. Otra noche lo restituí a su lugar y substraje otro volumen. Leí: "E. F. Amiel". Y más abajo: "Diario íntimo". Y así otro libro y otro... Así, también, aprendí varias cosas. Entre ellas a no tener vergüenza, a encanallarme bastante y a sentir esa vibración sobrecogida del alma al contacto de la belleza y de la armonía. Aquellas páginas de "Corazón" que leyera en la escuela, palidecieron ante mi concepto, llevado de la mano por el encanto de estas obras. Me gustó el juego y seguí a él. Lo seguí hasta que, un buen día, el patrón me hizo llamar a su escritorio, para "conversar" conmigo. Su charla no pudo ser más amena. La terminó con estas sencillas y elocuentes palabras:

—Yo no quiero rateros en mi casa, de modo que puedes irte y decírselo a tu padre.

Llorando fuí al galpón, hice un atadito con mis ropas, fuí al campo a buscar mi burro, volví a las casas, y lo ensillé. En esto se me acercó la cocinera.

—¿Te dijo el patrón por qué te echa? —Yo la miré asombrado, sin contestarle.— Anoche te vió la señora cuando saliste de la sala...

Me quedé mirando el suelo, atontado. Después le di la mano y salí al tranquito, rumbeando a mi casa. En el camino me devané los sexos buscando una explicación a lo sucedido. Aquella noche no había ido a sacar libro alguno, ni tenía ninguno en mi poder. Antes de cenar yo me había tirado sobre mi apero, sin desvestirme, y me había quedado dormido. Lo recuerdo bien.

Llegué de noche a mi casa. Temblaba de pies a cabeza. Comprendía demasiado que mi padre no atendería razones ni escucharía la defensa que ya llevaba preparada. ¿Qué podría alegar, sin embargo, que tuviera algún poder de convicción? Tendría que confesarle a mi padre que, en verdad, había substraído algunos libros, pero que los había devuelto. Opté por contar las cosas como habían sucedido. Yo mismo me asombré de mi tranquilidad al enfrentarme con mi padre. Como lo había previsto no creyó nada de lo que le dije. Pero lo que no estaba en mi previsión fueron unos azotes que me hizo jugar por las piernas. Después me encerró en un cuarto, bajo llave. No hay nada que deprima tanto el espíritu de un niño como el castigo corporal. Su alma se rebela, su inocencia sucumbe y la reflexión temprana empieza a manifestarse y termina por creer en la injusticia de ciertos castigos. Es esto lo que hace revolucionarios a los niños como a los pueblos jóvenes. Yo juzgo por mí mismo. ¿Merecía semejante castigo mi falta? Si hubiera sido más fuerte seguramente habría sabido defenderme. Sentí odio por primera vez. Lloré, más que todo, de rabia y de impotencia. De pronto mis ojos se fijaron en la ventanita que daba al corral. En un instante, como una luz repentina, tuve el alumbramiento de "mi idea". Sin reflexionar levanté el pasador de la ventana y salté en la noche. Llevaba una muda de ropa, un poncho, un peso moneda nacional y ansia de otras tierras, de otras almas. Así me lancé por esos senderos abiertos a la aventura, a la esperanza y al dolor. Caminé toda la noche. Caminé con rumbo, pero sin destino. No me di tregua. Sabía muy bien que un alto en el camino, un desfallecimiento, podía hacerme cambiar de opinión. No tenía tiempo para perder. Mi padre me haría buscar al día siguiente, y yo, a estas horas, tenía que estar lejos. No sabía cómo ni adónde iría.

Cinco leguas, seis... Sentía pesadas mis piernas, las sentía desarticuladas, desobedientes al impulso flaco de mi voluntad. El "mono" en mis manos era algo irreal, monstruoso. Tenía sed en la noche fría. Algo extraño me golpeaba las sienes, apresuraba el latir de mi corazón, me sofocaba. Me detuve un momento, mis manos laxas soltaron el "mono". Sin intentarlo caí de rodillas sobre el suelo mojado. No pude contener un sollozo. Sentía que unas lágrimas se desprendían de mis párpados, corrían por mis mejillas ardientes, iban a caer a mis labios para que yo gustase su sabor amargo... En ese momento vino a mi memoria el recuerdo de un viejo apero sobre el cual me tendía muchas noches bajo el techo del cielo. Mis ojos empezaban a cerrarse, cargados de sueño. Un ruido, débil por lo lejano, me hizo poner de pie. Miré a todos lados. Allá, hacia el naciente brumoso, pero que ya insinuaba la luz del alba, se movían algunas luces en la noche. Era un tren. Me estremecí y, maquinalmente, empecé a correr. Cuando intenté reconstruir los hechos estaba sobre un vagón carguero...

Fueron otros trenes los que levantaron mis huesos, y vi otras cosas y "comí el pan en el dolor", y supe de fatigas y de cansancio, de sed y de hambre. En el trabajo hallé un paliativo para mi desventura. En tres años pasé por todas las alternativas,

(Continúa en la página 21)

Ilustró LEMOS

TODOS LLEVAMOS EL DESTINO EN LAS LINEAS DE LA MANO

PERO MUY POCOS SABEN LEERLO

APRENDA USTED A HACERLO

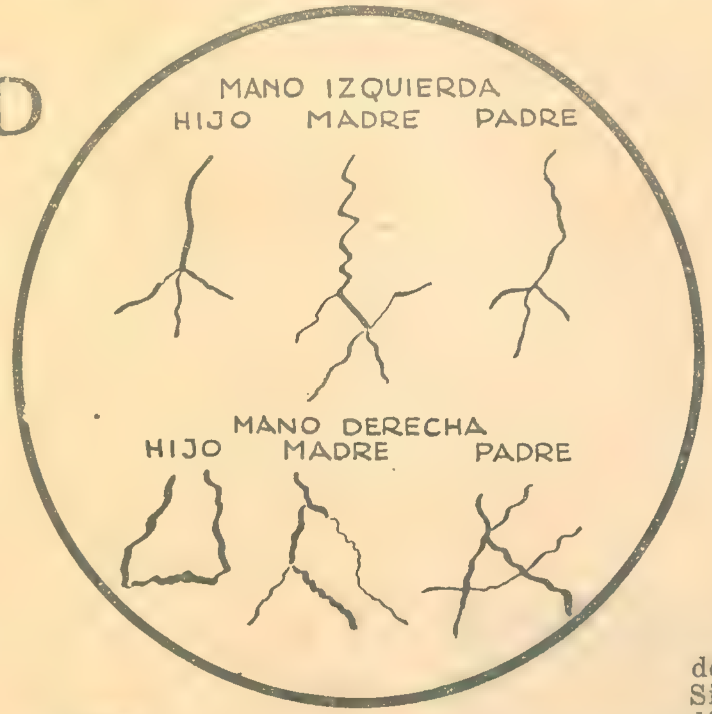
LAS VENAS DEL DORSO DE LA MANO EN EL HIJO, LA MADRE Y EL PADRE

Todo lo que se relaciona con la mano interesa a la quiromancía. Son elementos auxiliares de la misma — bien observadas — las venas, el vello, las manchas, las granulaciones, etc. y suelen constituir puntos de referencia verdaderamente valiosos para desentrañar conclusiones que ayudan al diagnóstico exacto o, por lo menos, acertado en sus principales faces.

He aquí un diagrama (en círculo) de la figura que dibuja la vena, en el dorso de las manos — tanto derecha como izquierda, — de una trilogía clásica: el padre, la madre y el hijo. Para que las venas resalten de modo que puedan observarse, en el análisis de las manos, debe emplearse el siguiente procedimiento: Se deja pender la mano durante varios minutos, para que la sangre afluya a la misma, y luego se aprieta la muñeca, en la parte del pulso, con el fin de provocar una congestión venosa. Y si bien no consideramos que las venas sean un factor de identificación personal, como lo asevera Tamassia, estamos acordes en que, para una mirada sagaz, un instinto quirosófico y una inteligencia deductiva, su atenta observación puede ser fuente de apreciables recusos. La arterio-esclerosis, por ejemplo, en sus comienzos, o ya desarrollada, es más fácil de advertir de esta manera. Se relacionan los conocimientos así adquiridos con la lectura de la línea del corazón y de la vida, y puede de ese modo vertirse una opinión más completa y autorizada.

Del mismo modo, cuando la línea del corazón presenta síntomas poco halagadores en cuanto al funcionamiento de ese órgano, y no obstante resulta embarazoso determinar algo concreto, inquirir el estado y situación de las venas, produce beneficios en cuanto a la autoridad del juicio que se vierte.





En el gráfico que presentamos puede advertirse que, en lo que atañe a la mano izquierda, la ramificación triple es distintiva. La mano derecha presenta una configuración bien distinta, en cada persona, con respecto al relieve del conducto sanguíneo, lo cual echa en tierra las ideas de Tamassia respecto a la indentificación. El jeroglífico de las venas, en el dorso de la mano, sólo es un elemento factor, y por eso nunca desdeñable, de la ciencia o arte quiromántico.

EL DORSO DE UN NEUROTICO

Obsérvese el dórso cuya lámina reproducimos. Hágase cuenta que se trata de una mano natural, abandonada sobre una mesa, y que ofrece al quirólogo una oportunidad de entrar en contacto con la naturaleza íntima de su dueño, antes de examinar minuciosamente la estructura de sus líneas. Los dedos cortos, huesudos, y quizá con vellos, denunciaban al tipo pitagórico, razonador, resuelto y categórico. Los dedos cortos y anchos, poca elasticidad mental, condición que se acentúa en los extremos aplastados, de persona materialista y práctica. Todo el conjunto denota energía, que deriva hacia el impulso brutal y la tozudez. Contradicciones y sensualismo (obsérvese el dedo mayor y la contraparte u otra cara del monte de Venus, carnosa y ancha). En fin, un neurótico que razona su neurastenia y que es alternativamente bueno o colérico, no según las circunstancias, sino los instantes. No de acuerdo con la razón, sino con el instinto.



SIMPLIFICACION DE CONOCIMIENTOS

Ofrecemos a los lectores un esquema de las principales líneas y signos de la mano, convenientemente establecidos según su categoría, de modo que sepa distinguir su importancia, para los fines de una más rápida y acentuada interpretación de los mismos. Al proceder así lo hacemos movidos por el criterio de que, cuando se poseen ya conocimientos generales, la ordenación de los mismos se impone como una consecuencia de la disciplina que debe dominar la materia.

Líneas principales de la mano: la de la vida, del corazón, de la cabeza, hepática, saturniana y solar.

Líneas secundarias: la del hombre futuro (al borde izquierdo de la mano, tendida paralelamente con el mismo), las rascetas y todas aquellas que concurren a la "geografía" de la epidermis.

Signos y señales dignos de tenerse en cuenta: estrellas, cuadrángulos, triángulos, cruces, islas y círculos.

Astros que ejercen su influencia, a través de montes: Venus, Júpiter, Saturno, Sol, Mercurio, Marte, Luna.

Otros detalles que deben tenerse en cuenta: color de la piel, raza del individuo, manchas de la piel, estructura de las uñas, configuración del dorso, existencia de vello, etc. Así como varios más de carácter fisiológico, como ser la transpiración, la temperatura. Y algunos de orden psicológico como el apretón de manos, y la "fisonomía" de la misma, cuando está abandonada...

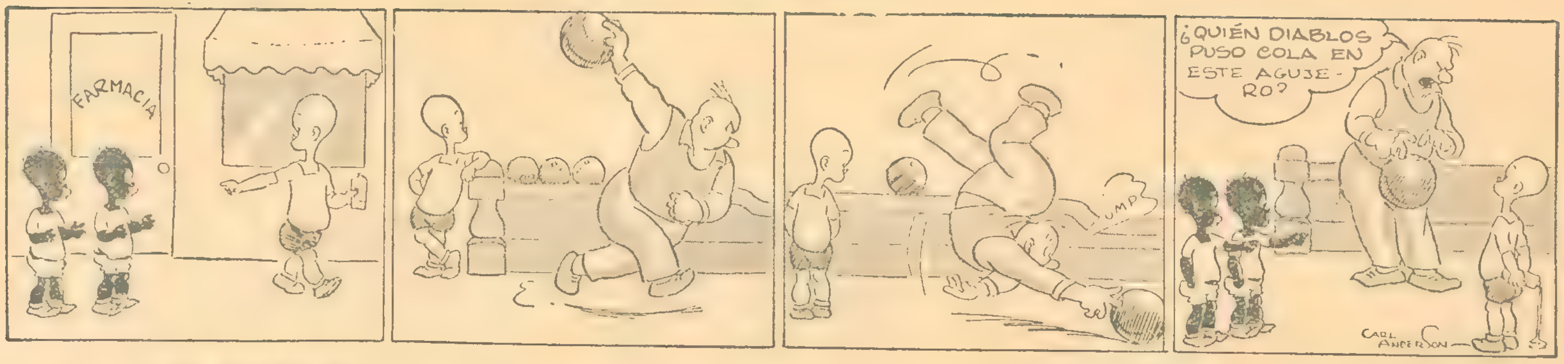
LA MANO NO CAMBIA NUNCA

Es un error muy generalizado creer que las líneas de la mano cambian. Evolucionan, eso es todo. La diferencia que se nota las más de las veces entre las signaturas de la mano izquierda y las de la derecha, en vez de perjudicar favorece a la quirología, pues establece un principio científico real. Esto es, que su presencia está regida por causas verdaderas, y que el fatalismo que muchos atribuyen a las líneas de la mano, no es sino un producto de la ignorancia sobre su verdadero significado. Hemos afirmado que las líneas no cambian, pero sí evolucionan, porque desde la primera edad las mismas aparecen marcadas en la epidermis, y se acentúan o se borran, se "estiran" o acortan, se ensanchan o hacen más estrechas, pero jamás — como hay quienes creen, — su trayectoria sufre alteraciones o mutaciones fundamentales. Por otra parte, sí existen modificaciones, ellas tienen por campo la mano derecha.

EL LENGUAJE DE LOS PULPEJOS

El pulpejo es la parte carnosa, plástica, de la extremidad de los dedos, conocida habitualmente con el nombre de yema. Como nadie ignora, y como lo hemos recordado ya en páginas anteriores, las yemas presentan, en su epidermis, esas rayas en forma espiralada o de diversa estructura, que, estampadas por medio de tintas, constituyen las impresiones digitales, medio moderno e indiscutible hasta ahora de identificación. Se asegura que no existen dos dedos que presenten la misma impresión digital. Quizá las pupilas de los ojos, el día que se posean aparatos y una técnica especial para retratarlas exactamente, presten un servicio análogo a las ciencias. La medicina legal emplea las impresiones digitales en casi todo el mundo. He aquí tres impresiones distintas (obsérvense los grabaditos) que, desde la primera edad hasta la senectud del individuo, no cambian ya más. Entre ellas suelen aparecer cruces, círculos, cuadrángulos, estrellitas e islas, que la quirología considera como espléndidas contribuciones al estudio de la persona.

CONSERVE ESTA PAGINA Y TENDRA EL MEJOR TRATADO DE QUIROMANCIA



¡TITO! Por CARL ANDERSON

Una tragedia pasional

(Continuación de la página 19)

pero mi fe en mi esfuerzo era grande y ella me sacó a flote. En tres años conocí mucho mundo, me harté de paisajes extraños y, cosa rara según mi modo de ver las cosas, empecé, al cabo de ellos, por sentir nostalgia. Esto es algo cursi pero, también, es un sentimiento al que es necesario ceder para que nos deje tranquilo. Como el deseo. Como los caprichos de ciertas mujeres...

Cuando bajé del tren en la estación que antaño me vió subir escondiéndome en las sombras, huyendo de las miradas del guardaagujas, sentí, a la vez, emoción y alegría. Mi sentimiento piadoso me ceñía todo entero. Llegaba buscando el perdón para mis errores. Si el que perdona realiza un acto bello, creo que esa belleza es más grande, porque es humilde, en el acto de pedirlo. Qué era lo que pensarían mi padre y hermanos, no me preocupaba. Me bastaba con ir hacia ellos lleno de humildad y arrepentimiento.

A un conocido mío le pregunté, afanoso:

—¿Cómo está mi gente? ¿Qué hace el "viejo"?

—¡Cómo! ¿No sabía? —díjome, apesadumbrado. — Su padre murió el año pasado... El 10 del entrante hará año...

Me quedé helado. Tosí, bajé los ojos. No tuve lágrimas, pero lloraba mi corazón.

Mis hermanos me recibieron con frialdad. A los pocos días comprobé que me detestaban. Mi hermana, en cambio, era más comprensiva, más humana. Pero, desgraciadamente, siete meses después de mi regreso cayó enferma de tifus y murió a consecuencia de una recaída.

Quedamos solos. Cierto día la hija de una hermana de mi padre, que había estado en la escuela, en la ciudad, y que no quería ser maestra, se ofreció a acompañarnos. Su presencia llenó nuestra casa. Cuenta dos años menos que yo. Tiene muy hermosos ojos verdes y unas pestañas tan largas que parecen artificiales y que le dan una belleza sombría a sus ojos. En sus labios hay siempre una sonrisa triste, estereotipación de su alma bondadosa. Es morena, delgada, toda armonía en sus líneas clásicas. Dios ha dotado su cuerpo de todas las seducciones del sexo. Y la ha coronado con una cabellera rizada y muy negra. Si yo estoy enamorado de mi prima, según juzgo por esta especie de pena, de desasosiego y de celos que me consumen, la culpa la tiene, en gran parte, esa melenita que Dios y sus padres le han dado. Sin embargo, mi prima no es coqueta. Es humilde y sencilla, pero pone mucha gracia a su humilde sencillez. Ella realiza el ideal que tengo formado de la mujer-compañera. Ignoro si ha habido cristalización, a la manera de Stendhal. En cuanto a mí, he sido flechado de la manera más fácil.

¿Por qué es que, amándola tanto, no se lo he declarado?

En primer lugar, soy algo tímido con las mujeres. Tengo alma de Werther más que de Don Juan.

En segundo lugar, un anillito simbólico, que he visto en uno de sus dedos, me ha detenido bruscamente. Cuando se tiene la casi certidumbre de que una mujer ha de ser de otro, ¿no es un pecado intentar persuadirla a que sea de uno? "Aquel que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla ya cometió adulterio en el corazón con ella", dice el Evangelio.

Mi rival es, nada menos mi hermano Hernán. Desde ese momento me he aferrado con obstinación a la idea de que "ella" será irremediablemente de "él". No concibo el hecho de que yo pueda disputársela. No es justo.

He optado por amarla en silencio, con ese amor egoísta, si se quiere, pero que por lo mismo que nace y muere dentro de uno mismo, es el verdadero, el más hondo.

Ella estaba prometida a otro. Luego no debía traicionar su palabra. Esto lo entendí resignadamente. Hice lo posible por olvidarla. Traté de enamorarme en otro lado. Pero el recuerdo de mi prima era tenaz, tenía la naturaleza de lo perdurable.

En estos últimos tiempos he vivido en una confusión espantosa. ¿Por qué es que mi prima dijo, cierta vez, en confidencia a Tomás, que yo había entrado una noche en su cuarto y que la había besado? Las mujeres son, evidentemente, "enigmas sin secretos".

No me hubiera sido difícil, creo, rendir a mi prima. Pero..., ¿y Hernán? El drama, la tragedia, fué un cuadro vivo que mi imaginación representó a cada instante, durante noches y días. Comprendí que todo eso se evitaría con mi alejamiento. Sólo el amor de Gertrudis me podía retener. Pero ya otro me había ganado el tirón. No tenía otra cosa que hacer que liar mis pilchas y largarme otra vez a la ventura. Estaba resuelto. Mi prima nada había hecho por retenerme. No halagaba nada mi amor propio sin indiferencia, ¿fingida?..., ¿cierta?... Pero yo, en mi decisión firme, ni siquiera me escamé.

Un hecho, como el más simple y vulgar, puede decidir un destino. ¿Cuál iría a ser el mío, allá en el extremo de esa ruta imaginaria, que ya tenía trazada como itinerario de mi próximo viaje?

Mi "última" noche hogareña la pasé en una contemplación casi mística de cielo y campo. Estaba triste, solamente. Triste por "ella". Pensando se me fueron las horas de la noche. Al primer canto del gallo yo todavía estaba despierto. Afuera, los campos estaban cubriéndose de una sutilísima y blanca copa de helada.

Como cuando nos despertamos de una pesadilla, miro alrededor de la mesa y me cercioro de que mis hermanos ya no están en ella. Sólo queda conmigo, en una cabecera, mi prima Gertrudis. Mientras recoge los platos y cubiertos, me pregunta:

—¿Por qué no quieres comer, Drián? ¿Estás enfermo?

—¡No estoy enfermo!

—¡Vamos! No trates de engañarme...

—Te digo que no tengo nada. ¿Qué quieres que me suceda de malo? Simplemente, que no tengo deseos de comer esta noche...

Mi prima suspira, después levanta los platos y se va a la cocina.

Yo me hago, mentalmente, esta pregunta: ¿Por qué no me fuí, como lo prometí aquella noche?

Fué un gesto de mi prima, un solo gesto suyo lo que me disuadió. Nadie sospechó nada porque nadie conocía mis proyectos. Tan sólo ella y yo.

(Continúa en la página 29)

El matrimonio fué la única...

AVENTURA

...de toda su vida.



APROVECHANDO el sábado inglés, Remigio Perral habíase ido al parque Rivadavia, a tomar el sol. Sentado en un banco, se complacía en ver pasar la gente y jugar a los niños. Viéndoles, acaso su corazón se sentía entristecido por su soledad de hombre célibe. Vivía solo en una casa de pensión, pudiendo tener un hogar, como lo tenían otros; y no era porque sintiera aversión hacia el matrimonio, ni porque le tuviera miedo, sino porque... Se avergonzaba de pensarlo. La mujer suele costar muy cara... Esto no era invención suya, ni lo había leído en las novelas, sino que tenía referencias de hombres que habían destruído su porvenir, y hasta su vida, por culpa de su mujer, que gastaba más de lo posible. Entre sus compañeros había más de uno que podía confirmarlo. Sin embargo, cuando veía pasar una mujer joven y bonita, sentía que los ojos se le iban tras ella, en una codiciosa contemplación.

"¡Esa sí que es una real mujer! — pensaba. — Cualquiera es capaz de arruinarse por ella!"

Si bien por un instante él mismo se sentía capaz de tanto, pronto reaccionaba. "No, es una estupidez — pensaba. — ¡Con lo que cuesta ganar el dinero! No; mejor estoy solo."

Como muchos sábados, aquel sábado por la tarde, sentado en "su" banco, dejaba írsele los ojos tras los niños, sin explicarse qué extraño sentimiento despertaban en su corazón, y los quitaba de sobre ellos sólo cuando cruzaba ante él una mujer, fea o hermosa, joven o vieja. Según como fuera, así era la atención que le dispensaba.

Entre el incesante desfilar de personas, de pronto cruzó ante sus ojos una mujer espléndida. Lo era en tal grado, que estuvo a punto de levantarse de su asiento en un impulso maquinal. "¡Eso es gloria!", murmuró; y no había acabado de murmurarlo cuando sintió que por detrás del banco alguien le ponía una mano sobre el hombro.

—¡Eso es gloria! Tiene usted razón.

Volvióse Remigio Perral rápidamente, y se encontró con Raúl Libero, un compañero suyo en "La Cerril", que pasaba accidentalmente por allí y le había visto.

—¡Es usted, Libero! — exclamó Remigio, sorprendido.

—Yo mismito, que acabo de sorprenderlo en una actitud de antropófago...

—Por favor...

—No, no lo niegue, Perral. ¡Si la devoraba usted con los ojos!... ¡La hubiera devorado de no contenerlo yo!

—Le ruego que...

—No me ruegue nada, amigo Perral. La verdad es la verdad. Pero a discreto no hay quien me gane.

—Eso es lo que quería decirle. Muchas gracias por su promesa de discreción.

Salió Raúl Libero de detrás del banco y fué a sentarse junto a Remigio, que continuaba como alelado por haber sido sorprendido en una actitud que tan poco le honraba, dadas su seriedad y sus opiniones.

—¿Le molesto, amigo Perral?—preguntó Raúl, una vez sentado en el banco.

—De ninguna manera. ¡Al contrario! Me satisface su compañía.

—Muchas gracias por sus palabras, pero... acaso tenga que arrepentirse de ellas, porque pienso darle la "gaita", como dice un pariente

Cuento por

H. J. GERONA



mío. Voy a machacar sobre su corazón, que es de pedernal..., y que por lo tanto puede dar luz...

—No le entiendo.

—¿Por qué no se casa? Usted ya ha llegado a esa edad en que es necesario tener una familia. ¿Qué edad tiene usted?

—Cuarenta y dos años.

—Ya ve. ¡Cuarenta y dos años! ¿No le da a usted vergüenza haber vegetado tantos años sin alegrías ni felicidades?

—Las he tenido.

—Falsas, engañosas. Yo sé por qué no se ha casado usted. ¿Quiere que se lo diga?

—A ver.

—Porque es usted muy, como diría, muy económico, muy ahorrativo, y teme que su mujer despilfarre lo que a usted le ha costado tanto reunír. ¿Me equivoco?

Remigio Perral no le repuso: guardó silencio, un silencio elocuente, que el otro supo aprovechar.

—¿Ha visto usted cómo he acertado? Esa es una creencia engañosa, amigo Perral, ¡engañosa! Para una mujer que sale cara, mil salen baratas. En estos momentos, solo, es posible que usted se arregle con algo menos que si tuviera un hogar, pero... ¿no se le ocurre a usted pensar que a esta edad precisamente empiezan los achaques, y que le hace falta a uno esa compañera indispensable que le endulce la vida? Cásese, hombre, y verá cómo se siente más joven, más optimista, más dueño de sí. Y no vaya usted a creer que yo soy un panegirista del matrimonio, que aunque me ha dado algunos ratos deliciosos, también me los ha dado muy malos. Pero yo creo firmemente que el hombre debe casarse, formar un hogar, crear una familia..., gozar de la vida... ¿Y cómo puede gozarse de la vida sino al lado de una mujer buena, comprensiva y generosa?... Cásese, amigo Perral, y ya verá usted cómo entonces le pierde el amor al dinero, y lo tira y se burla de él...

—Lo pensaré.

Los chicos seguían jugando ante sus ojos como una tentación; y como una tentación, aun más maravillosa, seguían pasando mujeres..., mujeres jóvenes, bonitas..., cada una más bonita...

Pocos meses después, inesperadamente, empezó a circular entre el personal de "La Cerril" una invitación concebida en estos términos:

"Remigio Perral participa a usted su enlace con la señorita Ema Citro, que se realizará el 27 del corriente."

Y mientras los compañeros de Remigio se hacían cruces, Raúl Libero no pudo menos que exclamar:

—¿Estaré viendo visiones?... ¿O será que Remigio Perral ha enloquecido?

Siguió pasando el tiempo. Una tarde, al salir de "La Cerril", Perral puso una mano sobre el hombro de su amigo, y le dijo:

—¿Está muy ocupado, Libero?

—No tengo mayor apuro. ¿Qué ocurre?

—Acompáñeme al café.

Sentados en torno a un mesilla, en la vereda, Libero inquirió:

—Hable, amigo Perral. ¿Qué le pasa?

Remigio se mordió los labios, mientras se apretaba los ojos con desesperación; luego dijo:

—Me pasa una cosa horrible, Libero. Soy muy desdichado en el matrimonio.

—¿Es posible?

—Como se lo digo. Yo me sospechaba esto; por eso no me decidía por él; pero usted insistió tanto...

—Yo lamento...

—No voy a hacerle ningún cargo, no vaya a creer, pero ¡estaba tan bien solo! Todos los meses ahorraba algún pesito pensando en la vejez, cada vez más cercana; y esos pesitos, Libero, se los ha ido llevando mi mujer. Le gusta comer como a los ricos, vestir con todo lujo, divertirse..., y yo no puedo tolerarlo; no puedo. ¡Si viera usted cuánto me duele tener que desprenderme de lo que podía ser mi salvación el día de mañana, cuando no pueda ganarme la vida!... Hay momentos en que siento que se me crispan las manos, y... No quiero pensarlo. Y ella, Ema, no pone nada de su parte por complacerme, por hacerme dulce la vida; ¡al contrario!, parece como que se gozara en mi desesperación, redoblando sus dispendios, amargándome las comidas y el sueño...

Libero le escuchaba sin pestañear, comprendiendo cuán grande debía ser la angustia de aquel pobre hombre, más enamorado sin duda de su dinero que de su mujer, a quien quizá tampoco consolaba la esperanza de los hijos. Veía en los ojos de Perral brillar las lágrimas, lágrimas de impotencia y de rebeldía que seguramente le abrasaban. No tuvo valor para formular una opinión, para emitir un consuelo. Remigio Perral continuó:

—¿Comprende usted, Libero, lo que duele verse despojado de aquello que más se estima? Pues este es mi caso, y es para mí doblemente doloroso, porque voy sintiéndome viejo y empiezan a angustiarme los achaques de la edad. ¿Qué opina usted que debo hacer?

—¡Caramba! — se excusó Libero. — Me pone usted en un brete. Yo no contaba con esto; pero... ¿sabe usted cuál es mi opinión? Pues es ésta: que el dinero es lo más vil de la tierra... y que es para gastarse... y que da gusto verlo gastar por una mujer que sabe hacerlo.

Remigio saltó hecho una furia:

—Es usted un bestia, un malvado. Aún pretende volver a burlarse de mí. Usted sólo merece mi desprecio...

(Continúa en la página 45)



Si las damas gustan de fumar ahora en público, ¿por qué no han de fumar las gitanas? A muchas de ellas se las ve en la tribu, mientras se dedican a sus tareas domésticas, con el cigarrillo en la boca.



Una madre con su abundante prole, a la que cuida con celo verdaderamente maternal. Mientras su compañero se gana el sustento de todos, ella atiende la casa, porque las gitanas también sienten los deberes de la familia, a pesar de su existencia andariega.

Gitanos de TRABAJO en nuestro país

Habla de ellos HERMINIA BRUMANA

HE aquí una tribu de gitanos que ha constituído su hogar en San Rafael, ciudad de Mendoza.

Cuando me invitaron a visitar la finca que poseen los gitanos, acepté complacida.

Sabía que no eran los gitanos españoles de Triana — tipos de pasiones extraordinarias, de amor y celos ellos; de faldas vistosas, caras bonitas y pelo untuoso ellas; — pero, de todas maneras, eran *gitanos* — seres que ambulan sin tierra por esos mundos diciendo la buenaventura — y siempre interesan por el velo de misterio que ponen nuestros ojos y nuestros recuerdos infantiles al contemplarlos.

Fuimos. La finca queda a la entrada oeste del pueblo, en el camino a Capitán Montoya, y tiene cuatro hectáreas de extensión. Rodeada de otras propiedades similares, con su terreno de alfalfa, viñedo y huerta, fué adquirida por el jefe de la tribu, que la compró para radicarse allí con sus súbditos.

En ella terminaba así el ciclo de peregrinación iniciado en Europa, en el lejano Montenegro, de donde son oriundos, y de donde partieron un día, ajenos completamente al destino que les reservaba un rincón de América, cuya tierra les sería propia y cuya policía no podría obligarles — como en todas partes — a "levantar sus carpas y dejar el lugar en veinticuatro horas".

Al saberse la noticia de la compra de la finca por estas gentes, hubo un conato de oposición en la vecindad.

Ahora que llevan unos meses de propietarios, los vecinos pasan y cambian saludos cordiales con quienes no han resultado, en ningún momento, peligrosos habitantes del lugar.

La casa es de adobe y está enteramente rodeada de árboles y flores; pero como resulta pequeña para cobijar a los setenta gitanos que constituyen la tribu, han habilitado varias carpas. En un garage, un camión y dos automóviles.

Cuando los visitamos, estaban algunos hombres trabajando la tierra, y otros en su taller de calderos — ese es su oficio — fabricando hermosas pailas de cobre, estañando cacharros, puliendo objetos de metal.



Es sabido que los gitanos se casan muy jóvenes, y que la boda da motivo a uno de los actos más pintorescos de la tribu. Aquí vemos a una madre jovencita teniendo en brazos a su retoño.

Las mujeres, atareadas en los quehaceres domésticos, y los chicos — el consabido montón de chicos — jugando en la acera, y poniendo las mujercitas, con sus faldas largas y de tonos vivos, una graciosa nota de color.

El jefe, al notar mi intención de retratarlos, me dijo:

— No queremos que saquen en los diarios nuestras fotografías, porque no somos bichos raros para que nos publiquen; somos gentes de trabajo.

Lo convencí que eso era lo que me interesaba sacar en la nota, *que son gente de trabajo aquí*, y entonces accedieron gustosos.

Las muchachas corrieron a componerse, vistiendo sus mejores delantales de seda, y los chiquilines se lavaron la cara en la acequia cercana para salir más lindos.

Lástima que mi pequeña máquina no me permitió — por falta de luz — fotografiar el taller de hojalatería donde trabajan.

Mientras conversábamos, pensaba yo en el poder de este rincón privilegiado de mi país, San Rafael, que amarró a estos nómades que vagaron por medio mundo. ¡Maravilloso suelo que los dominó! Es de desear que estos gitanos retribuyan con trabajo y cordialidad los frutos y el bienestar que les brinda esta tierra.

Como corresponde a cualquier dueño de casa, ellos se esforzaron en agasajarnos y nos brindaron un momento placentero bailando en nuestro honor.

La pareja, rodeada por los demás, que coreaban y palmeaban, ejecutó una danza montenegrina, de música triste, pero de graciosos pasos. Tienen victrola, con discos variados, y entre otras notas de confort, advertí una hermosa lámpara de nafta.

Les pregunté si sabían leer. El jefe les había enseñado a dos o tres.

— Y a éstos — me dice una de las gitanas señalando un grupo de varones de ocho a doce años — los vamos a mandar a la escuela.

Tienen una escuela cerca de la finca.

— Les vamos a hacer ropa, delantales blancos para que vayan — agrega con orgullo.

Yo siento un poco de emoción contemplándolos, pensando en estos gitanitos que mañana se sentarán en los bancos de una escuela argentina, y por cuyos ojos pasará alguna vez el fulgor lejano de la bohemia de sus padres al oír cuentos de países extraños y de niños nómades...

Adiós un poco...

(Continuación de la página 5)

crece, crece y que, al crecer, se aleja cada vez más de la realidad suramericana del país para orientarse, por imperio del progreso devorador y apremiante, hacia el calco de lo extranjero. El ritmo de la hora presente es un ritmo de avión, un ritmo de vuelo, con pulso de motor. Estamos en un punto culminante o, mejor dicho, cristalizado del materialismo. Treinta años de cemento armado y de ingeniería norteamericana, en el siglo de la propaganda, bastan y sobran para llenar las tierras vírgenes de rascacielos y las almas cándidas de necesidades ambiciosas. Nada de extraño tiene, entonces, el que la estrepitosa Buenos Aires haya hecho escapar de sus aceras a la calle Corrientes, a la calle Corrientes que antes cabía entera en cualquiera de sus esquinas, a la calle Corrientes que antes cabía cómodamente en la mirada de una mujer o en los acordes de un tango.

Paul Morand dice en "Aire Indio" "que no le hace a Buenos Aires sino un reproche, y es el haberlo hecho descuidar a la Argentina". "Los argentinos — agrega, — conservan, gracias a sus dominios, el contacto con la naturaleza, con los animales, con los frutos, con las estaciones; pero el extranjero se duerme en las delicias urbanas..." Y ¿qué son las delicias urbanas, sino el calco de lo extranjero? Se nos objetará que muchas de las cosas cuya desaparición hemos lamentado subsisten, y que en la calle Corrientes hay lugares que permanecen intactos. Es cierto. Pero lo característico o significativo de esos lugares no eran ellos en sí, sino el marco o más bien el conjunto de que formaban parte. En la calle angosta y abigarrada eran un poco del alma porteña. Ahora, al frente de los edificios suntuosos y fríos, hacen el efecto de arrugas en la cara de una mujer bonita. Y no son, por eso, sino fealdad que hay que disimular a cualquier precio.

En lo espiritual y en lo material nuestra vida no ha sido hasta el presente otra cosa que un constante traerlo todo de afuera a cambio de la riqueza del suelo. Trigo que sale, máquina que entra. El pan que va y la fiebre que viene. Nuestro liberalismo fué siempre un liberalismo empinado en su afán de ver del otro lado del mar, un liberalismo atento a lo exterior y despreocupado de lo propio, de lo nativo. Un liberalismo que nadie lo ha definido mejor hasta el presente que ese maestro admirado que en vida se llamó José Manuel Eizaguirre, en su libro "Cómo se formó el país argentino". Oigámosle:

"El liberalismo argentino, generoso con los extraños, fué invariablemente, desdeñoso si no despreciativo para con los indígenas o mestizos, no obstante que éstos, con su magnífico temperamento de guerreros, fueron los que afirmaron la existencia del país, apuntalaron su organización y le dieron, con su sentido de abnegación y de acción viril, el acervo de glorias que posee. Los restos de esas masas sociales andan hoy como parias en el vasto territorio y son explotados por las grandes industrias del interior. Obligado ese liberalismo a pagar una deuda mediante la educación y la elevación mental de esos elementos, no mostró capacidad para la obra, y hoy el acervo de acciones viriles, de seguridad institucional y de independencia, corre el peligro de ser administrado por los recién venidos que asumen los cargos de dirección, acaso sin poseer el nexo con el hogar tradicional."

Si esto es en lo hondo de lo moral, ¿qué no será en lo mecánico de lo exterior?

Vieja calle Corrientes, novia linda cuyo amor compró un millonario de ojos azules y garraspera de altoparlante, un millonario condecorado de letreros luminosos y enloquecido de automóviles: te vas para siempre y no podemos detenerte. Preferiste el fasto a la intimidad, el duro lustre al gracioso tizne, y te nos fuiste cuando eras más nuestra, y cuando más te queríamos. Ahora eres la mujer casada a la que se debe respetar. Nos hemos quedado de golpe sin la mejor amiga de las noches y de los días. Nos han arrebatado el rincón más precioso de nuestra ciudad. No han dejado sino un hueco en donde antes palpitaba el corazón porteño...

Y ¿sabes? Ya no podemos ni siquiera repetir que no te olvidaremos. Por eso es más triste nuestro adiós. El argentino pasa sobre todo y lo olvida todo porque va hacia adelante. Ya lo dijo Homero Guglielmini en su ensayo sobre una caracterología nacional.

"Quisiera definir la raza argentina como la raza entusiasta y desmemoriada. Vemos al argentino poner su amor propio y aun su vida en un partido de foot-ball o en una revolución, y luego olvidarse de ello con la misma facilidad con que en su alma prendió el entusiasmo. Sería imposible improvisar aquí un juicio estimativo acerca de esa aptitud para el olvido, propio del argentino. Si es cierto que el genio se reduce en esencia a una buena memoria, como quiere Weininger, debemos arrepentirnos de cada olvido que cometemos. Pero me parece que si hemos de remitir el genio a la memoria, no se trata de una memoria absoluta, sino de una memoria selectiva. Acaso consista el genio, sencillamente, en recordar aquello que debe ser recordado, y olvidar aquello que debe ser olvidado. Todavía no se ha hecho el elogio del olvido como se merece. Ello constituiría un excelente capítulo de propedéutica espiritual, porque una buena memoria es, sin duda, aquella que, en cierto sentido, sabe olvidar." ("Alma y estilo", págs. 156-57.)

Vieja calle Corrientes, vieja calle recién casada: toma nuestro último saludo de despedida y en la madrugada suspéndelo, como una mariposa, de una de tus luces...

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Como ayudante del doctor Tredgold, el doctor Juan Wolfe se instala en la casa de aquél, que es un hombre solemne y aparatoso, lo contrario de Wolfe, sencillo y natural. El doctor Tredgold atiende a los enfermos distinguidos de la localidad, mientras que su colega es designado para atender a los humildes. El doctor Wolfe se propone examinar las condiciones insalubres de la ciudad, pero tropieza con el cervecero Turrell, dueño de varias casas que no se recomiendan por su higiene. Wolfe traba amistad con Elsa, a quien importuna Héctor Turrell, el hijo del cervecero, que se ha declarado enemigo del joven médico.



La CIUDAD sin ALMA

Por WARWICK DEEPING

VI

HACIA tiempo que la señora de Tredgold tenía una torturante curiosidad. Como buena ama de casa no ignoraba, calculando por la inusitada cantidad de velas que consumía el ayudante de su esposo, que el joven Wolfe, cuando se retiraba a su cuarto por las noches, después de la sobremesa, no se acostaba en seguida ¿En qué ocupaba sus prolongadas vigilias? Eso era lo que habría deseado averiguar. Y como la curiosidad es el mecanismo que mueve a muchas pequeñas mentalidades, la de doña Sofía reparó de pronto en que "el pobre muchacho" llevaba unas camisas cuyos puños eran pura hilacha y en que resultaría obra de caridad ocuparse de su ropa blanca.

Así, pues, luego de hablar del asunto con Susana — porque no quería que su buena acción fuera juzgada como entretenimiento,— subió una mañana al cuarto de Wolfe, dispuesta a no dejar rincón sin explorar.

El resultado de su investigación fué tan sorprendente, que al cabo de unos minutos había olvidado por completo el ajuar de Wolfe y hasta la posibilidad de que éste subiera de un momento a otro y la sorprendiese examinando los dos extraños documentos que acababa de hallar en un cajón de la cómoda: una libreta atiborrada de anotaciones referentes al estado sanitario de Navestok y un gran plano de la ciudad, dibujado en varios colores y cubierto de signos de aspecto cabalístico.

Doña Sofía, poniéndose las gafas, concentró la atención en el plano. La ciudad aparecía como una gran mancha policroma, atravesada por la faja blanca del río Wraith. Los prados y jardines figuraban en verde; los barrios pobres de la ribera en rojo (el color de la "extrema censura", explicaban las referencias), habiendo también zonas rojas en varios puntos de la urbe; el pardo, indicador de la insalubridad acentuada, predominaba en la zona de la cervecería de Turrell; el amarillo, índice de un estado higiénico pasable, en los barrios vecinos a la plaza del mercado, donde se hallaban las residencias más aristocráticas. Unicamente en dos sitios Wolfe había utilizado el lápiz azul: en torno de la plaza de las Moreras y en el barrio de La Loma, propiedad del viejo Josué Crabbe.

Por todas partes los signos cabalísticos (círculos negros, triángulos, cruces, cuadrados, estrellas) señalaban la existencia de fuentes contaminadas, pozos insalubres, alcantarillas pestilentes, acumulaciones de desperdicios, viviendas malsanas; como si todo Navestok, salvo los dominios de Crabbe, fuese una antesala de la muerte o una sucursal del infierno.

El doctor Tredgold tenía por costumbre, durante el verano, bajar al jardín después del almuerzo y sentarse a la sombra de un limonero saboreando un vaso de cerveza, mientras conversaba con su esposa. Se estaba bien allí, aunque la placidez del rincón íntimo solía verse turbada por la molesta vecindad del señor Johnson, quien, a más de haber fomentado en sus tres hijas una lamentable afición filarmónica, había querido satisfacer su capricho de poseer un loro especialmente encargado a la América del Sur.

Aquella tarde doña Sofía tuvo prisa por encontrarse a solas con su marido para hablarle de su sensacional hallazgo. Pero al doctor

El FOLLETIN de "MUNDO ARGENTINO



Estaba de rodillas sobre el césped, al pie de un árbol, examinando al enfermo.

Tredgold, por una inoportuna desviación de sus hábitos, justamente aquella tarde se le había ocurrido tomar un libro y lo estaba consultando, de pie junto a la ventana de su despacho, sin oír a su esposa.

—¡Mauricio!

—¿Me llamaste, querida? — respondió al fin.

—¡Tres veces, nada menos!

—Perdóname; pero estaba distraído y pensé que fuera ese malhadado pajarraco del vecino.

—¡Por Dios, Mauricio! ¿Querrías decir, acaso...?

—¡Oh, no, Sofía!— se excusó él, enrojeciendo. Mas la verdad era que habría resultado difícil establecer si doña Sofía hablaba como un papagayo o si era el loro de Johnson el que imitaba la voz de doña Sofía.

—¿A que te corto? ¿A que te corto? — vociferó el animalito del otro lado del muro.

Pero la señora de Tredgold, sin inmutarse, entró derechamente en el tema que la preocupaba. El plano de Wolfe venía a ampliar y explicar ciertos rumores aislados que habían llegado a sus oídos, y como toda persona egoísta, se sentía inquieta ante la perspectiva de una posible modificación del reducido mundo en vivía.

Tredgold la escuchó en silencio, atónito ante la insospechada revelación. También el loro había callado, tratando quizá de reconocer vocablos conocidos en medio del torrente de palabras.

—¡Es una gran deslealtad hacia ti, Mauricio! — concluyó doña Sofía. — ¡Un verdadero trabajo de espionaje! ¿Qué fines se propone ese hombre? Porque, evidentemente, algún objeto persigue. Tú no le pagas para eso, querido. Es preciso que le hables. ¡Hay que quemar ese plano!

—Pero, querida, ¿cómo voy a hablarle si yo no puedo saber que ese plano existe?

—Te lo he dicho yo.

—Sé razonable, Sofía. No es posible confesar que has ido a revolver en el aposento de un hombre...

—Se trata de una coincidencia, Mauricio: yo no entré en el cuarto con intención de descubrir nada. Pero se trata de una afortunada coincidencia y debes aprovecharla sin titubear.

—¡Hurra! — chilló el loro.

—¡Maldito animal! — rezongó Tredgold.

—Tienes que hablarle a Wolfe en seguida, prohibirle absolutamente...

—Imposible, querida. Yo no puedo darme por enterado...

—¿Debo pensar que tienes miedo de tu ayudante? En tal caso, lo mejor que hay que hacer es librarse de él; no faltará quien lo substituya. Para que te convenzas iré a buscar el plano y te lo mostraré.

—¡Por favor, querida! — imploró Tredgold, muy alarmado. —¡No hagas semejante cosa!

—Es forzoso que lo veas. Insisto en que debes verlo — dijo ella, levantándose resueltamente.

Tredgold se quedó clavado en su sillón, meneando la cabeza, resignado.

El loro picó nerviosamente los barrotes de su jaula, lanzó un chillido y luego murmuró, a manera de razonado comentario:

—¡Es la piel de Judas! ¡Es la piel de Judas!

Entretanto, Wolfe había ido a "Los Olmos", llamado urgentemente para atender a un hombre atacado de insolación.

Estaba de rodillas sobre el césped, al pie de un árbol, examinando al enfermo en medio del círculo que formaba un grupo de atribulados servidores de la casa, cuando oyó detrás de él una voz dulce y lánguida que preguntaba:

—¿Qué ocurre, Margarita? ¿Quién está enfermo?

—Es Tomás Bett, señora. Está insolado. Ha venido el ayudante del doctor Tredgold.

Wolfe volvió la cabeza. Abrióse el círculo de curiosos para dejar paso a una mujer alta y esbelta. Más que caminar pareció deslizarse de la viva luz solar hacia la sombra del árbol, envuelta en la nube vaporosa de su vestido blanco. La rizosa cabellera, de un castaño irisado con reflejos rojizos, hacía resaltar la suave blancura de su tez marfileña. En la boca pequeña y roja, en los grandes ojos obscuros, había una expresión de hastío, de sufrimiento.



Wolfe se puso de pie. Comprendió instintivamente que se hallaba ante la dueña de "Los Olmos", propietaria de una tercera parte de Navestok y madre del muchachito insolente al que había puesto en vereda la primera mañana que salió a visitar enfermos en compañía de Samuel. No era, por cierto, el recuerdo de este episodio lo que

hacía que Wolfe se sintiera incómodo y cohibido ante la dama.

Cambió con ella unas pocas palabras acerca del grave estado del enfermo, sin poder, mientras hablaba, apartar los ojos del rostro de su interlocutora. La viuda de Brandon, a pesar de su juventud — treinta años a lo sumo, — le daba la impresión de una mujer cansada y abatida que ya ninguna satisfacción esperara de la existencia; se había puesto a contemplar al hombre que yacía a sus pies sin conocimiento con la misma impasibilidad con que hubiera podido mirar un cuadro entre miles de la galería de la vida.

Wolfe la vió alejarse, por fin, con un suspiro de alvio.

VII

El reverendo Roberto Fleming estaba preparando una infusión de cuasia para combatir los pulgones que infestaban sus rosales, cuando recibió la visita del viejo Turrell.

— ¡Santo cielo, Fleming! — exclamó el cervecero. — ¡Vaya un trabajo para una tarde como esta! ¿Por qué no le ha encargado a la cocinera una faena semejante?

— No es una sopa lo que estoy cociendo, Turrell — replicó el cura párroco, revolviendo el caldero que humeaba sobre las brasas, en la chimenea.

— Peor, entonces. ¡Es cosa de locos! — dijo Turrell, depositando su alta galera blanca sobre el escritorio y dejándose caer sobre una silla. — Estamos en el día más caluroso del año, me parece.

— Cuarenta y un grados, en efecto.

Se conocían desde hacía muchos años. Más bien que amigos eran conciudadanos habituados a encontrarse aquí y allá, en todos los lugares, puesto que ambos participaban en el gobierno patriarcal de la ciudad, en la administración de la justicia y en todas las manifestaciones sociales. Roberto Fleming era presidente de la Junta Municipal; Turrell, vocal de la misma y capillero de la iglesia de Navestok.

— Yo no siento el calor — declaró Fleming, sonriendo plácidamente. — Sin embargo, hemos tenido días bravos. La semana pasada hubo un caso de insolación en "Los Olmos". He oído decir que el enfermo se salvó gracias al ayudante de Tredgold.

— Tal vez — gruñó el cervecero. — Ese joven nos dará un serio disgusto el día menos pensado...

— ¿Por qué?

— Demasiado entremetido el mozo.

— Todavía no lo conozco. De cualquier modo, puesto que no es sino un empleado de Tredgold...

— ¡Ahí, ahí está la cuestión! Hay que ponerlo en su sitio... o decirle a Tredgold que lo eche. No necesitamos esa clase de tipos en Navestok. Es de los que no pueden circunscribirse a sus funciones y pretenden dictar leyes y manejar a su antojo a los demás. ¡A mí, tan luego, pretender manejarme! ¿Acaso no sé cómo deben tenerse las propiedades sin necesidad de que nadie venga a darme indicaciones?

— Me parece que usted exagera, como siempre, Turrell. Con no hacer caso...

— ¡Ya veríamos si diría usted lo mismo cuando viniera a pedirle que cambiase el tema de sus sermones o modificara la iglesia!...

— No creo que llegara a molestarme.

— ¡Es que usted tiene sangre de horchata, Fleming! Pero yo no: cuando encuentro un animal de esa especie en el camino, le doy una patada. Además, usted no alcanza a comprender el alcance político que puede tener la actitud de ese individuo. No importa que usted no se convenza; ya me arreglaré yo para que el señor Wolfe marque el paso con nosotros, ¡o vuele de Navestok! Y ahora — dijo cambiando de tono — pasemos a otra cosa: al objeto de mi visita. Quería saber para cuándo había fijado la fecha del festival de la escuela. Desde luego, puede contar con uno de mis terrenos para el picnic.

— Gracias.

— Y mi mujer se va a hacer cargo de la bucólica. Pero como pensamos ausentarnos un par de semanas en agosto, necesito saber el día...

— ¿Le conviene el primer martes del mes?

— Perfectamente. Usted se encargará de pedir a la divina Providencia un tiempo adecuado. No sea que tengamos una tormenta como la del último festival.

Fleming acompañó al cervecero hasta la puerta y lo despidió muy cordialmente. A pesar de lo cual, no podía decirse que tuviera ni estimación ni respeto hacia Turrell. Lo toleraba, como parte que era de Navestok, sin picarse nunca por sus desplantes.

Pensando en lo que Turrell le acababa de decir sobre Wolfe, mientras tomaba el té en compañía de su perro, le sorprendió un llamado urgente.

— Ahí está otra vez la mujer del barrio de la ribera, señor — anunció la sirvienta.

— ¿Qué ocurre, Juana?

— Dice que es la viuda de Smith la que se está muriendo y que haga el favor de ir en seguida.

— ¿La viuda de Smith, en el barrio de la ribera? ¿No es aquella mujer que me lavó un tiempo la ropa?

— La misma, señor.

— Voy al momento, Juana — dijo levantándose.

La habitación en que entró el reverendo Fleming le resultaba, en comparación con su confortable estudio bañado de sol, una obscura caverna. Tendida en el lecho, la escuálida figura de la enferma abultaba apenas bajo la sábana. Un leve movimiento de ésta era lo único que permitía comprender que la viuda de Smith alentaba todavía.

Un hombre alto se levantó de la silla junto a la cama y avanzó hacia el sacerdote.

— El doctor Wolfe, supongo — dijo el recién llegado.

—Y usted el reverendo Roberto Fleming. Temo que haya llegado usted demasiado tarde.

Fleming dejó el sombrero sobre un mueble y se aproximó a la cama, tratando de reconocer, por aquellos rasgos profundamente demacrados, a la mujer que pocos meses antes había trabajado para él. Pero distrajo su atención una serie de golpes dados en la puerta que comunicaba con el cuarto vecino. El picaporte subía y bajaba con enérgicos movimientos.

— ¿Hay alguien encerrado allí? — inquirió Fleming.

— La hijita.

— ¡Ah! — Fleming tocó la mano de la enferma; pero ésta no pareció notar su presencia: el sueño eterno pesaba ya sobre sus párpados.

— Debieron llamarme antes — murmuró el sacerdote.

— El final se aceleró más de lo que yo preveía. Creo, sin embargo, que ayer enviaron por usted.

— No. Al menos, no me avisaron nada. Lo averiguaré — dijo sentándose al lado de la moribunda y haciendo ademán de buscar la "Biblia" en el bolsillo.

— Es inútil — lo detuvo Wolfe. — No lo reconocerá a usted.

— ¿No? De todos modos... — Se arrodilló y comenzó a orar.

El picaporte volvió a agitarse desesperadamente.

— ¡Mamita! ¡Mamita!

— Mejor que no entre — aconsejó el sacerdote.

— ¡Mamita!

— Hay que abrirle — decidió Wolfe, uniendo la acción a la palabra.

Mientras el médico descorría el cerrojo, la mujer dejó de respirar. Abrióse violentamente la puerta y la chiquilla se precipitó dentro, yendo derechamente hacia la madre.

—¡Mamita! — gritó la niña. — ¿Qué le pasa a mamá, doctor? — preguntó a Wolfe, aterrada.

El médico la arrancó a viva fuerza de junto al lecho y la tomó en brazos.

— ¿Cómo es eso, Martita? ¿Le pegas a tu amigo? — dijo acariciándola. Y fué a sentarse, con ella sobre las rodillas en un viejo sofá.

Fleming permanecía con la cabeza gacha; pero no podía rezar. La actitud del médico era tan patética como el dolor de la niña. Con el alma invadida por un desconocido sentimiento, escuchaba a Wolfe, que hablaba como una mujer a la chiquilla que tenía en brazos.

— Mamá está durmiendo, querida. Estaba cansada, muy cansada, ¿sabes? Tenía un gran dolor, una pena muy grande; pero ahora la pena y el dolor se han acabado para siempre. Llora, Martita; apriétate fuerte contra tu amigo viejo y llora...

(Continúa en la página 65)

Una tragedia pasional

(Continuación de la página 21)

Me he quedado solo en la mesa. Un perro se aproxima y me lame una mano. Un silbido largo y agudo me llega desde la loma. Me estremezco ligeramente. Recuerdo que esta noche tenemos que dormir en el rodeo de ovejas. Desde hace muchas noches, viene gente extraña al rodeo. Al siguiente día encontramos alguna oveja de menos. Nuestra majadita ha ido, de este modo, mermando considerablemente.

Me levanto sin apresuramiento y me dirijo a la cocina.

Gertrudis está sola, lavando los platos. Me acerco a ella y le pregunto:

—¿Quieres saber qué me pasa?

Ella se da vuelta sorprendida, me mira intranquila, con ojos azorados y desconfiados. Junto al fuego que arde en el hogar ella parece la animadora de algún extraño rito. Su expresión se dulcifica poco a poco. Después, fijando sus ojos en el fuego, me dice:

—Sí, Drián. Sé bueno. Me tienes muy apenada con tus rarezas. Hasta me parece que ya no me quieres, que me odias...

Quisiera decirle que yo sufro por ella, pedirle que se "sacrifique" por mí. Quisiera decirle que la amo mucho, y que un simple anillo de compromiso no invalida a nadie para romper una promesa, y que se puede devolver, así como se puede devolver el beso que no ha sido pedido ni otorgado. Pero mi eterna y maldita pusilanimidad me vence otra vez. ¿Me habrá contagiado su enfermedad pasional el atormentado profesor ginebrino?

Las llamas del fuego arrojan rojizos resplandores sobre el techo, sobre las murallas, sobre el piso. Gertrudis, de espalda al fuego, hace girar, entre sus dedos, un plato enlozado. No me mira. El calor del fuego retoca su rostro de una belleza extraña. Bajo la tela de su blusita blanca la carne joven tiene estremecimientos, reflejos de un estado de ánimo no común.

Mi prima levanta su mirada hacia mí.

—¡Vamos, Drián! ¿Me lo vas a decir o no?

Yo la miro. Ella sostiene mi mirada. Me embarullo.

—No sé. No sé. Creo que voy a enloquecer... Y todo..., ¿por quién?... Por mi culpa...

Ahí, nomás, me doy vuelta, busco la puerta y me llevo por delante un gato, al salir. Después voy a mi cuarto, saco mi colchón de paja, lo cargo al hombro y, silenciosamente, empiezo a subir la cuesta.

Hacemos nuestras camas y nos acostamos sin hablar. Yo tengo a mi lado, junto a mi cabecera y hacia la izquierda, entre mi cama y la de Hernán, la escopeta cargada con dos cartuchos. Al frente de donde estamos espaldados por una pirca, se extiende, cubriendo la loma, la majada.

La luna declina en un cielo, ahora, moteado de nubes. Muy lejos, hacia Villa Mercedes, relampaguea. Con leves intermitencias se oye el estornudo de las ovejas. Se oyen relinchos, balidos, gritos de lechuzas.

Mis hermanos fuman. Tengo deseos de contarles mi hazaña de esta tarde. Estaba ejercitándome en el tiro al blanco, con winchester, cuando vi que por encima de los álamos volaba serenamente un águila. Instantáneamente apunté hacia arriba, gradué la distancia, hice fuego y el animal herido cayó al suelo como un avión destrozado.

—¿Vieron esa águila muerta que está sobre el horno?

—Sí. ¿De qué se habrá muerto?

—La maté yo.

—¡Ah!

Después de medianoche observo que mis hermanos se han dormido. Pienso: "El sueño es un estado de divinidad." Me pongo a observar el cielo. La luna está jugando a las escondidas con las estrellas. Por encima de la ciénaga se ve la fantasmagoría de millares de luces. Son los tuco-tucos. En las noches obscuras de verano la cañada cenagosa se puebla de esa multitud de luces que se mueven como fuegos fatuos. Es un espectáculo grandioso. Yo me he emocionado, alguna vez, mirando ese cuadro mágico. En esta noche silenciosa me ha parecido insignificante mi dolor ante ese espectáculo, y a la emoción tibia me he creído, por un momento, inmensamente dichoso.

Pero estoy sintiendo un dolorcito en el lomo; cambio de postura hacia la izquierda; me pongo, nuevamente, de espaldas; después me apoyo sobre el costado derecho. Estoy viendo las cosas como a través de una niebla.

Me despierto sobresaltado; miro alrededor; veo que mis hermanos no están en sus camas. Es, todavía, de noche y una gran tormenta se viene levantando rápidamente desde el sur. Las ovejas están allí, porque siento sus balidos. Parece como si quisieran

(Continúa en la página 31)



CUENTO PARA LOS NIÑOS

CHELIN

Por la TIA POMPON

—No te dejo fortuna — le dijo al morir, el padre a Chelín, — pero no temo por ti; eres un hombre prevenido, y al hombre prevenido nadie puede perjudicarle.

Chelín era pobre, valiente, joven y bello. Muchas veces fué a la puerta del palacio del rey para ofrecer sus servicios.

No había en la comarca quien condujera mejor un caballo; pero nunca le dejaron entrar en palacio.

Una de tantas veces que se allegó allí, el pregonero, desde el balcón principal, decía al pueblo aglomerado a la puerta:

—Se ha tocado la campana y llamado al pueblo para decirle, por orden del rey, que hay en el reino ladrones que obedecen a un jefe que la policía no ha podido capturar; que están llevándose los mejores tesoros, y que aquel que logre aprisionarlos será espléndidamente recompensado. Quien quiera salir victorioso de esta empresa, debe ser más que fuerte, prevenido. Para esta misión contáis con un término de ocho días.

—Prevenido — se dijo Chelín, — ya me lo dijo mi padre.

Y comenzó a andar y andar por la comarca. Al cabo de dos días vió a un sujeto tendido al borde del camino, dormido profundamente.

Vió que tenía unas piernas muy largas y muy gruesas, y que lo mismo eran sus puños: parecían manos de gigante.

Díjose Chelín:

—Este debe ser un ladrón, que para pasar inadvertido cúbrese con una túnica.

Se disponía a esconderse tras un árbol, pero el sujeto se despertó, antes de que Chelín tuviera tiempo de ocultarse.

—Hijo mío — dijo con voz suave, — ¿sabes dónde me encuentro?

—De seguro — dijo Chelín — sobre la carretera del norte.

—Estoy extraviado — dijo el tal, — ¿quieres acompañarme?

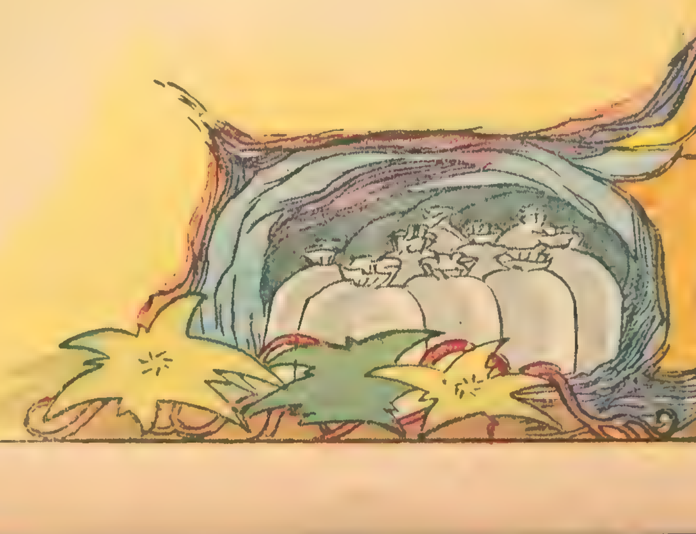
—Con mucho gusto — dijo Chelín. Y para sus adentros, pensó: "Este es el ladrón."

Caminaron largo trecho. Llegó la noche, y el de la túnica le dijo:

—Ven conmigo; tú eres fuerte y pareces ser servicial. Tengo que llevar unos pesados sacos al hombro.

Retiró de su cinto una espada, la afirmó a una roca, y la roca se abrió, y de ella el hombre sacó diez fardos pesadísimos, y con la ayuda de Chelín, los transportó a través de la

(Continúa en la página 45)



Una tragedia pasional

(Continuación de la página 29)

disparar. La noche es obscura, no se ve más allá de diez metros. Alguien habla, allá por lo alto de la loma. Son mis hermanos.

—¿Qué hay?

—¿No sabés? Ha andado gente en el rodeo.

¿Sí?

—Oímos un tiro y como no estabas en tu cama creímos que vos lo habías disparado...

—¿Yo? Está lindo. Ni siquiera me había movido hasta recién..

—El caso es que no hemos encontrado a nadie...

—Es raro todo esto. Parece un cuento...

Por instinto reviso la escopeta y veo que tiene un cartucho descargado.. No hay duda que el disparo ha sido hecho con mi arma. Una horrible desazón me posee. ¿Qué diablos hay en mi vida que todo es misterio?

Amanece. Sobre el suelo mojado resbala con indiferencia la llovizna. Desde el corredor miro cómo cae el agua. Mis ojos se duermen sobre un charco donde la garúa va formando una infinidad de círculos.

Por el filo de la loma las ovejas van pasando de corrida buscando el reparo del cerco o de algún alero de piedra.

El cielo es un inmenso toldo gris. Corriendo subimos la loma bajo la garúa. En el rodeo encontramos una oveja maneada y un hombre muerto...

Siento un desvanecimiento. Me he quedado mudo, cabizbajo, sombrío. Ante "mi obra" me detengo un largo rato, como idiotizado. Después empiezo a desandar lo andado...

Después de varios meses de encarcelamiento, careos, ratificación de declaraciones..., quedé libre. Pero llevaba ya en el espíritu el conocimiento de la tragedia de mi psiquis, el conocimiento absoluto de lo que, desde hacía mucho tiempo, venía sospechando.

Mi "caso" era un caso clavado de sonambulismo.

Para cualquiera será cosa vulgar padecer una enfermedad como la mía. Pero no sé por qué extraña anomalía yo vivo obsesionado por ella, hasta el punto de que he pasado noches enteras velando en la tristeza de mi cuarto, o en los tugurios de los fondos que han ido albergando mi infortunio, por el temor físico de que, en alguna de mis noches sonambúlicas, cometa algún crimen.

Por matar las horas y por sacar de mi pecho esta especie de angustia o de ahogo, que no puedo tragar, he escrito estas páginas, fragmento de mi vida humilde. No tengo otra pretensión. Quisiera, sí, poder, algún día, leérselas a "ella" que, en parte, me las ha inspirado. Pero..., ¡ay!, ¡quién sabe si la veré más! No debo tratar de verla. ¿Para qué? Este dolor que me golpea en las espaldas y que, a cada instante, estalla en una tosecita seca, espasmódica, cavernícola, va matando poco a poco mis ilusiones, va apagando lentamente esa llamita de vida que lucha por no extinguirse. El aire de estas sierras la va alimentando despacito, y en él mi esperanza crece. Quiero vivir porque, al fin de cuentas, mi "tragedia", como he dado en llamarla, no es más que una prueba a que me ha sometido Dios para templar mi carácter, para hacerme comprender que también en el dolor hay belleza y una suave y perdurable sabiduría. Nada enseña tanto al hombre como el sufrimiento. Toda vida sin dolor es artificial, vacía.

Estoy con Oscar Wilde en que la verdadera tragedia es conseguir lo que uno desea. Es bueno comprender esto. Es un modo de consolarse, pensar así.

Deseo vivir. Es lo único que le pido a Dios de rodillas. No he sido malo. El lo sabe.

Aquí, en este pueblito de casas blancas, el aire tan bueno, tan amigo, y la luz, tan suave y cariñosa, me han ayudado a ser fuerte en mi flaqueza. Todas las noches, antes de acostarme, me asomo por la ventana, siempre abierta, y empiezo por murmurar alguna oración aprendida cuando niño. Entonces paréceme que el aire me devolviese otra oración inmensa y extraña. La oración que espera mi alma atribulada y exhausta.

Hace algunos meses el comisario de policía de X puso en mis manos un manuscrito, que era copia que él había sacado para mí de otro manuscrito, y el recorte de un diario en el que leí:

"En una habitación del hotel "Progreso", de ese pueblo, fueron encontrados esta mañana el cadáver de Adrián Olivera, argentino, soltero, de veinte y cinco años, y el de una muchacha que no se ha identificado todavía. Se presume que la muchacha era la amante de Olivera, pues fueron encontrados en el mismo lecho.

"Olivera, que había pasado una larga temporada en este pueblito serrano, a causa de una afección pulmonar, lo abandonó hace pocos días, ya muy mejorado de sus dolencias, haciéndose reservar la habitación que ocupaba en el hotelito. La noche anterior había llegado acompañado por una muchacha, y pidió al hotelero la llave de su habitación, diciendo que la joven era su esposa. Esta mañana al ir a servirles el desayuno, según se lo pidiera el joven antes de acostarse, el hotelero, después de golpear repetidas veces, como no contestaran, resolvió forzar la puerta, encontrándose, al entrar, con un horroroso espectáculo. La joven presentaba señales visibles de estrangulamiento y Olivera tenía perforada la sien derecha de un balazo. En una mano de la joven se encontró un anillo de oro que tiene en relieve el nombre de Gertrudis.

"Hasta el momento de escribir estas líneas no se han encontrado más documentos que una libreta de enrolamiento de Olivera.

"Tomó intervención la policía local. Se instruye el sumario de práctica."

FIN

El mundo en la



DEFENSA CONTRA LOS GASES ASFIXIANTES HECHA POR LA CRUZ ROJA EN INGLATERRA

Miembros del cuerpo de voluntarios de la Cruz Roja, dependiente del ejército británico, haciendo en Chislehurst Caves un simulacro de ayuda contra un supuesto ataque enemigo a base de gases asfixiantes. Aquí aparecen recogiendo a un herido y depositándolo en una camilla.



CONVERSACIONES ANGLOSOVIETICAS REALIZADAS EN MOSCU

De izquierda a derecha aparecen el lord del Sello Privado de la Gran Bretaña, capitán Anthony Eden, el ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, Máximo Litvinoff e I. Maiski, delegado soviético en Inglaterra, fotografiados el día en que fueron iniciadas las conversaciones entre ambos países con el objeto de asegurar la paz en Europa, y que con tanto éxito se llevaron a cabo.





CARCEL DE MUJERES EN CALIFORNIA

En Tehachapi (California), llamada también "la ciudad de las mujeres olvidadas", estas purgan su pena con la sociedad permaneciendo recluídas. El trabajo es voluntario, pero no hay una sola que no trabaje, deseando, sin duda, con eso distraer su tiempo. Aquí se ven a dos trabajando en el taller de lavado de la cárcel.

EL HOMBRE MAS ALTO DE RUMANIA

Se llama Mitu Gogea, tiene apenas veintidós años de edad y mide la friolera de 2,25 metros. Cuando se hace un traje se ve en esta curiosa situación. Dícese que Primo Carnera intentó repetidas veces conquistar su amistad, porque, siendo más bajo que él, su estatura se vería aparentemente reducida. Pero M. Gogea no quiso.

fotografía y en el comentario



EXPOSICION CIENTIFICA HECHA EN BERLIN

En el kaiserdamm de la capital alemana se halla expuesto este hombre de vidrio exhibiendo todos los conductos por los que la sangre, esencia de la vida, corre. Se le titula "La maravilla de la vida", y es la principal atracción de quienes asisten a tal lugar.



LA DUQUESA DE KENT VERANEANDO EN LA BAHIA DE MONTEGO

He aquí a la flamante esposa del duque de Kent acompañada por éste y su cuñado, el duque de Gloucester, que hallándose en Jamaica cruzó la isla para encontrarse con ellos, ya que, como es sabido, no pudo asistir a sus bodas por hallarse en Australia.



UNA TENNISTA CHILENA EN INGLATERRA

La famosa jugadora de tennis Ana Lizana aparece aquí haciendo autógrafos para un grupo de niños poco después de haber ganado el torneo de Birmingham batiendo a su competidora Mary Whitmarsh.



EL MODISTO POIRET VUELVE A PARIS

Después de haber abandonado violentamente su patria para recluirse en Londres, donde no pudo triunfar y donde en cambio pasó miseria, el famoso creador de vestidos Paul Poiret ha vuelto a Francia, donde reanudó sus trabajos. Aquí se le ve con una modelo exhibiendo una última creación suya.



LILY PONS INTERVIENE EN UN FESTIVAL DE N. YORK

Durante la fiesta de despedida que se le hizo al director Giulio Gatti Casazza con motivo de su retiro de la Metropolitan Opera de Nueva York, hubo un número "sorpresa" constituído por las cantantes de ópera Lily Pons, Gladys Swarrhout y Helen Hepson, quienes en lugar de interpretar trozos de ópera quisieron cantar ¡fox-trots!

Carreras, copetines y asado en la estancia "La Esperanza"



Recientemente se llevó a cabo en la estancia "La Esperanza", establecimiento que poseen en Chacabuco el señor Jacinto Moss y su señora Margarita Perkins, una interesante fiesta deportivo-social de fin de semana. En esta ocasión se inauguró un hipódromo, que nada tiene que envidiar al circo de Palermo, tal es la propiedad con que se han dispuesto las instalaciones. Aquí vemos a la señora de Perkins haciendo los honores de dueña de casa en compañía de su hijo Jacinto, durante el "copetín" que se efectuó en la estancia "La Esperanza", después de la reunión hípica del primer día.



Momento en que se da la señal de largada a la carrera de sulkies. En primer plano aparece el señor Hearne, que se clasificó dos veces ganador de la prueba.



Aspecto de una de las mesas tendidas bajo los frondosos árboles que rodean el circo de carreras. En primer término puede advertirse al conocido "sportsman" Jack Nelson, quien aparece luciendo la chaquetilla de "jockey" cuyos colores hizo triunfar después.



El señor Hearne, ganador de las carreras de sulkies, durante los dos días que se disputaron. La segunda vez el señor Hearne tuvo que conceder a sus contrarios una apreciable ventaja, lo que no disminuyó, por cierto, su chance, ya que se adjudicó la prueba con relatiya facilidad. Aquí le vemos en el momento de salir a la pista.



Un final de "meta y ponga", expresión recogida a uno de los "paisanos" del lugar. Faltan muy pocos metros para llegar al disco y no se sabe exactamente quién saldrá victorioso.



El señor Harold Duggan, que aparece sonriente en el centro de la fotografía, asiste al saludo afectuoso de don Arturo Kenny con un angloporteño radicado hace muchos años en Chacabuco, donde se ha dedicado a las tareas agricologanaderas con muy buen resultado.



Una de las tribunas del "paddock" en el flamante hipódromo de Chacabuco, ocupada por numerosa y selecta concurrencia, constituída en su mayor parte por familias angloporteñas.



Otra de las mesas durante el almuerzo criollo servido después de las carreras de la mañana. De pie, el señor Jacinto Moss, quien cumplimentó gentilmente a sus numerosos invitados.



El programa en Chacabuco se cerró brillantemente con un gran baile de gala realizado en el Hotel Unión, donde se lucieron las más suntuosas "toilettes" femeninas. He aquí una de las mesas durante esa gran fiesta.



Aspecto general que ofrecía el salón del Hotel Unión, durante la reunión con que se cerró el programa de fiestas, y cuyo producto se destina a obras de beneficencia.

Fotografías especiales de "Mundo Argentino".

INFORMACION GRAFICA



Acaba de tener lugar la inauguración del Consultorio Odontológico Modelo, del Consejo Escolar XXIII, acto que revistió simpáticos contornos. En la foto aparece el doctor Ramón Garasa, su director, rodeado de un grupo de concurrentes al acto inaugural.



La Cámara de Comercio Argentinobrasileña ha ofrecido recientemente una demostración a los señores Juan D. Albertoti, presidente de la Cámara Argentina de Brasil, y Juan J. Varela, cónsul general argentino en Río de Janeiro. Aquí aparecen los homenajeados momentos antes del cocktail que les fué servido.



El Colegio Libre de Estudios Superiores acaba de inaugurar los cursos del corriente año, que se iniciaron con la primera clase del doctor Amado Alonso. La foto fué tomada durante dicho acto que, como se ve, reunió gran número de personas.



Al doctor Roberto F. Giusti le correspondió pronunciar el discurso en el acto de la inauguración de los cursos del Colegio Libre de Estudios Superiores. Aquí aparece el doctor Giusti en el uso de la palabra.

DE INTERES



Con motivo del jubileo del rey Jorge V de Inglaterra, los residentes británicos pertenecientes al Club Inglés realizaron en los salones de esta institución un banquete que alcanzó las más brillantes proporciones por la numerosa y entusiasta concurrencia que asistió a él. Aquí aparecen el embajador de la Gran Bretaña, sir Henry Getty Chilton y otros miembros de la colectividad británica.



En el salón Príncipe Jorge realizó la Asociación Woman's Exchange una lucida fiesta que fué parte del programa organizado por la colectividad británica para celebrar el jubileo del rey Jorge V. En esta fiesta hubo un interesante desfile de maniquíes vivientes, que obtuvo un merecido éxito.



Fué muy crecida la concurrencia que congregó en el salón del Príncipe Jorge la Asociación Woman's Exchange, durante su reciente fiesta. Esta fotografía muestra una parte del salón durante el bridge, que fué uno de los mayores atractivos del programa desarrollado con motivo del jubileo del rey Jorge.

HOMENAJE A LA NADADORA CAMPBELL



Para celebrar los triunfos obtenidos en el reciente certamen del Brasil por la señorita Jeannette Campbell, la comisión directiva del Belgrano Athletic Club le ofreció un banquete, al que concurrieron numerosas personas. Aquí vemos el aspecto de una de las mesas.



La gran nadadora argentina que triunfó ampliamente en las pruebas de natación del Brasil, ocupó el sitio de honor de la mesa, tomando ubicación a su izquierda el presidente del Belgrano Athletic Club.



Un momento de la fiesta realizada en la citada institución belgranense, a la cual concurrieron la mayoría de los asociados y numerosos amigos personales de la destacada deportista.



También estuvo presente en la reunión el jugador de tennis A. Zappa, a quien sorprendió el fotógrafo cuando felicitaba a la nadadora.



No pudo, en verdad, la señorita Campbell substraerse a la popularidad, y hubo de posar, en la fiesta, para un artista que deseaba obtener su perfil.

Fotografías de MUNDO ARGENTINO.

PARA LA MUJER

Labores

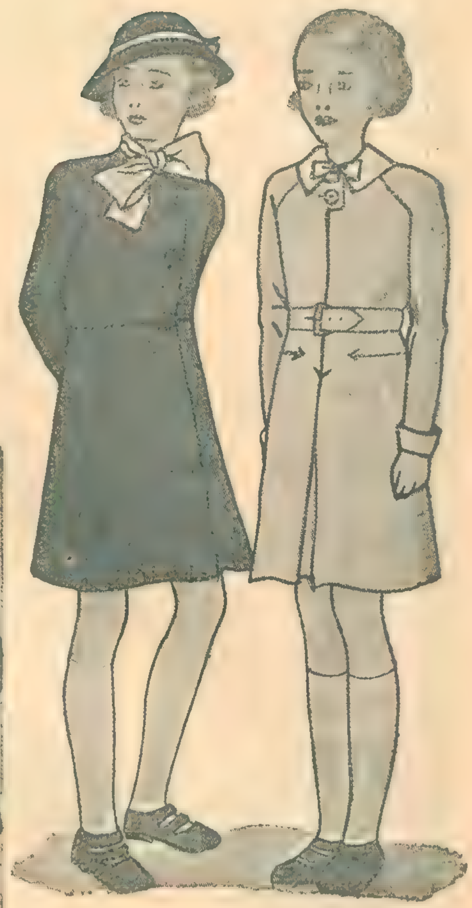
TULIPANES de BRILLANTE COLORIDO

Bordado a "punto en cruz" aplicable a distintas labores









La MODA INFANTIL





En los abrigos para niños se observa esta temporada gran sencillez y un corte uniforme, con el que se procura hacerlos cómodos y prácticos. Los vestidos que los acompañan llevan como adorno botones y cuellos de colores claros, prefiriéndose para los tapados los tonos obscuros y los colores firmes, y complementándolos con motivos de pespuntes o hileras de botones. En esta página presentamos algunos modelitos que pueden interpretarse en tweed, en lainage angora o cuadrillé, que tienen gran actualidad y resultan sumamente prácticos.

PARA LA MUJER

UNA CLASE de BELLEZA por SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON



Después de aplicar la preparación correctiva, haga un buen masaje comenzando en la nuca.



Para corregir las puntas del cabello, quebradas o secas, aplique una buena cantidad de substancia correctiva, y presione las puntas del cabello entre un paño humedecido en agua bien caliente.

PREPARANDO el CABELLO para la NUEVA PERMANENTE

Cómo corregir la sequedad del cabello causada por las tinturas

UNAS semanas antes de hacer una nueva permanente, hay que comenzar a preparar el cabello para obtener una onda suave y natural. Si el cabello ha sido teñido o descolorado y desea tener la seguridad de obtener una buena permanente, las indicaciones de hoy serán especialmente interesantes. Si el cabello no ha sido teñido ni descolorado, pero está seco y quebrado, estas indicaciones resultarán también muy útiles.

El tratamiento de hoy prepara el cabello para la permanente y lubrica el cuero cabelludo, de manera que ninguno de los dos se secará demasiado a causa de la permanente. Comience a preparar el cabello descolorido o teñido cuatro o cinco semanas antes de la permanente, y el cabello seco o quebrado, por lo menos, tres semanas antes de la permanente.



Aplique la substancia correctiva sobre todo el cabello.



Envuelva la punta del vibrador en un paño de hilo y páselo sobre la línea del cabello que enmarca el rostro.

CEPILLE EL CABELLO PORQUE ES SUMAMENTE IMPORTANTE

Cepillar el cabello es el primer paso para preparar todos los tipos de cabello. Incline la cabeza hacia adelante al cepillar. Esto estimulará la circulación, lo cual a su vez apresurará la acción beneficiosa del tratamiento. Cepille el cabello todo lo que pueda, hasta que sienta una especie de hormigueo en el cuero cabelludo.

Hay una infinita variedad de preparaciones para acondicionar el cabello y cuero cabelludo que se pueden usar en el siguiente paso del tratamiento. Muchas de estas substancias están preparadas especialmente para usar sobre el cuero cabelludo cuando éste está echado a perder debido a las frecuentes aplicaciones de tinturas. Otras preparaciones sirven para normalizar el cabello y cuero cabelludo demasiado seco. Vienen en forma líquida, de crema o aceite.

USE LOS DEDOS O UN CEPILLO PEQUEÑO

Si la preparación que emplea viene en forma líquida o aceitosa, coloque un poco en un plato. Moje un algodón con la preparación y palméelo vigorosamente sobre el cuero cabelludo. Divida el cabello en intervalos de una pulgada y aplique la substancia sobre todo el cuero cabelludo. Luego pase un poco del aceite o líquido sobre las puntas del cabello si están quebradas o muy secas.

Si la substancia viene en forma de crema aplíquela con los dedos o un cepillito. No importa cuál sea la consistencia de la preparación: debe recordarse que debe cubrirse completamente el cuero cabelludo.

Después de pasar la substancia correctiva, haga un buen masaje con los dedos sobre todo el cuero cabelludo comenzando por la nuca. Luego suba un poco los dedos, presiónelos fuertemente contra el cuero cabelludo y haga el masaje de manera que éste se mueva con la acción. El objeto de este masaje es descansar el cuero cabelludo y estimular la circulación. La buena circulación normaliza los conductos de aceite, y en esta forma se corrige la causa principal del cabello seco.

EL VIBRADOR PARA EL NACIMIENTO DEL CABELLO

¿Ha notado pequeñas escamas de piel seca o caspa en el nacimiento del cabello que forma el marco del rostro? El tratamiento siguiente hará desaparecer esto. Envuelva la punta del vibrador en un pañuelo o trapo de hilo. Ahora use el vibrador sobre esta parte del cabello. El paño levantará muchas de las pequeñas escamas, y la acción del vibrador sobre estas áreas esti-

(Continúa en la página 45)

PARA LA

MODELOS APROPIADOS



Traje de noche en faille. La chaqueta, de plumetis de seda, se destaca por su originalidad, cerrando atrás con botones redondos. Un cordelier anudado marca el talle.

Terciopelo chiffon de color heliotropo es el material empleado en este abrigo. Un gran cuello de zorro adorna la capa y constituye un detalle muy chic y de gran actualidad.

Abrigo formando capa, en terciopelo blanco. Se lleva sobre un vestido del mismo material y color, dando al conjunto un efecto de túnica. La capa lleva un grupo de pliegues.

Práctico tapado en gruesa tela escocesa, en tonos marrón y rojo. El cuello forma solapas que cierran con un botón. Un cinturón de color liso completa el conjunto.

para esta TEMPORADA



Traje de tarde, en satín opaco. La capa lleva guarniciones de piel de zorro. Recortes de la misma tela adornan la cintura. La falda forma túnica y está cortada al bies.

De terciopelo negro es este tapado de corte japonés. Las mangas llevan un borde de armiño de verano. La cintura tiene motivos fruncidos que dan amplitud a la falda.

Para la mañana es apropiado este vestido, en tela de lana cuadrillé. La pollera tiene pliegues y la chaqueta, ajustada al talle, lleva botones de cuero, que son muy novedosos.

Este abrigo, de corte sencillo y sentador, es de lanilla con motivos de piel en el cuello y los puños. El corsage lleva recortes. Un cinturón marca el talle.

PARA LA MUJER

MOTIVOS ELEGANTES *para una* NOCHE *de* BAILE











Las próximas fiestas requieren una toilette elegante, con cuyo carácter deben concordar hasta los menores accesorios y detalles. En primer término debe considerarse el arreglo del peinado. Se ven actualmente pequeños broches y clips de fantasía, que ayudan a arreglar el cabello en forma original. No menos importantes son los varios accesorios que acompañan la toilette. Figuran entre ellos una pequeña petaca de terciopelo y lamé, en la que se guardan la polvera y los lápices. Con ella hace juego el calzado, de estilo sandalia, formado por pequeñas tiras de lamé. Una nota chic la da una capita enteramente realizada en paillettes, acompañando un traje de marrocain negro, con el que resultará también elegante una capita de tul adornada con hilos plateados.



Chelín
(Continuación de la página 30)

montaña. Allí realizó la misma operación: se abrió la roca y escondió el tesoro.

Chelín, prevenido, observaba; no marchaba nunca delante de aquel hombre; no le preguntó nada.

De pronto, el sujeto penetró en un bosque: allí estaban, a la luz de unas teas, comiendo siete individuos más, cubiertos de túnicas. Bebieron hasta saciarse y comieron hasta hartarse. Pero Chelín, prevenido, ni comió ni bebió.

—Duérmete — le dijo el hombre.

Chelín se hizo el que dormía, y hasta roncó.

El sujeto lo tocó, le dió con el pie, y Chelín, nada...

Entonces el de la túnica degolló a los siete ladrones, y cuando iba a clavar la espada en el pecho de Chelín, éste saltó y le agarró de los pies; una vez el malvado en el suelo, Chelín, con su cuchillo, le hirió en un brazo.

—Me has herido hasta lo hondo — dijo el bandido; — toma mi espada, vete por el camino del sur; allí encontrarás a mi hermana. Entrégale mi espada, que ella te dará la mitad de mis tesoros.

Y el hombre perverso, expiró.

Chelín encontró, en efecto, al final del camino del sur, a una hermosa joven.

Le entregó la espada, y ésta le llevó a su casa, y le preparó comida; pero Chelín, desconfiado, no la probó. Luego le preparó una cama. Chelín se acostó, pero, como era prevenido, fuése arrastrando hasta un rincón, y desdes allí observó. De pronto cayó sobre el lecho una piedra enorme. Y la hermosa joven comenzó a gritar:

—¡He matado al matador de mi hermano!

Pero Chelín apareció delante de ella y le dijo:

—Tu hermano era un criminal; le maté porque él arrebató vidas y tesoros. Ven conmigo. — Y la llevó a palacio. Una muchedumbre inmensa admiró la suerte de Chelín y la belleza de la joven cautiva.

De acuerdo los dos, devolvieron los tesoros robados.

El rey recompensó con dádivas inmensas la buena acción de la joven que restituyó cuanto el hermano bandido había usurpado, y el valor con que Chelín supo desempeñarse.

La joven fué la esposa de Chelín, y fueron ricos y dichosos.

Esto demuestra que un "Hombre prevenido vale por dos".

Aventura
(Continuación de la página 23)

Dió un manotazo sobre la mesa, y metiendo a Libero los puños por los ojos, le dijo con voz que más bien parecía un ronquido:

— ¡Palabra de honor que el mejor día le rompo a usted las narices! Ya verá usted si no.

Más asombrado que nunca, Libero le vió alejarse calle adelante, dejándole a él sentado frente a la mesilla, en medio del gentío que pasaba.

Corrió algo más de tiempo. Remigio, terminadas sus tareas en "La Cerril", regresaba a su casa; hacía el camino cada vez más aplastado, procurando tardar lo más posible en llegar a su casa. En medio de su derrota, evitaba chocar con su mujer. ¿A qué chocar con ella si saldría perdiendo?

Su drama parecía no tener desenlace y, sin embargo, debía tenerlo. Era indispensable. Y porque era indispensable lo tuvo por fin. Una noche, al regresar a su casa como de costumbre, no halló a su mujer; halló en cambio una carta suya en la que le decía que estaba cansada de sufrirle y que se marchaba con otro hombre más generoso y más espléndido, que le prometía paraísos encantados; esos mismos paraísos que él debió depararle.

Ante esta carta, Remigio Perral no tuvo una reacción; no sintió desgarrársele las fibras del corazón ni que su honor caía estrepitosamente a sus pies, mancillado, roto .. Sonrió ingenuamente, con una ingenuidad de niño que ha realizado su capricho..

Una clase de belleza...
(Continuación de la página 41)

mulará la circulación y ayudará a corregir la causa fundamental.

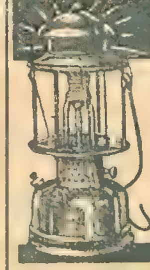
Ahora debe considerarse el shampoo. Cuando se aplica la substancia correctiva sobre el cabello demasiado teñido o descolorido, notará que el cabello absorbe parte de la preparación. Esto es debido a que el cabello en estas condiciones tiene muchos poros y absorbe todo lo que toca. Si el cabello absorbe la mayor parte de la preparación no es necesario lavar la cabeza inmediatamente. Por lo general la substancia correctiva debe permanecer sobre el cabello durante una hora antes del shampoo. Repita este tratamiento cada cinco o seis días.

Si sólo las puntas del cabello están secas o quebradas, haga esto: primero cepille el cabello, luego empape las puntas con la substancia correctiva. Luego humedezca una toalla en agua bien caliente y apriete las puntas del cabello entre el paño caliente. Esto ayudará a que las puntas absorban mayor cantidad de substancia correctiva. La aplicación de la preparación y humedad debe repetirse cada dos o tres días. Este tratamiento, puesto en práctica regularmente, devolverá al cabello su color y contextura, de manera que los efectos del abuso o descuido desaparecerán rápidamente.

PRUEBE LA CONTEXTURA DEL CABELLO ANTES DE HACER LA PERMANENTE

Cuando el cabello está en buenas condiciones al hacer la permanente y ésta es garantida, la belleza y salud del cabello no corren mayor peligro. Sin embargo, es conveniente probar en un mechón de cabello antes de hacer toda la cabeza; no importa la confianza que le tenga al operario o la excelente condición en que esté el cabello.







Quiso apoderarse del dinero del forastero; pero...

La



COMO todas las noches, a las diez, Yu-Chen tocaba suavemente, en su flauta de bambú, la misma extraña y pesada canción que la gente blanca que lo tenía a su servicio estaba ya harta de escuchar.

Yu-Chen era un chino de maneras apacibles, en cuya cara mofletuda la sonrisa parecía formar parte de sus rasgos fisonómicos. Sus ojos negros tenían, aunque enigmáticos, un toque de tolerancia bondadosa. Por lo demás, ningún hombre de raza caucásica habría podido anticipar lo que Yu-Chen era capaz de hacer en una determinada circunstancia. Detrás de su sonrisa se escondía el misterio inescrutable del Oriente.

De pronto, Yu-Chen dejó de tocar. Se levantó de la silla y se encaminó hacia su baúl, con el paso arrastrado y tranquilo que era otra de sus características. Alzó la tapa, depositó reverentemente el instrumento y cerró con llave. Guardaba en su baúl ciertos tesoros que no deseaba que fuesen inspeccionados. Ellos incluían un revólver, un hacha y seis latas de opio para fumar.

El espíritu de Yu-Chen estaba perturbado. Por la tarde había echado las cartas con un resultado desastroso. Tres veces seguidas la séptima había sido el seis de espadas: "dolientes en un funeral".

— Significa — reflexionaba — una muerte violenta esta noche y en este lugar.

Cuanto más pensaba, más se embrollaban sus ideas acerca de las causas que podían conducir a un crimen.

El hotel estaba aislado, no existiendo otra vivienda en diez leguas a la redonda. Era invierno y hacía un frío terrible. Bajo su mismo techo se albergaban cuatro personas. Tres eran muy queridas por Yu-Chen: Bardon, su patrón; Sara, la esposa, y Guillermo, el hijito de ambos. La cuarta era un factor incierto, un hombre, un forastero, que había llegado como una hora antes en un trineo tirado por perros.

Era extremadamente raro para el hotelito, tan alejado de la civilización y de las rutas de tránsito, perdido entre los bosques canadienses, tener huéspedes en semejante estación del año. Su clientela la constituían pescadores en verano y cazadores durante el otoño.

Desde el vestíbulo, Yu-Chen había echado una rápida ojeada al forastero, mientras Bardon lo escoltaba, escaleras arriba, hasta su habitación. Pero el hombre iba envuelto en un enorme abrigo y no se había quitado el gran gorro de pieles, de modo que el chino no pudo verle la cara. Su voz, sin embargo, le había desagradado sobremanera.

Le dieron la pieza vecina a la de Yu-Chen, en el primer piso, porque esas dos habitaciones tenían, en el suelo, un orificio graduable para dejar subir el calor de una estufa situada en un pasillo de la planta baja.

¡Una muerte esta noche! — meditaba el chino. — ¡Una muerte violenta! Eso tiene algo que ver con el extraño demonio blanco.

Yu-Chen era muy supersticioso. Nada podía sacudir su fe en las predicciones de las cartas. Las suyas procedían de un templo chino y las consideraba infalibles.

Se sentía aguijoneado por la curiosidad. Fué hasta la puerta, no con su habitual paso arrastrado, sino tan silenciosamente como un gato que calzara sandalias de fieltro. Muy despacio, casi sin ruido, la abrió y avanzó por el obscuro corredor, llevando una silla.

El forastero estaba en su dormitorio. Percibía claramente su respiración en medio del profundo silencio que en esos instantes reinaba en la casa. Arrimó la silla a la puerta y se encaramó para observar a través de la banderola.

Vió algo que estuvo a punto de hacerle perder la serenidad.

El huésped era un individuo corpulento, de cabellos negros y lacios y de ojos obscuros que brillaban como los de una serpiente.

Ilustró

EQUIVOCACION de YU-CHEN

CUENTO

Por A. E. APPLE

...llenó su noche con el horror de una tragedia inesperada.



Había oído explicarle a Bardon que era un buscador de minas que se dirigía hacia el Norte. Pero evidentemente había mentido. Su cara era blanca y cuidada como la de un hombre de ciudad. Sus dedos finos y delicados no presentaban ninguno de los rastros que dejan en las manos las herramientas del buscaminas. Le bastó una mirada para advertir todo eso.

En seguida atrajo la atención de Yu-Chen algo que había sobre la cama, algo que el hombre contemplaba en actitud inmóvil, con una fascinación rayana en el hipnotismo.

El objeto que así dominaba al forastero era una valija cuya tapa, volcada hacia atrás, dejaba ver el interior repleto de billetes de banco cuidadosamente empaquetados.

El chino no se detuvo más. Muy sigilosamente se volvió a su cuarto, llevándose la silla, y cerró la puerta.

—¡Un cajero de banco, fugitivo! — iba diciéndose Yu-Chen.

Se aproximó a la ventana. Para poder mirar afuera tuvo que raspar con un cuchillo la gruesa capa de escarcha que cubría los cristales.

Yu-Chen encendió un cigarrillo y se puso a fumar, pensativo, mientras examinaba los alrededores del hotel. Debía hacer un frío intensísimo, quizá treinta grados bajo cero. Las estrellas titilaban con un brillo extraordinario. La luna resplandecía como un reflector. Más abajo, enormes masas de pinos gigantescos se erguían, inmóviles, sobre una capa de nieve de más de un metro de espesor.

Un velo de vapor se extendió rápidamente sobre el vidrio, enturbiando la visión del paisaje. No tardaría mucho en convertirse en una masa de hielo.

El chino abandonó su observatorio y se dió vuelta al tiempo que la puerta se abría pausadamente.

Una criatura acababa de entrar. Vestía un abrigado pijama de franela. Su cabellera estaba desgreñada y había en sus ojos la languidez del que ha estado durmiendo profundamente y no se halla bien despierto todavía.

—Me olvidé de darte las buenas noches, tío Chen — dijo soñolientamente.

—¡Chico bueno, Guillermito! — exclamó el oriental con una sonrisa de complacencia. — Me hace acordar a mi hijito. Algún día tío Chen hará mucho por usted. Vaya a la cama ahora. Tío Chen mandará hadas chinas para que tenga lindos sueños, con muchos juguetes.

El niño se marchó. Yu-Chen lo siguió hasta su camita, lo abrigó con las mantas y se quedó a su lado hasta que estuvo profundamente dormido.

Regresó a su cuarto meneando la cabeza tristemente. Respetaba al niño blanco porque simbolizaba para él a un hijito que había dejado en el otro lado del mundo y al que quizá no volvería a ver jamás. Había tenido que abandonar precipitadamente su patria en circunstancias muy penosas. Era banquero en una ciudad china. Su banco había quebrado. La ley es allí muy severa; le fué necesario huir para salvar la cabeza, que había sido puesta a precio.

Pensaba en el misterioso huésped y en su valija llena de dinero y se consolaba con la idea de que si bien los dos eran banqueros prófugos, él, al ponerse en salvo, no había llevado consigo ni un solo centavo de sus clientes.

A través del agujero de la calefacción llegó a sus oídos el rumor de una conversación en el piso bajo. Sus patrones estaban hablando y habían pronunciado su nombre. Fingió que se acostaba. Desde abajo debieron percibir el rechinamiento de los viejos y enmohecidos muelles del eláctico. Pero en seguida, con grandes precauciones, volvió a levantarse y se acercó al registro de la calefacción. Sentado en una silla, envuelto en el tibio hálito que subía de la estufa, se puso a escuchar.

En ese momento Bardon hablaba de una hipoteca de tres mil dólares que vencía en la semana siguiente. Era seguro que no pensaban renovarla y que los despojarían de la casa.

—Quieren quedarse con el hotel y explotarlo por su cuenta — decía el hombre. — Hace tiempo que lo he comprendido. Estamos en un sitio ideal. Hemos tenido un año malo, pero los tiempos mejorarán. Entretanto, nadie puede ayudarnos. ¡Lo perderemos todo!

—¡Después de tanto como hemos luchado! — se lamentó ella.

—Y lo peor es que no me siento con fuerzas para comenzar de nuevo.

Hubo un silencio.

—Tendré que tejerle a Guillermito un "sweater" más grueso antes de que nos echen. Gracias a Dios, la hipoteca no comprende el trineo ni los perros. Así, el nene y yo no tendremos que irnos a pie.

—¿Cómo estamos de provisiones? — preguntó Bardon.

—Tenemos apenas para una semana. Si pudieras matar una oveja...

—Es muy arriesgado ahora. Los rastros en la nieve me descubrirían. Además, ya sabes que el guardabosque está esperando siempre una oportunidad para hacerme enjaular.

La mujer sintió un calofrío. Ella sabía el porqué de la animadversión de aquel hombre hacia su marido.

—¿No podrá oírnos Yu-Chen? — preguntó por decir algo.

—No. Ya se ha acostado. Después de una pausa agregó: — No sé qué vamos a hacer con él. Hace varios meses que no puedo pagarle. En septiembre quise despedirlo, pero no tenía dinero. Le expliqué la situación. Ya sabes lo que me dijo. Que se quedaría todo el invierno porque se hallaba a gusto con nosotros. Que el sueldo no le interesaba por ahora y que podría pagárselo algún día, cuando cambiase mi suerte.

—Hay una cosa que me llama la atención en este chino — dijo Sara.

Aunque había bajado mucho la voz, Yu-Chen la oía perfectamente. La sonrisa desapareció de su cara cuando la mujer continuó:

—Si no fuese tan bueno, desearía que le ofreciesen trabajo en alguna otra parte y que se marchara.

—No digas tonterías. Yu-Chen es un hombre insubstituíble.

—Hay que desconfiar siempre de quien no se muestra ansioso por cobrar su sueldo.

—¡Bah, bah! Es mejor que vayamos a acostarnos — concluyó Bardon.

(Continúa en la página 53)

H. POZZO

PARA LAS MADRES

Por EL MEDICO DE GUARDIA

Divulgaciones de tratamientos caseros

LAS COMPRESAS

Accediendo al pedido de algunas lectoras, reproducimos el siguiente suelto, que se refiere a las aplicaciones de las compresas y sus beneficios.

LAS COMPRESAS FRIAS

"Una compresa fría es una aplicación de frío local por medio de un género empapado en agua fría y retorcido luego. Puede hacerse uso de toallas de manos o pedazos de género de algodón común, que deben doblarse del tamaño deseado y humedecerse, según lo indicado, con agua fría o agua de hielo. La torcedura debe ser precisamente lo suficiente para impedir que gotee la compresa, la cual será más fría si se hace con agua de hielo recién derretido. Como aplicación continua de frío, la compresa debe renovarse con frecuencia, siempre antes de que se caliente mucho. Cuanto más espesa sea, con tanta menor frecuencia requerirá que se la cambie. Debe emplearse un juego de dos compresas y renovarlas a intervalos que varíen entre uno y cinco minutos, según el espesor de ellas y el resultado que se haya de obtener. Las compresas frías pueden aplicarse a la cabeza, al cuello, sobre el corazón, o los pulmones, al abdomen, al espinazo, etc. Cuando se aplican a la cabeza, deben apretarse firmemente sobre la superficie tratada, especialmente sobre la frente y las arterias temporales. Debe protegerse la almohada con una tela engomada. Cuando se aplican las compresas al abdomen en caso de tifoidea, debe protegerse la ropa de cama y la del paciente con toallas turcas. A menos que la compresa sea muy espesa, siempre que quede más de tres o cinco minutos, cambia la naturaleza de la aplicación, y pasa a ser una compresa calentadora."

LA MADRE QUE PUEDE CRIAR A SU HIJITO Y LO PONE EN MANOS EXTRAÑAS, COMETE UN GRAVE ERROR. NUNCA UN NIÑO PUEDE ESTAR ATENDIDO COMO POR SU PROPIA MADRE.

LAS COMPRESAS CALENTADORAS

"La compresa calentadora es una compresa fría de tal manera recubierta que no tarda en producirse el calentamiento. El efecto que con ella se obtiene equivale, pues, al de una suave aplicación de calor húmedo.

"Una envoltura o compresa consiste en aplicar calor al cuerpo por medio de tres o cuatro dobleces de gasa, o uno de hilo o algodón, empapados en agua fría, y escurridos después por torcedura, y tan perfectamente cubiertos de franela seca, o tela engomada y franela, que impidan la circulación del aire y ocasionen una acumulación del calor corporal. En caso de que el calentamiento no se produzca prontamente, debe promoverse con bolsas de goma o botellas llenas de agua caliente. Generalmente, se deja esta compresa en su lugar durante varias horas, entre otros tratamientos o durante la noche. Si se deja toda la noche, debe estar seca por la mañana, a menos que se haya cubierto con género impermeable, tal como tela engomada o seda aceitada. Al quitarse la compresa, la parte en que estuvo, debe frotarse con agua fría y secarse con una toalla."

LA VIDA CALLEJERA



En nuestro propósito de hacer ver a los padres todo lo malo que pueden hacer los niños que viven en la calle, publicamos esta nueva foto, en que aparecen unos cuantos chicos haciendo toda suerte de travesuras en ese montón de caños abandonados en la vía pública.

Como puede verse, hasta las niñas participan de estas travesuras, que debieran repudiar y que ponen una nota desagradable en los ojos que las contemplan.

Estos niños, ¿no estarían mejor en la escuela, o en el seno del hogar, o en un parque, jugando como es debido o tomando el aire y el sol, que tan necesarios son para la infancia de hoy, condenada a vivir en casas sombrías, sin ventilación y sin comodidades?

Insistimos, pues, en que de la educación de los niños de hoy tendremos los hombres de mañana, y que no se puede esperar nada de unos niños que no han sido vigilados y enseñados debidamente.

COMPRESAS CALIENTES DE AGUA BORICA

"Para la aplicación de estas compresas se debe disponer de una solución saturada de ácido bórico, comúnmente llamada agua bórica.

"Para prepararla, se derrama agua sobre cristales de ácido bórico y se deja estar hasta que se haya disuelto todo el ácido bórico que el agua pueda absorber. Se saca entonces el agua clara de la parte superior y se usa para las compresas calientes.

"Se pone como un litro de esta solución en una cacerola y se hace hervir. La compresa debe hacerse con una toalla pequeña o unos cuantos dobleces de gasa del tamaño correspondiente. Esto se empapa en la solución caliente bórica y se retuerce, sujetándolo por las puntas. Esta compresa caliente se pone después sobre los ojos o cualquier parte del cuerpo que se desee tratar con compresas bóricas. Como esta compresa es mucho más pequeña que el trapo de los fomentos, pierde calor con más prontitud, y debe cambiarse más a menudo. El tratamiento debe durar unos 30 minutos. Antes de cesar, debe estar la piel roja como resultado del calor."

• •

CONTRA EL SUDOR DE LOS PIES

Para combatir este malestar, por cierto poco agradable, debe procederse a extender, por espacio de cuatro o cinco días, sobre los pies, un poco de la solución que le detallamos a continuación:

Bicromato de potasio ..	*30 grs.*
Esencia de lavanda	*2 „*
Agua	*200 „*

La otra pregunta que nos hace no corresponde a esta sección.

Cdo. a "Pirucha", de Paraná.

• •

COMER

Es un error el que usted comete, un error demasiado grave. A los niños no debe hacérseles comer a la fuerza, empleando la brutalidad. Si la criaturita no padece ninguna afección, comerá por su propia voluntad, dejándola en libertad para ello. Si a pesar de esta libertad no come debidamente, ello es prueba evidente de que su organismo debe tener algún padecimiento. En este caso lo que debe hacerse es ver al médico, quien podrá diagnosticar. Pero nunca, ¡nunca!, entiéndalo bien, debe tratar a su nene con dureza porque no quiera comer, ni por ningún otro motivo; porque las criaturas sólo merecen palabras dulces, buenos ejemplos y, sobre todo, indulgencia.

Cdo. a "Rita S.", de Los Algarrobos.

• •

CONTRA LOS MOSQUITOS

En esta época del año, ya próximos al invierno, los mosquitos no dan mucho que hacer, por lo que nos extraña su carta, pidiéndonos una receta para proceder a su exterminio. Pero como nuestro deseo es servir a nuestros lectores conforme a nuestras fuerzas, se la damos.

Debe usted hacer una solución de formol al 10 por ciento, empapar en ella trozos de lienzo, retazos, etc., y extenderlos en la habitación donde están los mosquitos.

Como se sabe, el formol atrae a los insectos y les causa la muerte casi instantáneamente. Desde luego, el formol es peligroso y debe usarse con mucha precaución para que no ataque las manos.

Cdo. a "Graciana", de Curuzú Cuatiá.

MUCHAS MADRES, ANTES DE VER AL MEDICO, PREFIEREN VALERSE DEL CONSEJO DE LOS VECINOS. HACEN MAL ESTAS MADRES, PORQUE SIN QUERERLO CONSPIRAN CONTRA LA BUENA SALUD DE SUS HIJOS.

PARA LA HINCHAZON DE LOS PARPADOS

He aquí la receta que nos pide para combatir la hinchazón de los párpados.

Debe verter en un poco de agua unas gotas de la siguiente solución:

Agua de borrajas	100 grs.
Sulfato de aluminio	10 „

Es de advertir que esta solución debe ser usada en frío.

Cdo. a "M. R. P.", de Rufino.

• •

TONICO PARA CONVALECIENTES

He aquí la receta de un tónico para convalecientes, que nos solicita en su carta:

Quina kalisaya........	**5 gramos**
Agua..................	**300 „**
Leche de vaca.........	**70 „**
Azúcar.................	**20 „**

En cuanto a cómo se prepara, debe usted seguir las presentes indicaciones: Sometа la quina a decocción hasta que quede reducida a sólo cien gramos, luego la pasa por un lienzo y la deja en reposo durante doce horas; entonces le agrega la leche y el azúcar.

La poción que resulte de esto debe tomarse de una sola vez una hora antes del desayuno, calentándola primero y agitándola bien a continuación.

Su otra pregunta, como usted debe suponer, no tiene contestación, al menos desde esta sección.

Cdo. a "Lina", de Tigre.

CUIDE *a sus* NIÑOS *del* FRIO ABRIGANDOLOS BIEN

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



CAMINIAGA (L. Arata). — Quizá sea una molestia para usted prepararme ese pollo con arroz.
SEVERA (Herminia Mancini). — Lo prepararé con mucho gusto...
CAMINIAGA. — ¡Yo preferiría con mucho pollo!
De "LAS MINAS DE CAMINIAGA", teatro Ateneo.



AMADEO (G. Cicarelli). — Lo que es hoy he comido "opáparamente"...
ARCADIO (F. Charmiello). — Opíparamente, querrás decir.
AMADEO. — Es que he comido solamente papas...
De "MARUXIÑA", teatro Mayo.



MISS BA (Iris Marga). — Esa poesía me parece un poco obscura.
BROWNING (A. García Buhr). — Es cierto. Cuando la escribí sólo la entendíamos Dios y yo... ¡Ahora el único que la entiende es Él!...
De "MISS BA", teatro París.



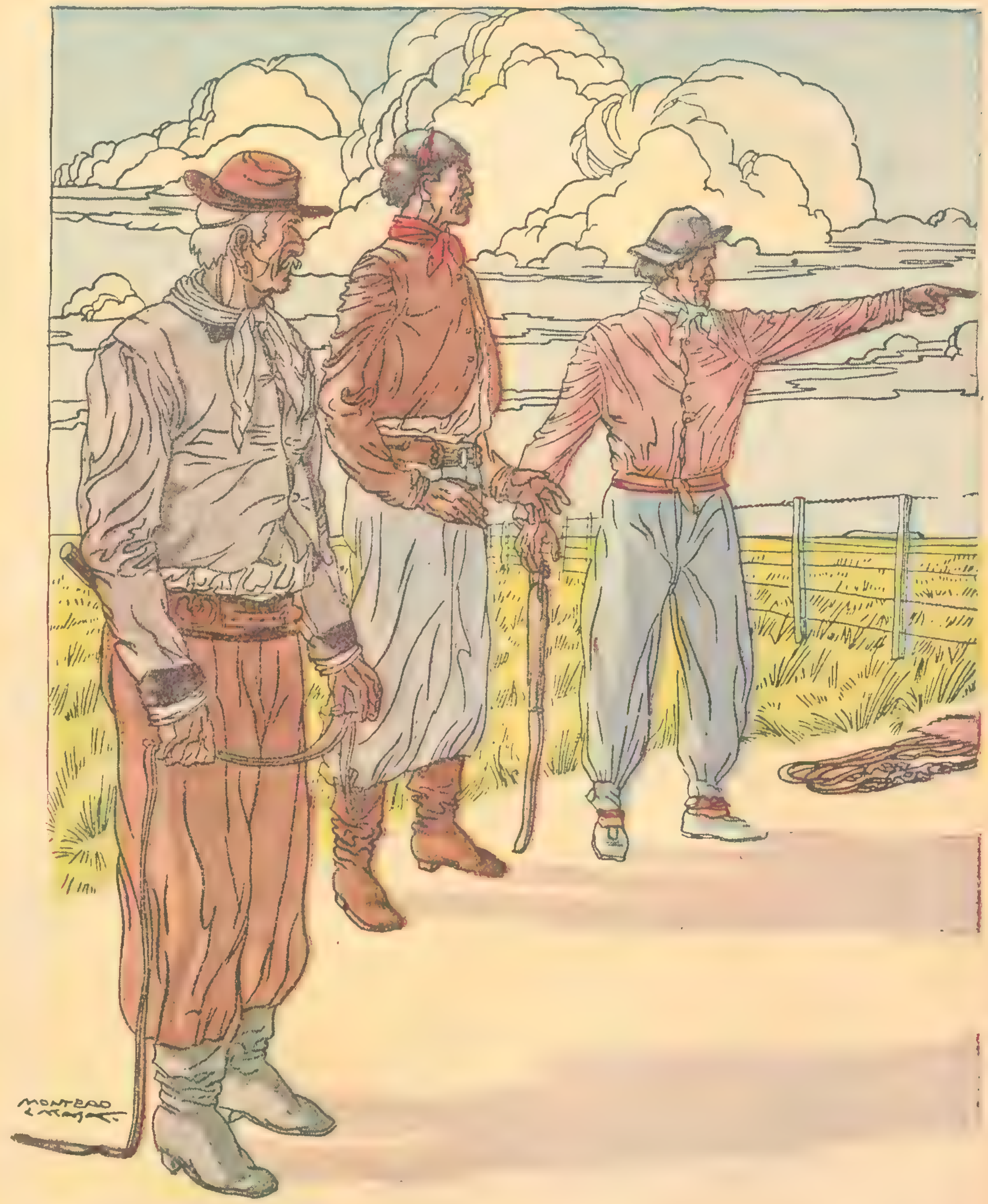
SUZANNE (C. Sanz). — ¿Su esposa debe pasar ratos muy divertidos?
LORD FINCHLEY (J. Bonafé). — Sí, pero no conmigo...
De "¡S. O. S.!", teatro San Martín.



DOCTOR RAMIREZ (A. Zamora). — Su esposa no es vieja. ¡Es un crepúsculo hermosísimo!
LAWRENCE (J. Renato). — ¿Crepúsculo?... ¡Es una noche cerrada!
De "¡S. O. S.!", teatro San Martín.



SEÑORA LAWRENCE (Blanca Vidal). — Y aquel célebre quiromántico no pudo adivinar mi pasado; tal vez por misterioso...
LADY FINCHLEY (Camila Quiroga). — O tal vez por lejano...
De "¡S. O. S.!", teatro San Martín.



El ÑANDU BLANCO

...recuerda una de esas supersticiones pampeanas que basta el corazón de un criollo guapo para desvanecerlas.

• •

CUENTO CAMPERO
de
A. CAVILLA SINCLAIR

El muchacho sonrió, y aprovechando la pasada de otro de los peones, lo aproximó en esta orden:
—Panta; mirá pa' la tapera.

TIRONEABA por no morir la última estrella, cuando ya Ciro, el boyero de "Huincúl", terminaba de cimarronear junto al fogón que quemaba un centenar de marlos.

Abandonó el mate, llenó la pava, que colocó sobre la trévedes, y alargando un brazo tomó del suelo un cojinillo y un freno y se incorporó; apretó entre sus dientes la pereza de un bostezo y salió de la cocina rumbo al "nochero", que en el potrero de la estancia apuntalaba en sus cuatro patas, mucho de cansancio, de vejez y de sueño.

La carita morena del muchacho se iluminó de alborada y sus labios carnosos se unieron en la quejumbre de un estilo.

Y así anduvo unos metros, cuando al dar vuelta al mojinete de la casa del capataz, paróse de repente, silenció su silbo y sus manos dejaron caer las prendas.

Restregóse los ojos como para ahuyentar la posibilidad de un sueño, y miró de nuevo.

No cabía duda; allá a la distancia, picoteando el pasto húmedo del amanecer, se alargaba la trágica cuadrilla.

Giró sobre los talones y en unos cuantos saltos penetró en el galpón.

—¡Don Telmo! ¡Don Telmo!

El viejo criollo continuó la tarea de ovillarse entre su larga faja de merino, y con tranquilidad que contrastaba con el apremio del boyero, inquirió:

—¿Qué te pasa? ¿Ti has levantao soñando?

—No, ¡di ande! Venga; atráquese pa la casa'el capataz y va ver.

—Pero... ¿qué demontr'es lo que via'ver? Desembuchá.

Ciro lo miró fijo en el deseo de aumentar la impresión de la noticia, y recalcando cada una de sus palabras, dijo con solemnidad:

—¡El ñandú blanco!

Don Telmo, como si hubiera debido evitar el bote de una lanza, echó atrás su cuerpo, y palideciendo, pretendió imponer una negativa.

—¡Tas disvariando!

—¡Po ésta! —afirmó el mensual— montando sus índices en cruz, para luego separarlos y golpearse los muslos con firmeza.

—¡Ahura sí! Si es sierto qu'el sargento Bracamonte jué mi padre y jué tan guapo, viá probarme pa saber cuánto le adiudo di agayas.

El criollo, con movimientos que retardaba su temor supersticioso, terminó de vestirse, y adivinando la intención del muchacho, poniéndole su mano callosa sobre el hombro, le aconsejó en tono patriarcal:

—¡Cuidao, m'hijo, con tentar al diablo! —E involuntariamente le siguió hasta el sitio donde quedaran el cojinillo y el freno.

—Ve, viejo; áhura si ha corrido; ta derechito mirando pal paráiso 'e la tapera 'e Survide, ¿lo vido?

Su acompañante hizo un esfuerzo pantalleando sus ojos con la zurda nudosa, y respondió moviendo negativamente la cabeza:

—Yo no deviso más qui una cosa que se mueve. ¿No ti habrás conjundido?

El muchacho sonrió, y aprovechando la pasada de otro de los peones, lo aproximó en esta orden:

—Panta, mirá pa'la tapera.

El hombre obedeció; atisbó un segundo, hubo como un cimbronazo en sus nervios de bronce y quitándose el sombrero, balbució:

—¡El ñandú blanco!

Y sin hablar más palabra, como en miedoso convenio, él y don Telmo volvieron al galpón para transmitir a los "lerdos" la fatal noticia.

Ciro, como si una fuerza misteriosa lo clavara en el sitio, perforaba con su vista el horizonte mañanero, en la insistencia de no perder un solo movimiento del cimbreante cuerpo del ñandú.

....

Hace de esto muchos años.

El extremo Oeste de la provincia de Buenos Aires, que hoy forma los distritos de Rivadavia y General Villegas, ofrecía el aspecto desolador de sus arenales, la carencia de aves, el raquitismo de su flora y la monotonía insoportable de un escenario huérfano de accidentes geográficos.

Hubo, sin embargo, un momento en que la vida pesadamente tranquila de la campaña se agitó bajo el influjo de un algo de leyenda.

En un puesto de estancia lindero con La Pampa, en un mediodía de invierno, Pancho Cendoya, el mejor boleador del Oeste, desató el ladero del arado, le puso freno y, "desuñendo las avestruseras" que afianzaban el apretón del cinto, corrió en vano tres horas tras un "ñandú blanco", visto por primera vez, y que capitaneaba una cuadrilla común formada de unas treinta hembras.

Tres meses después, un gran tirador, el sargento Medina, destacado en el fortín Curacú,



ILUSTRO

LACASA

MONTERO

disparó cinco veces el contenido de su máuser sobre el ave en cuestión, sin lograr ni siquiera rozarla.

Y cuentan aún los viejos del lugar que por la influencia del "ñandú del gualicho", Cendoya y el sargento Medina, por la diferencia de una apuesta se dieron en una "esquina" una puñalada por cada repique de los "pururús" que salpicaban las huellas de una "cuadrera".

Otros más habían tentado la adquisición con igual funestos resultados.

Así se explica que el ave de encantamiento, un magnífico macho que lucía un plumaje gris claro, casi blanco, en contraste con los demás de su especie, agitara el sueño de las peonadas del contorno y marcara un "por la señal de la santa cruz" en la frente de las madres y de los viejos.

Celina Azcuaga, la fina y hermosa hija del dueño de Huincúl, había vivido la leyenda en los labios trémulos de la vieja cocinera.

Su asombro fué una carcajada que terminó en un antojo:

— ¡Cómo me gustaría conseguir esas plumas!

. . . .

Había transcurrido apenas una hora desde los primeros sucesos que narramos, y la peonada de Huincúl, toda en pie, comentaba con don Telmo y el capataz los acontecimientos, olvidada por completo de desayuno y obligaciones.

El boyero, con el freno y el cojinillo en una mano y trayendo atadas a la cintura las boleadoras, suspendió con su presencia los comentarios del grupo, para solicitar casi ordenando:

— Viejo, vengo pa pedirle un favor.

El aludido, conociendo de antemano el pedido, suspiró hondo, miró a los demás sacudiendo con pena su crinuda cabeza canosa y repitió su frase:

— ¡Cuidao, m'hijo, con tentar al diablo!

— ¡Es inútil, toy disidido, y viá dir por el ñandú!

Hubo murmullos de asombro, duda y admiración.

El capataz, deseando terminar el asunto, mandó con su acostumbrado tono áspero:

—¡Andá, trái los macarrones y dejate 'e pavadas, que sos muy poco p'estas polcas!

— Po eso mesmo, señor — respondió el muchacho con fingido respeto y perforando al grupo con la mirada, — porque no tengo más que quinse años y porque en esta estansia no he resebido más que malos tratos, empujones y guascasos, es que m'he dao cuenta que sólo había dos personas hechas como Dios manda: la niña Selina y el viejo Telmo.

Y mientras el nombrado bajaba la cabeza, él continuó como en un arranque de poseído:

— Las pilchas que tengo pal trabajo me las rigaló este hombre; las domingueras, la niña. Yo sé qu'eya quiere las plumas 'el ñandú blanco, y como sé tamién qu'el único chuso capás d'emparejarlo es el doradiyo cabosblancos 'e don Telmo, he venido pa que me lo emprieste. . . ; dispués ¡voy a las mías!

Su tono silenció a los oyentes, mientras que el viejo, presionando en sus párpados resecos el amargor de una lágrima, se atrevió a decir:

— ¿Pa qué vas a dir? ¡Será disgrasia, de fijo!

— Taulé; pero me lo he jurao a mí mesmo; y si no m'empriesta el cabosblancos, soy capás 'e calentarle las masetas al nochero.

Don Telmo tentó una última objeción:

— Mirá qu'el doradiyo es demasiao cosquiyoso. . .

— No li hase.

— Como querás y. . . ¡que Dios te proteja!

Minutos después, bien sentado y quebrando en la boca del "crédito" las agachadas de un pique, se aproximaba a la cuadrilla que pastaba tranquilamente bajo el ojo avizor del ñandú blanco, que, fiel guardián de su serrallo, bajaba y levantaba su elegante cuello con precisión matemática, escudriñando el horizonte.

Endilgó su cabalgadura en sentido oblicuo a su objeto, y a dos cuadras aproximadamente de él, animó al doradillo con el cuerpo, lo largó como una flecha y el ave de encantamiento fué aislada del grupo. El ñandú irguió su pescuezo, distendió sus alas abanicando al gramillal con sus plumas de seda, y después de tres gambetas, como para templar el cordaje acerado de sus piernas, fué así como una bala disparando hacia el Sur en procura de pajales.

El cabosblancos, a ciento cincuenta metros, lo seguía bufando y echando atrás las orejas como para dejar libre el juego de las avestruceras.

¡Singular la lucha de los remos! Cien, cincuenta. . . ¡veinte varas, por fin!, y las bolas, arrojadas por el brazo joven, pero fuerte, silbaron en el aire.

El avestruz percibió el silbo, y con un giro de contradanza pretendió evitarlas, pero en vano; las cuerdas se anudaron a su cuello y las piedras se incrustaron entre el varillaje de sus alas. Perdió equilibrio; dió unos saltos irregulares obedeciendo a las leyes de la inercia y castigó el suelo con su cuerpo.

Se apeó el muchacho, y sin cuidarse de su caballo, que dejaba rienda arriba y temblando, se aproximó, evitó las zancadas angustiosas de la presa, y de un solo tajo le seccionó el cuello.

Soportó unos segundos el desangre, y de inmediato, coagulándolo a pasto y a tierra, con excesivo trabajo cargó al vencido sobre las ancas de su caballo y al paso lo apuntó hacia la estancia.

A dos cuadras de ella observó, orgulloso, que como atadas de manos al alambrado siete personas aguardaban su arribo.

El temor supersticioso había llegado hasta los patrones, y el estanciero y su hija formaban en el grupo.

El muchacho sofrenó junto a ellos, dejó deslizar a lo largo del anca del montado el cuerpo del ñandú, y ante la mirada casi horrorizada de todos, dijo a Celina :

— Usté las quería, y áhi las tiene, niña.

Palmeó luego las paletas sudorosas del doradillo, y lo premió con esta frase:

— ¡Se nos iba'dir si era brujo!

Tres años después, Bracamonte, en rueda de peones, narraba las alternativas de la "boliada".

— ¿Ansina que no le alcansó el gualicho?

— No, cuñao, ¡pero m'escapé arañando!, porque juyí de l'estancia.

Y ante las miradas interrogativas del grupo, expresó con sincera ingenuidad:

— Colijan, que la niña Selina había hecho venir a un máistro pa que m'enseñara ler.

FIN

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

COCKTAIL CINEMATOGRAFICO

Ofrecemos la presente sección a nuestros lectores, con la promesa formal de seleccionar las noticias que en ella aparezcan y contribuir a que las mismas tengan, con sus respectivos comentarios, el valor informativo y ameno necesario.

Meses atrás nos ocupábamos con cierta frecuencia de la verdadera situación de los "extras" en Hollywood. No solamente lo hacíamos en la fundada creencia de que tal aspecto de la vida cinematográfica interesaba a nuestros lectores, sino también porque sabíamos que muchos de ellos soñaban con la gloria de la pantalla y alimentaban el propósito de largarse para aquellas tierras sin más armas que su entusiasmo ni más horizonte que el que su buena estrella quisiera depararles. Hemos respetado en todo momento esos afanes porque la audacia, aun siendo puramente mental, merece respeto. Pero nunca les otorgamos una frase de aliento ni los animamos para que realizasen tales sueños.

Sabíamos que una cosa es ver la pantalla desde la butaca de un cine y otra muy diferente contemplarla mientras se la fabrica. Fué así cómo en diversas oportunidades expusimos la verdad acerca de los "extras", detallando la forma cómo vivían y cómo se las arreglaban para poder vivir.



Robert Young

Fernando Espí Tarrats, nuestro viejo colaborador, domiciliado en Paysandú 1396 (capital), vuelve a obtener con este espléndido retrato el premio de diez pesos m/n que semanalmente concedemos a la mejor ilustración que recibimos.

Narramos las penurias que pasaban aun aquellos que de cuando en cuando lograban trabajar un par de días cada mes. Y conociendo el estado de ánimo de muchos de nuestros lectores, terminamos por aconsejarles que se abstuviesen de lanzarse a una aventura que indefectiblemente habría de terminar en el fracaso.

Recibíamos por entonces muchas cartas en que se nos preguntaba "qué clase de trámites había que hacer para ir a Hollywood", "cuánto dinero se necesitaba", "si para filmar era imprescindible saber inglés", "cuánto tiempo se tardaba en llegar", etc., etc. En todas esas cartas había mucho deseo de triunfar, grandes anhelos y una dosis enorme de inocencia. Pero a poco de referirnos a los "extras", pintando al desnudo sus vidas, las cartas comenzaron a mermar. Tuvimos así la satisfacción de comprobar que nuestra prédica surtía efecto y que el razonamiento comenzaba a predominar sobre el entusiasmo. Y hoy ya no son muchos los que demuestran tales inclinaciones. Existen, sin embargo, pero muy escasamente. Para ellos, pues, es esta noticia que a continuación ofrecemos, y que se refiere a los sueldos de los extras en Hollywood de acuerdo a la confrontación de las planillas de los diferentes estudios hecha a fines del año pasado. La única variante que en su traducción hemos puesto fué la conversión del dolar a nuestra moneda, a razón de tres pesos cada uno.

● ●

LA FAMILIA BARRETT

Intérpretes principales: **Norma Shearer, Charles Laughton, Fredric March, Maureen O'Sullivan y Una O'Connor.**

Producción: **Metro Goldwyn Mayer.**
Dirección: **Sidney Franklin.**

Es indiscutible que "La familia Barrett" tiene en nuestro país y en todas partes asegurado un franco éxito de público, lo que equivale a decir que sus productores nada deben temer en cuanto a su aspecto financiero concierne. Los nombres de Norma Shearer, Charles Laughton y Fredric March son más que suficientes para respaldarlo. Atraen al espectador con sólo decir que ellos actúan. Esto es ya una gran ventaja, no sólo desde el punto de vista material, sino también desde el artístico, pues es ya sabido que el público tiene para las grandes figuras cierta condescendencia, que le hace perdonar fallas que en otros no toleraría.

De ahí entonces que podamos decir que nuestro público gustará esta película, no por ella misma, sino por quienes actúan en primer plano. Qué tal es el mejor, y acaso único para nosotros, aspecto que "La familia Barrett" nos ofrece. Norma Shearer se porta admirablemente en su papel de muchacha enferma, a quien el influjo de un gran amor está devolviendo a la vida. Vibra a cada instante en ella el deseo imperioso de sobreponerse a su dolor y de vivir plenamente. Dice con voz de colegiala y refleja en su rostro el sentir de esas palabras. Y cuando el drama pesa sobre ella tiene entonaciones trágicas y gestos de verdadero dolor.

Charles Laughton, aun sin tantas oportunidades como ella para lucirse, no se queda atrás. Su personalidad, harto compleja, es la trama de toda la obra, a cuyo alrededor giran los demás movidos por su voluntad. Hace un padre dañino y perverso, que ama a sus hijos con amor de tirano. Dueño de su personaje y totalmente compenetrado en su psicología, no podía encontrarse para su desempeño una figura mejor que la de él. Fredric March está bien. Sencillamente bien. Ya sea porque su Robert Browning es sólo un pretexto para facilitar el desarrollo del drama o porque Norma Shearer es netamente superior a él, el caso es que se comporta tan sólo en forma discreta, sin añadir laurel alguno a su calidad de buen intérprete. Maureen O'Sullivan cumple el mejor trabajo en su carrera artística haciendo de hija menor, enamorada y un poco revoltosa. Y por último, en un papel de sirvienta, Una O'Connor vuelve a brindarnos una acción encomiable y muy grata dentro de su brevedad.

Y hasta aquí todas son flores. Pero...

"La familia Barrett" tiene para el espectador de idioma castellano una serie de inconvenientes nada fáciles de allanar. En primer término, los ciento diez minutos que dura se resuelven en una dialogación sostenida y en un bombardeo de palabras que acaban por fatigar al público. Allí todo el mundo habla hasta por los codos. Apenas uno termina una frase, pronunciada en cincuenta palabras, sale otro con una réplica que dura hasta que un tercero lo interrumpe y se despacha a su vez con un testamento. Y así continuamente, con el natural perjuicio para el público, que, tras de no entender lo que allí se dice, debe conformarse con leer las diez o doce palabras que le dan en títulos sobreimpresos. Tales títulos, forzosamente sintetizados, no alcanzan a demostrar ni la décima parte de ese palabrerío, lo cual es una verdadera lástima, ya que es indiscutible que con frecuencia los personajes dicen cosas muy bonitas y muy profundas.

Otro inconveniente es la excesiva lentitud con que el drama se desarrolla. Por momentos cansa, ya que a partir de la mitad del film aguarda el público un desenlace que tarda en venir. Planteada la trama, se insiste en escenas que huelgan por su duración y porque, en suma, nada nuevo dicen. Tal vez se haya pretendido con eso ahondar aun más en el ánimo del espectador la sensación del drama que se está gestando. Pero no había necesidad de tal cosa.

A partir del instante en que Miss Ba (Norma Shearer) recibe en su sillón de enferma la visita de Robert Browning (Fredric March), ya todas las redes están tendidas. El idilio de ambos se prolonga demasiado en diálogos interminables que, fatalmente, llegan siempre a la conclusión de que se aman. El público ya lo sabe y se cansa de que a cada momento le estén metiendo ese amor por los ojos y, lo que es peor, por los oídos.

Tales son los dos principales inconvenientes que para el público de habla castellana tiene "La familia Barrett", y que, triste es confesarlo, seguirán apareciendo sin que los productores se interesen por anularlos. El director Sidney Franklin, comprendiendo que la procedencia teatral del argumento le impedía la pretensión de cambiar con frecuencia de escenario, ha visto restringida su acción, obligado como estaba a filmar el noventa por ciento de las escenas en una habitación. Su dirección ha estado acertadísima y sólo una objeción nos sugiere: la excesiva toma de primeros planos que limitan aun más la visión del espectador, ya de por sí aprisionada casi constantemente entre cuatro paredes.

● ●

LA NOCHE AZUL

Intérpretes principales: **Ramón Novarro, Evelyn Laye, Charles Butterworth y Edward E. Horton.**

Producción: **Metro Goldwyn Mayer.**
Dirección: **Dudley Murphy.**

Ya nuestros lectores saben que Ramón Novarro ha finalizado su contrato con la Metro Goldwyn Mayer, y que en virtud de serias disidencias surgidas, éste no ha sido renovado. El actor mejicano se quejó siempre de que no se le otorgaban papeles de importancia, pero la productora no le hizo caso. Atado como estaba por papeles firmados, el astro nada pudo hacer ante la alternativa de violar el contrato y atenerse a las consecuencias, o conformarse con lo que le daban, y callar. Optó por esto último, que si no era lo más digno, era en cambio lo más atinado desde el punto de vista práctico. Novarro fué así una víctima de la "tipificación" que en Hollywood suelen hacer a algunos artistas. Tal, por ejemplo, es el caso de Maurice Chevalier, cuyo personaje trivial y efectista ha sido el mismo a través de todas sus películas. Y el de James Cagney, condenado a hacer siempre un papel de galancito con ínfulas de matón prepotente. Y el de Mae West, con su vampirismo de mujer con inclinaciones veladamente liberales. A Novarro se le encomendó la interpretación permanente de un galán superficial, cuya única visión en la tela era conquistar el público con su simpatía y con su hermosura física. En tal concepto quedaron para él vedados los personajes recios y fuertemente emotivos. Así pasaron los años, y unas tras otras sus películas fueron siempre las mismas.

"La noche azul" no es otra cosa que una cinta similar a la que ya hemos visto. Ramón Novarro vuelve con su personaje de príncipe a enamorar a una plebeya, a cantar y a sonreír. La atmósfera general es por momentos infantil y por momentos aburrida. No tiene ni siquiera el consuelo de una música animada, y hasta el mismo diálogo, que quiere ser chispeante, cae a veces en la ridiculez, por lo tonto e insípido. Evelyn Laye es probable que tenga clase de actriz, pero habrá que esperar a que la demuestre, ya que si la tiene, en esta oportunidad la disimuló muy bien. Una demostración de que los productores conocían la débil construcción de la película la tenemos en la inclusión de dos cómicos de la talla de Charles Butterworth y Edward Everett Horton. Mas aún con ellos, poco o nada se ha ganado. A ambos les falta oportunidad para lucirse. En cuanto al director Dudley Murphy creemos que hizo honestamente cuanto pudo. Colocó a las figuras en una argumentación carente de la más elemental consistencia y les dió una libertad máxima, creyendo sin duda que con ello su responsabilidad quedaba a salvo. Nosotros lo eximimos de culpa y cargo, pues somos de los que no creen que con un pedazo de pan puede ofrecerse un almuerzo suculento.

Durante 1934 había en Hollywood 17.000 extras. De ellos tan sólo catorce ganaron dinero suficiente para vivir con alguna comodidad. Seis mujeres recibieron cada una seis mil pesos por año, lo que significa un sueldo de 500 pesos mensuales. Seis hombres cobraron cada uno siete mil quinientos pesos, lo que hace un sueldo mensual de 625 pesos. El sueldo mayor registrado por un hombre (y lo cobró sólo una vez) fué de 711 pesos por un mes de trabajo. El sueldo mayor registrado por una mujer fué de 660 pesos por mes. Y estuvo trabajando sólo dos meses.

Ahora bien: es necesario tener en cuenta que con esos sueldos tales "privilegiados" debían en todo momento disponer de la ropa que el estudio les pidiese, vale decir, trajes de baño, sobretodos, trajes de verano, fracs, smokings, galeras, vestidos de soiree, alhajas, trajes de calle, sombreros y etc., etc. Aun en el caso admisible de que ellos no comprasen tales prendas, es de suponer que, por lo menos, tendrían que alquilarlas, cosa que ya significa un presupuesto digno de ser tomado en cuenta.

Pero no olvidemos que estamos hablando de catorce casos excepcionales, de catorce personas que hicieron cuenta que habían sacado la lotería. Pues ¿qué les sucedió a las otras 6 986? De ellas tan sólo 1.200 recibieron durante los doce meses sueldos que oscilaban entre setenta y cinco y ciento diez pesos mensuales. Las demás vivieron de la manera más pobre que imaginar se puede. Cientos de ellas no supieron lo que era ganar un solo centavo en todo el año; otras han trabajado un par de días y han cobrado veinte o treinta pesos, y las menos trabajaban un día por mes y con eso vivían.

Todos estos datos, recogidos de las estadísticas que anualmente se hacen en la ciudad del cine, han sido ampliamente difundidos por la prensa de la América del Norte para que los miles y miles de seres que allí viven con intenciones de incorporarse al séptimo arte se quiten esas ideas de la cabeza y no intenten abarcar empresas poco menos que imposibles. Se pretende con ello atemorizar a los que aún no conocen Hollywood, demostrándoles la verdad de las cosas al colocarlos frente a una realidad que habla por sí sola. Nosotros nos limitamos a transmitirlos con idéntico propósito, aunque dirigidos a una minoría que, por fortuna, es cada vez más pequeña.

La equivocación

(Continuación de la página 47)

Yu-Chen se quedó inmóvil y pensativo durante un cuarto de hora. Después se encaminó tranquilamente hacia su baúl. Lo abrió y extrajo una botella de aguardiente. Vertió una buena cantidad en una copa, concluyó de llenarla con agua y salió al corredor.

"Sería terrible para el pobre Guillermito — iba pensando — tener que dejar su hogar con el frío que hace afuera..."

Por debajo de la puerta de su vecino salía una cinta de luz. El forastero no dormía aún. Lo oyó andar por la habitación. Entonces se decidió a llamar, golpeando con los nudillos.

Siguió un silencio, como si el forastero tuviese miedo de responder al llamado. Después Yu-Chen le oyó acercarse. La puerta se entornó apenas; seguramente el hombre la sujetaba con un pie en previsión de una acometida...

Yu-Chen se desplazó un poco hacia la derecha, de forma que dándole la luz, el huésped pudiera ver su amigable actitud, así como el tentador vaso de bebida que había alzado a la altura de sus ojos.

— Noche muy fría, señor — dijo suavemente el chino. — Mi patrón pensó que gustaría tomar un poco de aguardiente...

La puerta se abrió del todo. Yu-Chen entró. Ninguna expresión de sospecha quedaba en los ojos del hombre del tesoro.

— ¡Un chino trabajando aquí! — exclamó sorprendido. Su mano se tendió temblando para tomar el vaso. No bien mojó en él sus labios, se bebió ávidamente, en una sola vez, todo el contenido. — ¡Muy bueno! — dijo satisfecho. — ¿No puedes conseguirme más? Pagaré cualquier precio por una botella.

Entonces un sacudimiento comenzó a agitarlo de la cabeza a los pies. Se llevó la mano izquierda al corazón.

— Lo ha tomado demasiado rápido, señor — comentó Yu-Chen con una sonrisa. — Pero después va a sentirse muy bien.

La mirada del hombre blanco se enturbió. Estaba evidentemente aturdido. Luego sus párpados se cerraron y su cuerpo se bamboleó como una torre que va a desplomarse.

Yu-Chen conocía los efectos de la droga que había agregado al aguardiente. Estaba atento para evitar la caída del hombre; el ruido podía despertar a los de abajo. Con la fuerza salvaje que dormita bajo la languidez de los orientales, Yu-Chen recibió en sus brazos el cuerpo de su víctima, y alzándolo como si fuera de corcho, lo depositó con suavidad sobre la cama.

El chino estaba tranquilo. Actuaba con calma porque sabía que el forastero tardaría varias horas en recuperar el conocimiento. Volvió a su cuarto para apagar la lámpara que había dejado encendida. De nuevo en la habitación del huésped, tomó todas las precauciones para que nadie pudiera ser testigo de sus actos. Cerró el registro de la calefacción. Atrancó la puerta. Tapó la banderola con la carpeta que había sobre la mesa. No olvidó siquiera obstruir el agujero de la cerradura.

La valija del tesoro estaba cerrada, pero en uno de los bolsillos del forastero halló un manojo de llaves.

Frente a los billetes de banco, Yu-Chen se puso a meditar.

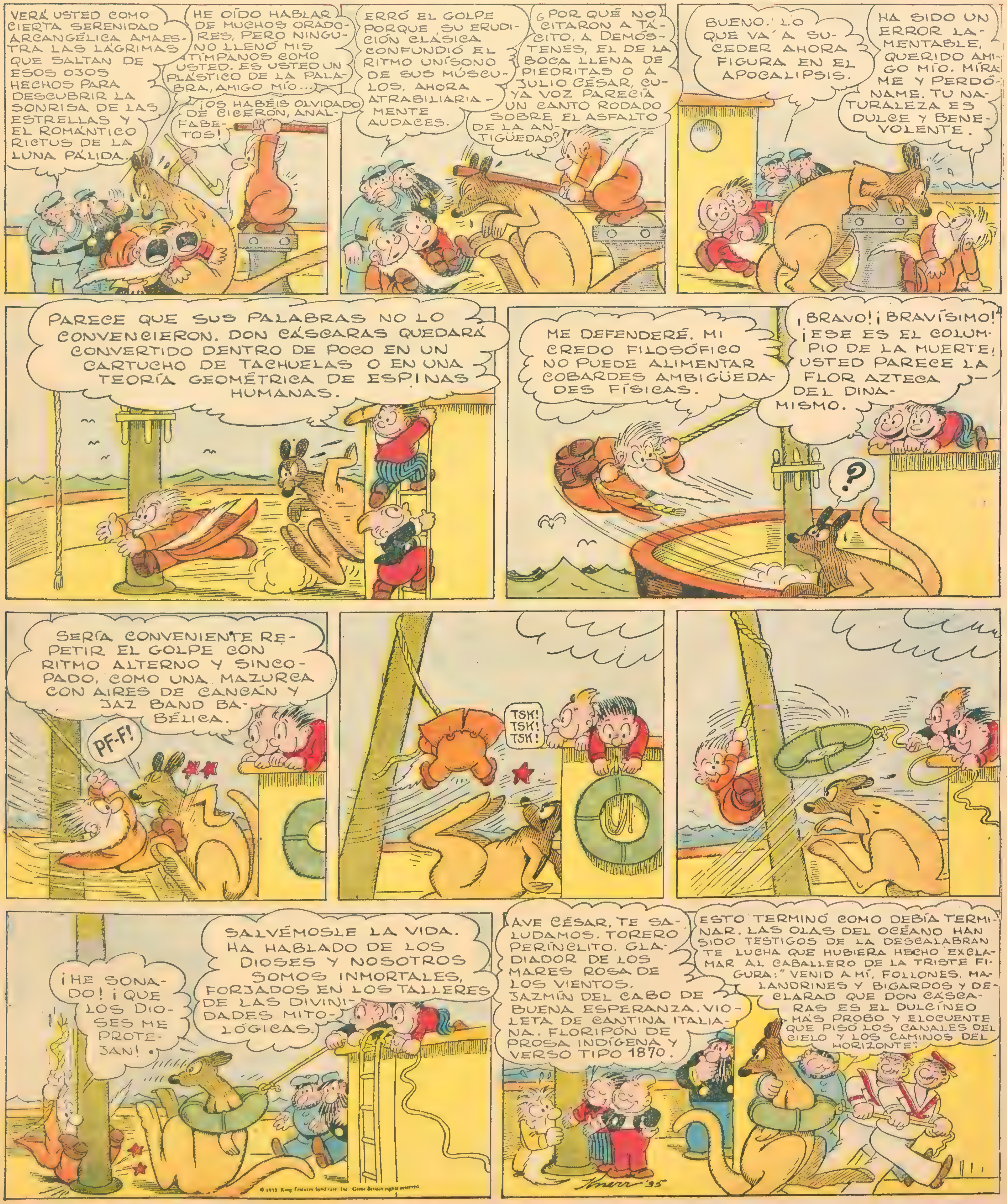
— Puedo tomar tres mil dólares sin que el hombre se dé cuenta de su falta. Se los daré al señor Bardon diciéndole que son ahorros míos. Servirán para pagar la hipoteca y salvar el hogar de Guillermito.

¿Y por qué no tomar también una cantidad adicional para él? Podría enviarla a su hijito... Para eso, mejor robarlo todo...

(Continúa en la página 61)

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR



EDNA WALDRON: la bailarina físicamente perfecta



1934		1935
m. 1.56	Estatura	m. 1.61
m. 0.30	Cuello	m. 28 ½
m. 0.28	Biceps	m. 0.27
m. 0.86	Busto	m. 0.85
m. 0.61	Cintura	m. 0.60
m. 0.15¼	Muñecas	m. 0.14
m. 0.86	Cadera	m. 0.85
m. 0.47	Muslo	m. 0.45¾
m. 0.32¼	Pantorrilla	m. 0.31¾
m. 0.21	Tobillo	m. 0.20
Nº 36	Pie	Nº 36



El concepto de la belleza física femenina, traducido en medidas, sigue cambiando para los expertos de Hollywood, que son, por lo regular, los directores y profesores de baile. Aseguran que casi todas las medidas aceptadas el año pasado han sido alteradas. Edna Waldron, una simpática corista de los estudios Metro Goldwyn Mayer es el único modelo viviente que se ajusta a las nuevas normas físicas impuestas por los directores. Comparen ustes los cambios operados de un año para otro, que, aunque insignificantes, tienen una importancia fundamental de orden estético en el mundo de los bailes en la pantalla.

Tres días mar afuera a bordo de un

EL BARCO Y LA TRIPULACION





1 *El "Trucha" navega a razón de ocho a nueve millas por hora, de modo que tarda veinte horas en recorrer la distancia que media entre el muelle de Buenos Aires y la isla de Lobos, sobre la costa uruguaya, que es aproximadamente el paraje donde comienza la tarea de la pesca.*

2 *Curtidos hombres de mar constituyen la tripulación, todos extranjeros, hijos de pescadores la mayoría. Aquí aparecen sentados el capitán, Elías Palau (en el centro), y los timoneles Pablo Altamuga y José Chuva. De pie los marineros Armando Martínez, Augusto Oliveira, Francisco Mastropierro, Angel Altamuga y Domingo Moushino, todos hombres de mar.*



6 *Tiene su buena dosis de abnegación la función de los foguistas. Hay cuatro a bordo que se turnan incesantemente para alimentar las hornallas. Son Marcos Doljanica, Adolfo Draganí, Pedro Nenadie y Benito Barrios.*

LOS OFICIOS



7 *Cuando el tiempo lo permite, el primer maquinista, Basilio Juranovich, revisa la instalación eléctrica, o, como en este caso, arregla la conexión de los potentes reflectores que se utilizan en la pesca durante la noche.*

PARA saber cómo trabajan y cómo viven los pescadores, me embarqué en el "Trucha" un martes, hace quince días, a las tres de la tarde. Salimos con buen tiempo rumbo a Punta del Este, donde empieza la pesca, que continúa, navegando mar afuera, a veces hasta cuarenta horas consecutivas.

—*Mañana a las ocho estaremos trabajando* — me dice el capitán, mientras mateamos en cubierta.

Hay diez y seis hombres a bordo. Dos timoneles, dos maquinistas, cinco marineros, cuatro foguistas, un cocinero y un mozo. Es toda la tripulación. El capitán es el patrón del barco. Son italianos, portugueses, españoles, yugoeslavos. Claro está que algunos nacionalizados.

—*Ningún argentino...*

—*Los argentinos, no sé por qué, se avienen poco a*

barco de pesca

Impresiones de
BENIGNO HERRERO ALMADA

LA COMIDA A BORDO



4 *Se come con frecuencia insospechada, fuera de las comidas de rigor, que son a las doce y a las cinco de la tarde. La comida es excelente y abundante, pues está probado que el aire de mar es el mejor de todos los aperitivos.*



3 *El mate a bordo es el solaz de rigor, a toda hora y en todos los lugares del barco. Con el primer timonel, el capitán y el primer maquinista, nuestro redactor, Benigno Herrero Almada, ha hecho rueda para aprovisionarse de los pormenores típicos del oficio. El cebador es un español, Mariano Tur, mozo de a bordo.*



5 *A cada redada aparece el cocinero a elegir dos o tres entre los mejores pescados, que escama todavía vivos, y van al horno, para ser devorados entre lance y lance.*



9 *La malla de la red exige continuas reparaciones, que los marineros efectúan a la ida y al regreso, aprovechando "il mare calmo" y los resuellos del sueño en cubierta. Entonces es cuando se oye alguna canción napolitana o algún nostálgico fado acometido con el arrojo característico de estas gentes espontáneas.*



8 *Cuando no ceba mate o sirve la mesa, el mozo de a bordo lava los enseres de cocina. Da trabajo el buen estómago de la tripulación. Suele acontecer que en un día la misma asadera vaya al horno tantas veces como la red va también al agua.*

este trabajo. Será que aquí se duerme cuando se puede...

La travesía está calculada en setenta y dos horas. Cuarenta y dos de navegación y treinta de faena. El barco, que salió el martes, debe entrar el viernes a la misma hora, para volver a salir al día siguiente, llueva o truene, a las tres de la tarde. Pero a menudo entra a medianoche, y entonces la estada en el muelle no alcanza a un día. Y a veces... ¡no entra nunca!...

"¡Lindo oficio!", hemos pensado siempre los que nos acercamos a los puertos, viéndolos churrasquear en cubierta, sanos y alegres, a la hora en que se encienden en la ciudad las primeras luces y se apagan una a una las últimas preocupaciones del áspero trajín cotidiano.

—*¡Lindo oficio!* —le digo a Elías Palau, que es el patrón del barco. Y Palau, que es un uruguayo de cuarenta

Tres días mar afuera a bordo de un barco de pesca



10 *Empieza la pesca. El pesado portalón de la red va a sumergirla hasta el fondo del mar. Es una operación estrepitosa que balancea a estribor el barco, que se ha detenido para ejecutarla, y que en seguida reanuda la marcha con lentitud.*

11 *A las dos horas se recoge mediante los mismos guinches que arrollan los cables y bajo la dirección del primer timonel. Todos los marineros intervienen en la maniobra, ayudando a pulso para que la red vuelva a aparecer en cubierta.*





13 *He aquí la carga viva sobre el corral de cubierta, donde va a desparramarse con un simple tirón de la soga que ata la red por debajo. Cuando la pesca abunda, esta bolsa triplica su tamaño.*

LA



14 *Vienen corvinas, rayas, pescadillas, congrios, lenguados y muchos peces como mantas, bagres o chuchas, que no son de consumo en el mercado y que vuelven al mar después de hacerse la clasificación.*



y tres años, que hubo de ser mecánico, y que fué empujado al mar porque el padre — un catalán — era pescador y los hermanos eran pescadores, contesta:

—*Lindo... cuando abunda el pescado...*

No se sabe nunca cuándo abunda. En ciertos meses del año la profusión de aves acuáticas denuncia el cardumen. Suele acontecer que en cuatro o cinco "lances" se completen los cuatrocientos cincuenta cajones que lleva el barco. Pero a la semana siguiente, sobre la misma ruta, apenas se llenan doscientos, después de treinta y seis horas de rudo trabajo.

15 *Es frecuente que vengan tiburones, algunos hasta de ochenta kilos, como este ejemplar. Se abandonan en cubierta hasta que mueren y se tiran al mar. No es raro, asimismo, que aparezca algún lobo, que llega asfixiado, pues, como se sabe, los lobos marinos respiran estando en la superficie.*

El "Trucha" es un barco a motor, un poco más chico que el "Cachalote", que se hundió hace tres meses. Tiene treinta metros de eslora, cinco de manga, y cala doce pies. Recién a la vuelta supe lo que estas dimensiones significan cuando nos cruzamos con el "Delia", que es un barco gemelo, en las inmediaciones de la boya, donde esa misma tarde, una hora después, naufragó el "Caloría".

El "Delia" parecía una endeble cáscara de nuez entregada a las furias del río picado por un vendaval. Nosotros, que compartíamos el trance, lo mirábamos desde la borda de estribor cabecear como un lobo marino.

—*¡Mírelo, mírelo usted!* — me decía el segundo maquinista del "Trucha", Rogelio Rodríguez, cada vez que el barco, tapado por las olas, reaparecía como si fuera a respirar, ansiosamente, por última vez.

—*¡Mírelo usted! ¡Qué marino es el condenado!... ¡Y qué "alteroso" de proa!... Lo que es a éste ¡no le hacen nada los temporales!...*

Nosotros aguantábamos, sostenidos por la esperanza del puerto inmediato. Nosotros éramos el fotógrafo y yo. Porque la tripulación no se toma el trabajo de notificarse de estos contratiempos. Los temporales ni siquiera se consignan en el diario de a bordo. ¡Si son el pan de cada día para esta gente!... Cuando los comentan es porque hubo que suspender la faena. O porque la pesca ha sido menguada. En el viaje anterior al que hicimos, el capitán permaneció diez y seis horas junto al timón.

—*¡Qué remedio queda!...* — me decía. — *Hay que estar a la capa. Peor es andar, porque se corre el riesgo de romper el barco...*

Navegábamos frente a Montevideo a las cuatro de la mañana.

—*Pasando Punta del Este empezamos...*

Una campana a proa convoca a los marineros en cubierta para el lance. Cada lance dura dos horas, término medio. El barco se detiene, virando a estribor. Se echa la red mediante cables que tienen cuarenta y cinco brazas: una red de treinta metros y dos portalones de cabecera de tonelada y media cada uno que la precipitan al fondo del mar. Porque la pesca se hace de arrastre, peinando el fondo del mar. Después recobra el barso su dirección y reanuda la marcha lentamente. A las dos horas rechinan otra vez los guinches, se recogen los cables, vuelven a cubierta las sogas y aparece chorreando agua el enorme saco de peces vivos, que un marinero desata por el fondo, de un tirón.



12 *Y aparece entonces, boyando, el saco de peces, que los lobos marinos merodean con insistencia. A simple vista, el capitán calcula el contenido, sin equivocarse en un cajón. Ahora hay que enlazar el saco con un fuerte cabo, para que pueda solivianarlo el guinche que ha de izarlo.*



16 *Con agua del mar y esta manguera se lavan prolijamente, antes de comenzar la clasificación, en que trabajan cuatro pescadores, pues los tres restantes se instalan en el frigorífico del barco para esperar la carga.*



Entonces la carga, roncando como un motor, se derrama sobre el barco. Vienen corvinas, congrios, lenguados, pescadillas, rayas, truchas, testolinas, pargas, que se van clasificando en canastos, transportados en seguida al frigorífico instalado en la bodega, donde los acondicionan con hielo en los cajones en que irán al mercado. En cada cajón, término medio, caben setenta peces. Hay lances afortunados que permiten llenar de una sentada sesenta o setenta cajones. Casi cinco mil peces. Sin contar las mantas, los bagres, las angelitas y las chuchas que, como no se consumen en el mercado, vuelven piadosamente al mar. Recuperan su libertad y salen nadando. Vienen hasta tiburones en la red. Los abandonan en cubierta, porque conviene perseguirlos. Cuando están muertos, y la faena total ha concluído, en el momento en que el barco emprende el regreso, los arrojan al agua.

—*Ya que comieron tanto, que sirvan de comida* — comenta el cocinero.

Las maniobras son ruidosas, espectaculares. En la alta noche, al azote de las olas contra el casco del buque, se suma el frémito del viento, el chirrido de las cadenas y el estruendo de los pesados portalones. El vocerío es una madeja de interjecciones aturdidas, de indicaciones sin concierto. El capitán, desde el castillo de proa, tiene que gritar para hacerse oír. Los hombres calzados con altas botas de agua, metidos en sus capotes encerados, van y vienen como fantasmas al resplandor de los reflectores.

—*¡Veni cui, Doménico!...*

—*¡Lascia el cabo!... ¡Súbito a popa!...*

—*Fasce como que aguanta, mais no aguanta nada...*

—*¿Qué hace ese hombre a proa?*

—*¡Arria, Franchesco!... ¡Forza cui!...*

17 *La clasificación se hace en canastos, que descienden a la bodega, donde los acondicionan en cajones con hielo, tal como a los dos días se ofrecen para la venta en el mercado mayorista. En cada cajón de pescadilla o corbina caben, poco más o menos, de sesenta a setenta pescados.*

La vida está en peligro a cada instante. El latigazo de un cable puede serruchar a un hombre por la cintura. Un golpe de ola puede arrebatar de la borda al que esté desprevenido y hundirlo con la red.

Después se restablece el silencio, el inmenso silencio del mar, bajo el cielo impávido, en aquella Babel de héroes inconscientes y forzudos que deletrean el milagro de la multiplicación de los peces...

De pronto suena la sampana de alarma. Salen los pecadores del camaranchón de proa, y ordena el capitán:

—*¡A las botas!... Hacemos barro...*

Hay poco fondo y conviene levantar la red. Pero ahora levantar la red es una empresa ímproba. Las sogas empiezan a cortarse, los cables se resisten. Se echa mano de cabos nuevos ingeniosamente anudados. Un tirón a destiempo, y el primer timonel está a punto de quedar apretado entre la borda y el cable del portalón de popa.

(Continúa en la página 64)

el consejero de los novios

Por NENUFAR

1º **SIENDO AMBOS SOCIOS** y además asiduos concurrentes de ese club, creo que no le faltarán ocasiones de acercarse a esa chica, pero si teme un desaire, hágase presentar por alguna otra persona de esa misma institución, así lleva más seguridades de éxito.

2º Guardo la reserva más absoluta sobre las confidencias que se me hacen, por lo tanto, su pedido no puede ser satisfecho.

Contestando a "Legionario", de Rosario.

● ●

NO DEBE RETENERLO a la fuerza, porque lo único que conseguiría es alargar una ruptura que se presiente. Si vuelve a amenazarla, no se oponga a que cumpla las tales amenazas, por el contrario, muéstrese dispuesta a aceptarlas de inmediato; en esa forma se dará cuenta si procede simplemente porque sabe que usted siempre ruega, o si lo hace porque realmente quiere terminar.

Contestando a "Rubiecita", de capital.

● ●

EL HECHO DE QUE TODAS las mañanas su novio acompañe a esa niña en el tranvía, no quiere decir que le sea infiel. Puede ser una amistad transitoria sólo espiritual, simplemente una compañera de viaje, como le explica él; pero de cualquier manera, pídale que corte de inmediato esas relaciones, que amenazan su futura paz conyugal.

Contestando a "Morocha triste", de Bernal.

● ●

YA QUE HA AGOTADO los argumentos para convencer a su novio de que cambie de costumbres, resultando todos inútiles, es mejor que le plantee el problema más seriamente, desde el momento que usted no se conforma con tolerar situaciones deprimentes.

O cambia o renuncia a usted, es lo que debe proponerle. La elección que él haga le dirá si prefiere su cariño a todo.

Contestando a "Rubia platinada", de Jachal.

● ●

PERDONE; nada adelantaría con tomar represalias ni llevar su odio a extremos reprobables. Si su pensamiento alberga de continuo ideas de venganza, quiere decir que se ocupa más de lo que merece de ese mal hombre. Busque olvido en la distracción y no malgaste sus horas ni siquiera en un mal recuerdo para el indigno.

Contestando a "Abandonada", de Tucumán.

● ●

SU CARTA me llegó demasiado tarde para que pudiera recibir mi contestación antes del día fijado para su compromiso. Lamento muchísimo no haber podido sacarlo del apuro, pero creo que habrá podido resolver todo perfectamente como para salir airoso del paso.

Reciba mis sinceras felicitaciones, y otra vez que tenga algo que consultarme, hágalo con mayor anticipación.

Contestando a "A. O.", de Estación Ingeniero Balbín.

● ●

SEGURAMENTE LA ACTITUD de su amigo debe responder a que quiere primero arreglar su situación económica. Como ya una vez suspendieron sus relaciones para que usted pudiera terminar sus estudios tranquilamente, él no deseará volver a hablarla, sin poder ofrecerle una seguridad para el porvenir. Cuando ese joven termine el servicio militar, de acuerdo a la forma cómo proceda, podrá saber si él también conserva para usted el mismo cariño de antes.

Contestando a "Enamorada de C. M.", de San Juan.

SI LA AMARA tanto como dice, no la haría padecer en la forma que lo hace. ¿Cómo puede concebirse que, queriendo, se goce con el sufrir del ser amado? No le crea; ese hombre la engaña despiadadamente, la hace perder su tiempo y la compromete ante el mundo. Tal es mi opinión; ahora obre usted como más le agrade o "convenga".

Contestando a "Garbista", de Salta.

● ●

DADA LA EPOCA en que se realizará la boda, hágase el sombrero de terciopelo de alita chica, ya que esta forma le sienta más que el gorro.

Que sea muy feliz.

Contestando a "Rubia nicoleña", de San Nicolás.

PARA CONTRAER ENLACE por la Iglesia, después del fallecimiento del padre, deberá esperar más de seis meses.

Contestando a "Natascha".

● ●

COMPRENDO QUE NO PUEDE dejar en el abandono a su familia, ya que todos dependen de usted, pero podría procurar encontrar un puesto igualmente rentado en otra parte, para no depender de tal persona. Ese señor promete el arreglo de su situación para dentro de un año, plazo en el cual pueden ocurrir muchas cosas.

Por otra parte, aunque consiguiera anular su casamiento, en este país no puede contraer nuevas nupcias. Me parece un poco problemática la situación que le plantea.

Contestando a "Rubia enamorada", de S. Juan.

Te HAN *de* SEGUIR *mis* VERSOS...

(Colaboración)

Te han de seguir mis versos dondequiera
que vayas tú, como la luz del sol
— como tu sombra, silenciosamente, —
¡que es inmenso el tamaño de mi amor!

Te han de seguir mis versos, mis humildes,
mis pobres, tristes versos, con que doy
a los vientos — impávido — mi pena
temblante de emoción.

Te han de seguir mis versos bajo todos
los climas..., ¡con idéntico fervor!,
transportando en sus sílabas dolientes
la magnitud inmensa de mi amor.

Te han de seguir mis versos siempre, siempre...
(Yo transformo la lágrima en canción.)
Perfumarán tu senda de ternura
y en su perfume escucharás mi voz.

CARLOS F. MARQUEZ VALLADARES.
Tucumán.

1º **¿PREFIERE** llevar un rosario que el acostumbrado ramo de novia? Ningún inconveniente hay en ello, aunque la boda se realice a la tarde.

2º Haga los zapatos de la misma tela del traje.

3º Con el vestido de novia no se usa lucir alhajas.

Contestando a "Livia", de capital.

● ●

POR EL MISMO AMOR que profesa a esa chica debe procurar vencer ese obstáculo. Tenga en cuenta que de su estudio dependerá el porvenir que le ofrecerá a la que ama, y ese pensamiento le ayudará a proseguir sin dejarse vencer. Lamento comunicarle que su poesía no se publicará.

Contestando a "Nene", de Rosario.

● ●

LAS PARTICIPACIONES de enlace deben ser encabezadas por el hermano que reside en esa localidad, desde el momento que todos los familiares más cercanos se hallan radicados en Europa. Su poesía no se publicará; lo lamento.

Contestando a "Estudiante", de Chacabuco.



FUE, EN VERDAD, un exceso de suspicacia suya; no tiene que leer nada entre líneas; lo que está escrito es lo que quiero decir; tampoco debe pensar que estoy del lado de su mamá; me coloco siempre en campo neutral y desde allí opino; por eso a veces soy quizá demasiado severa en lo que digo. Temo, en verdad, al choque entre ambas; por eso prefiero el viaje de las dos, pero como faltan aún varios meses para que se realice, dejemos que los acontecimientos nos digan qué es lo más conveniente.

No estoy conforme con la reanudación de la "antigua amistad". Ayude a esa chica, si "es verdad" que la han abandonado en tan delicada situación, pero después, aléjela de su vida; esas mujeres concluyen por llenar de complicaciones la existencia.

En cuanto a usted, querido amigo, es preciso que no haga derroche de energías que podrían resentir de nuevo su salud, y eso sí que lo lamentaría de verdad. No soy la escritora que menciona, aunque ya varios lectores me han hecho la misma pregunta.

Contestando a "Sisifo".

● ●

IGNORO CUAL ES ESE DEFECTO físico que podría llevar a la desilusión a su futura esposa; por eso me abstengo de aconsejarlo en esta ocasión. Usted, que conoce más a su novia, es el que mejor puede darse cuenta de ello. En último caso haga su confidencia a un íntimo amigo, que quizá podrá darle alguna luz en este asunto.

Contestando a "Pedro del camino pelado", de Mendoza.

● ●

1º **PUEDE FELICITARSE,** con motivo del compromiso matrimonial, por medio de un telegrama o de una tarjeta, aun cuando no se haga ninguna fiesta para festejar el acontecimiento.

2º Queda bien el traje fantasía. Use corbata moñito. Si es de su agrado, lleve polainas.

Contestando a "Mimosa de Ernest".

● ●

SERIA MUY DIFICIL precisar el porqué del odio de la madrastra, pero lo más práctico en esta ocasión resultaría hacer caso omiso de ella y entenderse directamente con el padre. Busque la forma de entrevistarse con ese señor fuera de la casa, y entonces le pide una explicación por la forma distinta en que se ve tratado ahora. Una vez enterado de lo que desea, podrá tomar las medidas pertinentes a fin de no perder a su noviecita. Buena suerte.

Contestando a "Adoro a mi Nata", de Junín.

● ●

DESILUSIONE por completo a ese joven; dígale que no puede amarlo, que su corazón no experimenta por él ningún sentimiento, a pesar del largo tiempo que lo trata.

Me dice que continúa sólo por alentarlo a fin de que rinda los exámenes, pues sus padres también se oponen a que siga esas relaciones; siendo así, espere que termine las pruebas y luego tome una decisión firme.

Contestando a "Negro, tu negra ya no puede hacer más sacrificio por ti".

● ●

1º **LLEVE** pantalón derecho.

2º La camisa de seda, pero con cuello duro.

3º No se estila que el novio lleve en el ojal derecho del saco un ramito de los azahares del ramo de la novia.

Si es usted el que se casa, reciba mis felicitaciones.

Contestando a "Antiguo lector de "Mundo Argentino"", de Achiras (Córdoba).

El verdadero amor es la fruta madura de toda una vida.

La equivocación

(Continuación de la página 53)

—¡No! No es dinero honesto—se decía. — No puedo tomarlo para mí; pero puesto que este hombre es un ladrón, no hay nada de malo en quitarle una mínima parte de su dinero para hacer una obra de caridad.

Yu-Chen cerró por un momento los ojos. Estaba librando la última batalla con los escrúpulos de su conciencia de hombre honrado. Tuvo que pensar una vez más en Guillermito para decidirse, por fin, a robar aquellos tres mil dólares que salvarían la situación desesperada de Bardon.

Volvió a abrir los ojos, y, al fijarlos en el tesoro, tuvo una sospecha que le hizo temblar... Tomó uno de los fajos de billetes y se acercó a la lámpara a fin de examinarlos con su experta mirada de banquero. Repitió el examen con nuevos paquetes, hasta el último. ¡Todos eran falsificados!

Cerró la valija, descorazonado por la esterilidad de su tentativa. Estaba apenado por Guillermito; pero, en el fondo, contento porque su conciencia no tendría nada que reprocharle.

Volvió a colocar las llaves en el bolsillo del huésped. Entonces le pareció que el hombre tenía los ojos entornados. Entre las pestañas veía brillar sus pupilas, que le seguían en todos sus movimientos, como esos retratos que se obtienen cuando el sujeto ha fijado la vista en el objetivo.

Yu-Chen no lo perdía de vista, atento al menor movimiento del sujeto... No, no había de qué alarmarse; la droga no podía fallar. Los párpados se habían entreabierto automáticamente, pero el hombre tenía que estar inconsciente... Le tomó el pulso en ambas muñecas, y no lo sintió. Desabrochándole las ropas, puso el oído sobre el pecho y auscultó atentamente. El corazón estaba en silencio..., en silencio para siempre... De otra valija que había llevado el forastero, con efectos personales, y que estaba abierta sobre una silla, tomó un espejo de mano y lo acercó a la boca del hombre. Ni el menor rastro de vapor empañó el cristal.

Así, las cartas tenían razón. Se había producido una muerte violenta aquella noche. ¡Y Yu-Chen era, involuntariamente, el asesino!

Muy calmosamente, el chino desatrancó la puerta, fué hasta su cuarto y regresó con la botella de aguardiente. Estaba medio llena, pero se la bebió hasta la última gota. Necesitaba reconfortarse con ese calor.

Había en la habitación un frío muy particular; no obedecía a que el registro de la calefacción estuviese cerrado. Era más que la frigidez de la noche canadiense. En el aire flotaba el frío de la muerte, el frío que se infiltra en el alma del homicida...

Yu-Chen, inspirado por el instinto de conservación, meditó tranquilamente un plan. Fué colocando todos los objetos en su sitio. Limpió la botella para quitarle cualquier rastro de sus dedos, y después, tomándola con un pañuelo, la hizo tocar varias veces la mano del muerto para que se estamparan en ella sus impresiones digitales. Apagó la luz. Destapó el registro de la calefacción. Abrió la puerta. A tientas, se acercó a la cama y cargó sobre sus hombros el cadáver para transportarlo a la planta baja por la escalera que conducía a la cocina. Conocía muy bien el camino: evitó pisar en aquellos sitios en que el crujido de las maderas podía despertar a Bardon.

Por la mañana, Yu-Chen estaba encendiendo fuego en la cocina cuando entró Bardon, bostezando y desperezándose.

Mientras se calentaba las manos junto a la estufa, el hombre blanco miró al chino con sus ojos soñolientos.

—No te veo la cara muy alegre, Chen. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—Más contento en verano, patrón —respondió sonriente.—¡Noche muy fría!

—Creo que hemos llegado a los cuarenta bajo cero. Voy a echarle un vistazo al termómetro de afuera.

Salió por la puerta del frente y casi en seguida gritó:

—¡Chen, ven aquí!

El chino se acercó corriendo. Bardon le señalaba, con la mano temblorosa, el cadáver del forastero sentado en los peldaños de la escalinata de acceso.

Yu-Chen, que lo había colocado allí en la noche, fingió a maravilla su asombro y su horror.

Entre los dos lo subieron a la habitación y lo echaron sobre la cama. Bardon vió la botella vacía sobre la mesa y se explicó inmediatamente lo ocurrido.

—Ha bebido fuerte y ha salido fuera a tomar aire. Se sentó en la puerta pensando que iba a quedarse un minuto, pero el frío lo ha paralizado. Vamos a ver quién era.

Bardon revisó los bolsillos del muerto. Encontró algunas cartas y un recorte de periódico. Sus ojos y los de Yu-Chen se posaron atónitos en el trozo de diario. Bajo una fotografía del forastero, en grandes letras, se leía: *Buscado por asesinato de un detective. Cinco mil pesos de recompensa muerto o vivo.*

—¡Cinco mil dólares de recompensa! —exclamó, extasiado, Bardon.—Podré pagar la hipoteca y me quedarán dos mil dólares para provisiones.

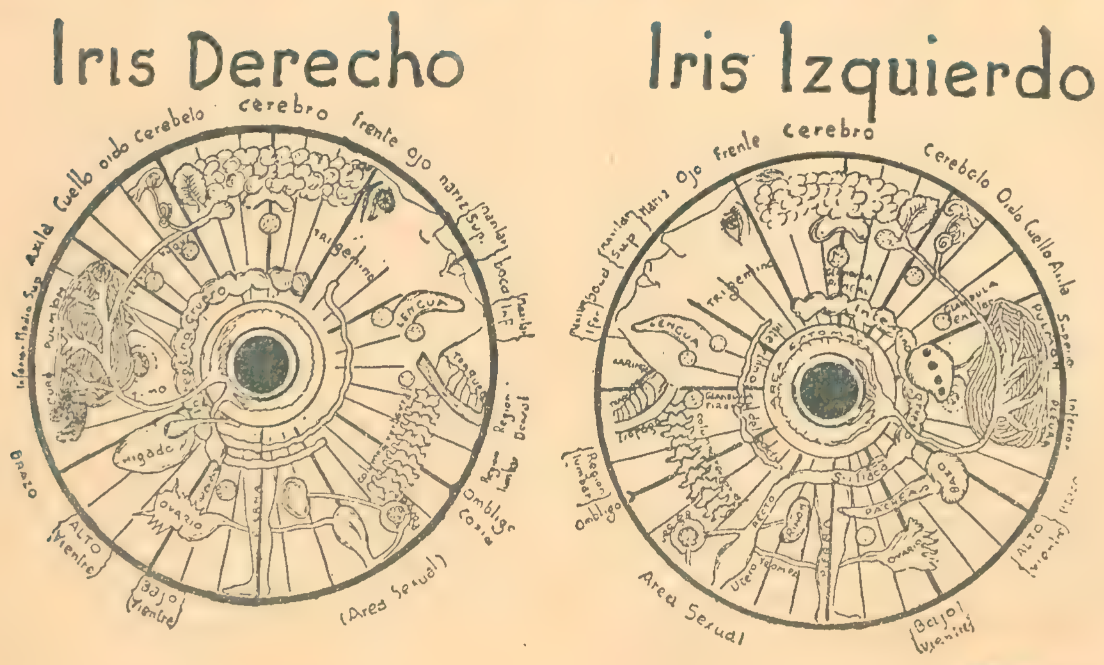
—¡Muerto o vivo! — pensaba entretanto Yu-Chen.—No me tomarán por asesino; pero, moralmente, he cometido un crimen. Se necesitarán millones de años para que pueda ir a reunirme con los espíritus de mis antepasados.

La sonrisa de su cara era una máscara.

FIN

EL IRIS *del* OJO *REFLEJA*

Nos asegura J. VIDAL MATA



Clave topográfica para localizar y definir una enfermedad cualquiera en el diagnóstico por el iris del ojo humano.

LA forma de dar con las enfermedades por el negro de los ojos (iris) es, sin duda alguna, de lo más completo y exacto entre los demás sistemas de diagnóstico que se conocen. Pero son necesarios unos cuantos años de práctica para alcanzar a dominar, de una manera más o menos perfecta, esta maravilla humana.

Se dice que la vista es el espejo del alma. Para el iridólogo entendido, la vista es el reflejo, además, del estado de salud o de enfermedad. Y es que mediante un estudio acabado de los signos estampados en el iris de los ojos puede establecer con precisión qué órganos están afectados y qué órganos no.

Tan sugestiva por lo interesante ha resultado para nosotros esta nueva ciencia del iridiagnosis, que llevamos ya varios años estudiando en procura de más y más elementos de enseñanza. Algunos aciertos obtenidos al iniciarnos, sirvieron de estímulo para continuar. Hoy tenemos reunido un abundante bagaje, varios millares de fichas con apuntes de otros tantos iris hallados como interesantes a nuestro paso. Y podemos ya expresarnos con conocimiento de causa para poner al alcance de los más profanos estos conocimientos.

UNA LECHUZA INTERVIENE ACCIDENTALMENTE EN EL DESCUBRIMIENTO

Un muchacho — el que a los años llegó a ser el prestigioso doctor von Peczley, de Budapest — estaba jugando con una lechuza en los jardines de su casa. De pronto, enojado el animalito de ojos saltones se le prendió con toda su furia de una mano, hundiendo en la carne las afiladas uñas. Con un ademán brusco, el joven quiso desprender la garra filosa del furioso lechuzón, y sin querer le rompió una pata.

Fué en ese mismo instante en que uno de los ojos de la lechuza, en la parte inferior del iris, apareció una rayita negra. Esta señal no tenía mayormente importancia para el joven, a no ser para despertar la curiosidad, para grabar una impresión en el niño que más tarde diera pruebas de poseer cualidades de gran observador.

Dedicóse el jovencito a la curación de su ave herida. Y vió cómo la mancha iba para menos. De negra que era, íbase aclarando hasta tornarse blancuzca y desaparecer. Esto intrigó sobremanera a la criatura, tanto que tenía ya la intuición de "algo indefinido" que más tarde debía asumir carácter de ciencia.

Transcurrieron unos años más, hasta que von Peczely dió en asomarse por diversos senderos al vasto campo de las ciencias. Entregóse con incomparable ardor al estudio de la anatomía y fisiología. Quiso saber de qué piezas está compuesto el cuerpo humano y cómo funcionan. Y así, hasta llegar al pleno saber o dominio de que el iris de los ojos retrata, como en una placa fotográfica, todos los cambios o desarreglos físicos u orgánicos. Y a fuerza de revisiones y experimentos, el ya doctor von Peczely consiguió preparar una de las primeras claves topográficas del iris.

HASTA QUE DIERON EN INTERESARSE OTROS HOMBRES DE CIENCIA

Hubo otro investigador infatigable, Nils Liljequist, que trabajó tesoneramente, hasta el último día de su vida, en el perfeccionamiento de los medios de exploración de los signos iridales. Fué el primero en descubrir en el iris señales de intoxicación medicamentosa. "El hecho de haber tomado mucha quinina en su juventud lo llevó a establecer que la descoloración amarillenta de sus ojos era el signo característico que acusa en el organismo la presencia de dicho veneno." Esto lo indujo a estudiar otros colores o pigmentos, llegando al resultado exactísimo — hoy comprobado por nosotros en infinidad de casos — de que todas las drogas son venenos dañinos para el cuerpo. Tal el mercurio, el yodo, el arsénico, la antipirina, la morfina, el bromuro, el azufre, la estricnina, etc., dados en forma de remedios, y que, en virtud de este prodigioso medio de diagnóstico, podemos decir, sin equivocarnos, en qué parte del cuerpo están molestando dichos venenos. Y lo mismo tratándose del fumador y alcoholista consumados.

MAS ESPECIALISTAS DEL IRISDIAGNOSIS

Cuéntanse en el mundo hoy en día competentes y habilísimos diagnosticadores, como el doctor Vander, en Alemania; el doctor Angel Vidaurrázaga, en España; los doctores Henry y William, en Inglaterra. Hay otros más, también famosos, como los doctores F. Havard, Lindlahf, Kritzer, Lane y Huter. Con sus aciertos sensacionales, los iridólogos nombrados han adquirido su bien merecida reputación mundial. Hubo quien coleccionó apuntes y fotografías hasta de treinta mil iris, en el afán de hallar la suma de conocimientos para la mayor interpretación de ciencia tan apasionante e incipiente.



Nuevo aparato científico para poder observar en todos sus minúsculos detalles el interior del ojo del hombre.

FUNDAMENTOS CIENTIFICOS DE ESTE NUEVO SISTEMA DE DIAGNOSTICO

¿No habrá una inteligencia también en cada una de esas criaturitas llamadas células? Porque la verdad es que esos diminu-

NUESTRA Salud o ENFERMEDAD

tos trocitos vivientes tienen la facultad de comunicarse todos los disgustos, todos los estados de descontento o de placer... Cuentan con dos discos llamados iris, dispuestos en miniatura como pantallas de cine, donde se van grabando las dolencias, todos los procesos, agudos y crónicos de una alteración cualquiera. Pero ¡cómo! ¿No será un cuento de hadas? Nada de eso. Veamos qué razones hay en favor de cuanto decimos.

EN QUE FORMA ESTA COMPUESTO EL MECANISMO DE LOS OJOS

Forman el disco iridial dos músculos: uno de fibras a manera de círculos concéntricos, del centro hacia los bordes, y en rededor de la pupila o niña del ojo; otro de fibras radiadas, unidas a dos nervios diferentes.

Cantidad asombrosa de filamentos nerviosos, en suma finísimos, pasan al nervio óptico, que empalma por detrás del ojo y que se halla en relación con todo el cuerpo por medio del gran sistema de nervios y glándulas.

Hay por todo el iris hileras de células, arterias, venitas, que riegan todo el ojo.

Los filetes tan pequeños, las terminaciones nerviosas llamadas dendritas, forman con entera precisión las áreas o zonas correspondientes a tal o cual región u órgano del cuerpo. Intervienen para establecer el maravilloso "código de señales", las fibras musculares y las venitas. Así se graban, en forma de manchas, canaletas, anillos, nubecillas, aberturas y puntos negros, todos los procesos de inflamación y destrucción de tejido, todas las acumulaciones de substancias extrañas, todo principio de debilidad o degeneración celular.



Esta máquina sirve para fotografiar el interior del ojo, y de esta manera poder hacer un diagnóstico perfecto.

INTERPRETACION DE LA CLAVE TOPOGRAFICA DEL GRABADO

¿Nubecillas de brillo blanquecino alrededor de la pupila? Estado inflamatorio en el estómago.

¿Castaño o amarillo marrón con brillo? Mala digestión, fiebre a cada tanto en el tubo digestivo, ardores, acidez.

¿Alteración en el borde de la pupila? Afectado el gran simpático. Depresión, abatimiento "sin motivo". Hipocondría, melancolía.

¿Marrón obscuro, moreno negruzco con pequeñas líneas radiadas? Muy malas digestiones. Cansancio o atrofia. Falta o escasez de jugo gástrico.

¿Opacidades, coloración pardo rojiza obscura por debajo de la pupila? Estreñimiento crónico o rebelde.

¿Puntos obscuros sobre fondo más claro? Cáncer al estómago.

¿Anillo café obscuro rodeando el disco? Eczemas o escrófula de la piel.

¿Ancho cerrado? Degeneración o vejez prematura.

¿Anillo regular de ancho en ambos iris? Palidez, atrofia o anemia.

¿Como un hilo fino amarillento? Medicamentos con estricnina.

¿De tamaño diferente las pupilas? Afección grave de la espina dorsal.

¿Que se agrandan y se achican sin motivo? Acido úrico en la sangre.

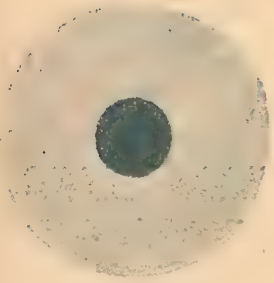
¿Círculos blancos por secciones? Calcinación medicamentosa.

¿Anillos? Irritación del sistema nervioso, calambres.

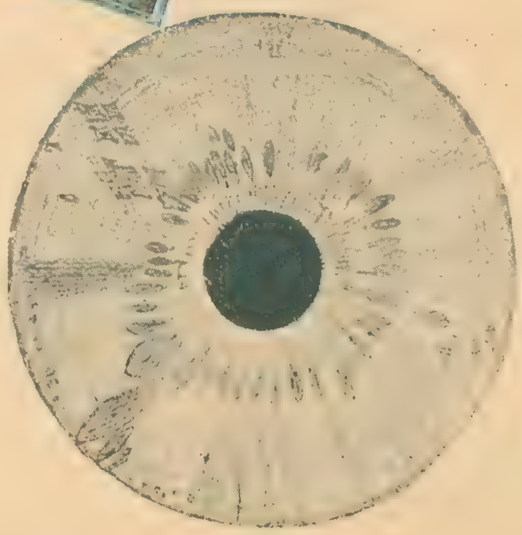
¿Cerrados los anillos? Crisis nerviosa.

¿Rojizos? Yodo de botica en la parte correspondiente.

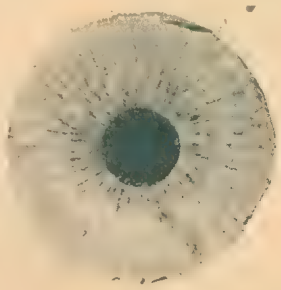
(Continúa en la página siguiente)

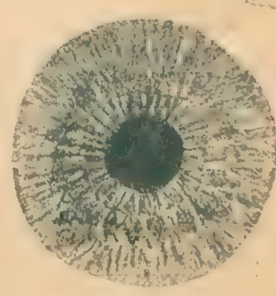


Principio de rebajamiento o degeneración orgánica cuando empiezan a percibirse pequeños defectos en el tejido del iris. En el grabado nótase ya una corona más opaca en torno de la pupila, que indica retardo en las digestiones. Una anciana de ciento diez años era poseedora, no obstante, de este iris.

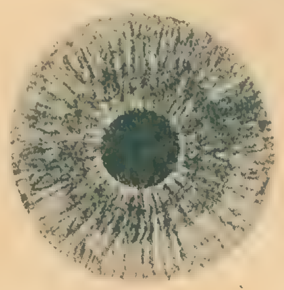


Buena constitución física cuando las fibras del iris son limpias, compactas y uniformes del centro hacia los bordes de lo azul o negro del ojo. En todo lo que se lleva observado no se ha encontrado todavía un solo iris de éstos. ¡Ni hasta en los que llevan una vida en plena naturaleza existe!

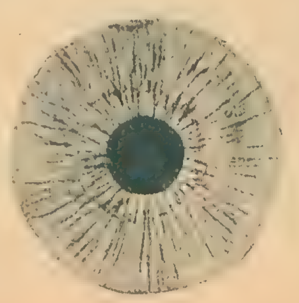




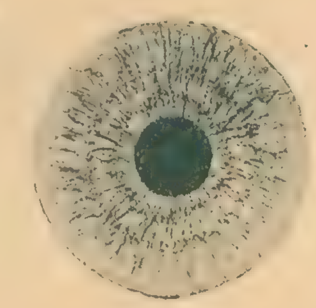
Esta es la última de las constituciones, en que se puede alcanzar a vivir, pero muy poco. Los enfermos con este iris casi no reaccionan. Difícilmente curan. En la ciudad se hallan no pocos iris de estos que muestra el grabado.



Ya se nota el negro o el azul del ojo con señales de gran recargo de malos humores. El área correspondiente al aparato digestivo indica que hay cansancio y degeneración en dicho órgano. Hay rastro de taras hereditarias: sangre alterada o disémica, hemofilia, arterioesclerosis o anemia. El sistema nervioso está a la miseria. Hay neurastenia, neuritis, etc. La linfa denuncia estar recargada igualmente de impurezas, produciéndose escrófulas y hasta inflamación de las glándulas.



Menos bueno que el segundo. Es el más común entre gentes que dicen gozar de salud. Hay ya muchos defectos en la estructura de las fibras. Sin embargo, los males no han invadido más que el estómago. Las personas de este iris están propensas a sufrir algunas crisis pasajeras en forma de fiebres sanguíneas de limpieza.



Revela congestión y fiebre interna. Dolores en pulmón y hombro. Región lumbar. Tiene hígado enfermo. Sufre nerviosidad, flebitis y estreñimiento.

Mediana constitución física, ya que el signo de congestiones e irritaciones denota elaboración de malos humores que han comenzado a invadir en forma de impurezas el gran torrente circulatorio. El sujeto posecdor de este iris es ya artrítico. Es propenso a dolores reumáticos y desarreglos en algún órgano.

¿Manchas rojizas? Yodo por fuera.
¿Manchas café hasta bien obscuras? Lepra.
¿Manchas con muchos puntos y a triángulos y bordes? Heridas graves.
¿Manchas ovaladas negras, semejantes a una pera? Puñalada.
¿Manchas en forma de gotita? Mordedura de perro.
¿Manchas bien pronunciadas hacia abajo? Enfermedades congénitas.
¿Nubes blancas que se van poniendo obscuras? Envenenamiento de la sangre.
¿Nubes más claras que el color del iris? Enfermedad aguda o crisis que finaliza después de un régimen adecuado.
¿Señales en forma de anillos cortados? Lesiones orgánicas.
¿Línea o surcos radiados hacia arriba? Dolores de cabeza crónicos.
¿Una nubecilla en el borde superior? Debilidad cerebral con vahidos, desvanecimientos y falta de memoria.
¿Más claro el iris arriba que abajo? Histerismo.

COMO SE PRODUCE EL ESTADO DE ENFERMEDAD

El centro de donde arranca todo principio de alteración está, según lo expresa el iris, en el estómago. Alimentos contraindicados, de digestión trabajosa, han cansado ese órgano. Y como todo está entrelazado con el organismo, de acuerdo a una armonía funcional, comienzan desde ese mismo momento a resentirse los intestinos, luego los riñones, el corazón y el hígado.

Se resiente toda una admirable organización de órganos que hacen las veces de obreros. Unos que mezclan y ensalivan los alimentos; otros que los desinfectan y quimifican, empapándolos con ciertos ácidos especiales contenidos en el jugo gástrico; otras obreras (glándulas) separan las esencias de los alimentos; otras elaboran la sangre, que es la vida. Pero sucede que es tanta y tanta la "basura" y los venenos que ingerimos, tanto el abuso y extravío en el comer, que no hay órganos con suficiente capacidad para defendernos y eliminar a su tiempo tanto residuo. De ahí que se produzcan fermentaciones y putrefacciones continuas a lo largo del trayecto intestinal. La sangre acude en auxilio con sus defensas a combatir la proliferación enorme de microbios. Prodúcense congestiones y fiebres. Fiebres intestinales, sequedad de vientre, gases que se van filtrando por dentro hasta llegar al hígado, al bazo, a los pulmones y al cerebro. El iris señala bien el curso que llevan estas materias tóxicas. Señala cómo se localizan en cada región del cuerpo, débil o fría. Pone de relieve el iris la marcha que sigue la enfermedad arraigada o iniciada de la forma ya explicada.

LOS MICROBIOS SON EFECTO, PERO NO CAUSA

Otras obreritas llamadas células (glóbulos blancos y rojos) se sienten molestas con la presencia de venenos que no han podido ser expulsados. Luego se dice que son los microbios los causantes de la enfermedad, que son los propagadores de ella. ¡Error! Los microbios son lo que el escarabajo para la basura. La enfermedad, el ensuciamiento, es primero; los microbios vienen después. Son efecto, pero no causa. Llegan a un cuerpo atascado de impurezas a cumplir una misión necesaria. Lo mismo que la pulga atraída por la suciedad. Igualito que el zancudo de la malaria, que se incuba en los pantanos. Este es portador de una levadura especial que hace sentir la fiebre palúdica para poner en fermentación el veneno acumulado en los organismos sucios. Tal el papel de todo germen patógeno.

La enfermedad es una desarmonía funcional. Es una falla en el cambio y recambio de elementos nutritivos. La enfermedad se debe a insuficiencia en el metabolismo basal o nutritivo de la célula. Algo muy opuesto, muy contrario a tanta teoría médica de cuantas intentan explicar el origen de la enfermedad. Los puntos dolorosos, los síntomas que tanto dividen a los médicos en especialistas, no son sino desarreglos que circulan como viajeros que buscan dónde hospedarse, y que se ubican en los lugares débiles, predispuestos.

Mientras que las funciones de nutrición celular se verifican de un modo eficiente y natural, nada hay que temer. De ahí la necesidad de aprender a alimentarse de acuerdo a las leyes de la eutrofología: ciencia de la buena nutrición.

Este razonamiento nos lo sugiere el estudio del irisdiagnóstico. Ha sido suficiente, en la mayoría de los casos, de que uno o más enfermos abadonen sus errores culinarios, sus feas costumbres de fumar, beber, etc., para que de sus ojos vayan paulatinamente borrándose las señales o signos de sus dolencias. El remedio de todo mal estriba en la buena digestión y eliminación. Y esto sólo es posible gracias a una alimentación a base de frutas, cereales con cáscara y verduras tiernas.

FIN

¿QUIÉN LO DIJO?...

Por MAX SABELOTODO

Locuciones, refranes, aforismos y frases célebres desfilan por aquí, proclamando su verdadero origen unas veces, y negando otras el que les atribuye la versión popular, aceptada con frecuencia hasta por los "eruditos", que los utilizan de segunda mano. No es el deseo de entretener la curiosidad del lector, sino un propósito docente el que ha decidido la incorporación de esta sección a MUNDO ARGENTINO. Quien coleccione esta página podrá disponer de un tratado, tanto más indispensable si se piensa que no existe ninguno de su género en nuestro idioma.



"APRES NOUS LE DELUGE"

ESTA FRASE,

que quiere decir: "Después de nosotros, el diluvio", data de mediados del siglo XVIII, y pertenece a la marquesa de Pompadour.



La MARQUESA de POMPADOUR

que se llamaba Antonieta Poisson, fué una de las más célebres mujeres de la corte de Francia, favorita del rey Luis XV, sobre quien ejerció considerable y perniciosa influencia, habiendo fallecido a los cuarenta y tres años, en 1764.

LUIS XV,

a quien se le llamó "el muy amado" por el ascendiente que adquirieron a su lado las favoritas, aparecía preocupado y deprimido a consecuencia de la pérdida de sus colonias durante la guerra de los siete años, y en estas circunstancias fué que la marquesa de Pompadour, a fin de reanimarlo, pronuncio la célebre frase: "Après nous le déluge."



EMPLEASE

para caracterizar la conducta desordenada de los gobiernos o de las personas que obran, sin tener en cuenta los intereses de los que vienen detrás, asistidos precisamente por la convicción de que el caos que sobrevenga ya no podrá alcanzarlos.

Tres días mar afuera...

(Continuación de la página 59)

—*¡Guarda ahí!...*

El grito del capitán es la salvación. Al día siguiente el timonel comenta conmigo:

—*Bisoña sempre a bordo un nomo que comande. Io que lavoro non poso vedere il peligro.*

Es la clave. Ninguno que trabaja puede ver el peligro. Cuando el barco baila durante uno de esos temporales que lo mantienen horas y horas, sin avanzar diez cuadras, los pescadores, rendidos por la fatiga, descansan en la sentina de proa indiferentes y confiados. O prolongan la sobremesa hablando de mujeres y de barcos. O de puertos remotos, porque quien más, quien menos, todos conocen las rutas del mar.

Al regreso, si el tiempo lo permite, se dedican a las industrias de a bordo. Remiendan la red y aseguran los cabos, lavan y pintan el barco, revisan la instalación eléctrica, fabrican un balde con una lata de aceite, juegan con los perros y escrutan las nubes.

Así viven. Del muelle a la pesca y de la pesca al muelle, identificados con el vaivén de la marea. Bajan a tierra para divertirse, y entonces no es raro que duerman en la comisaría, hasta la hora de zarpar.

—*Es dura esta vida...* — le digo al capitán.

Pero el capitán no me contesta. Tiene su gente en Montevideo. La mujer, los hijos. Cada cuatro días pasa delante de la ciudad donde lo esperan cada cuatro meses. El barco no puede desviarse de su ruta.

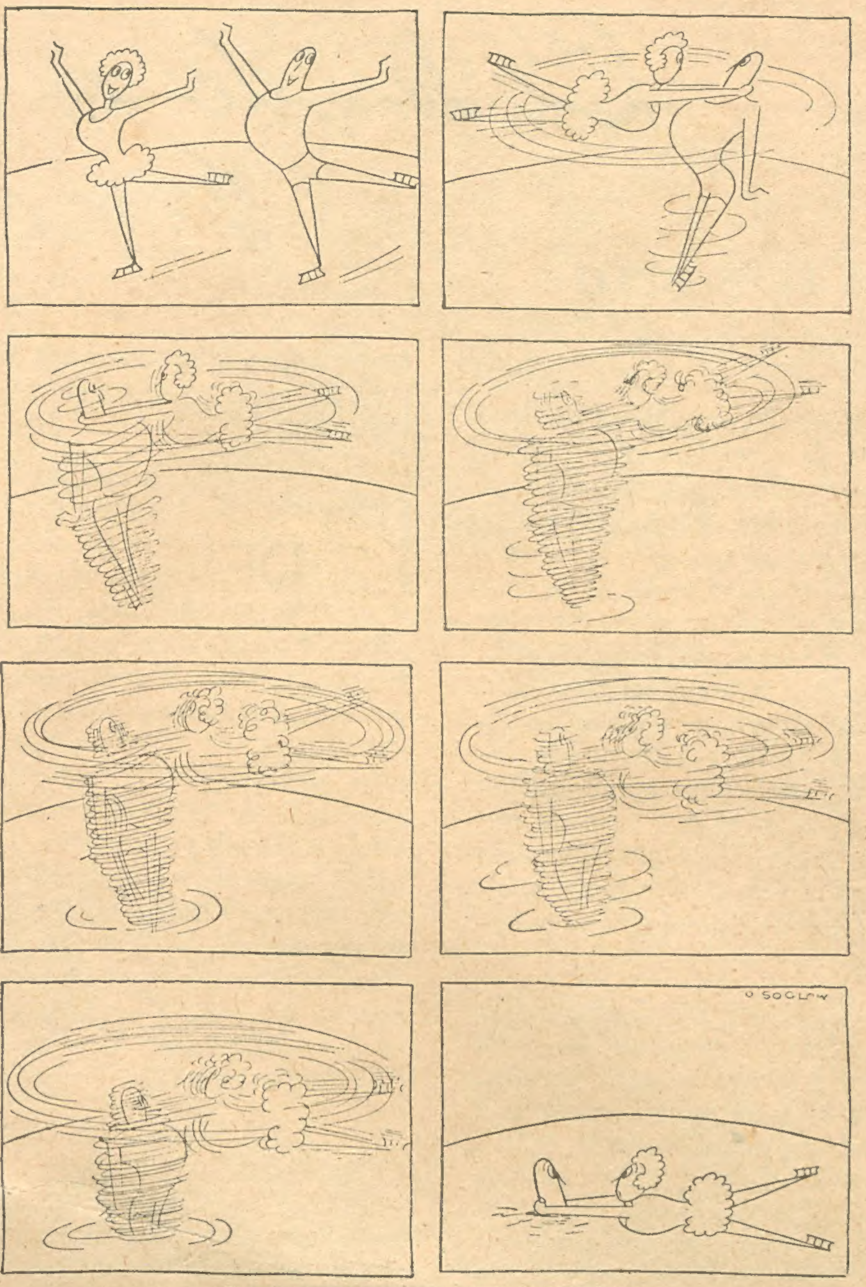
Entonces insisto:

—*¿Qué es lo que los empuja a perseverar en este oficio?...*

—*La libertad...* — *contesta.*

FIN

Las grandes historietas de SOGLOW



LA EMBRIAGUEZ DEL PATRON

La ciudad sin alma

(Continuación de la página 28)

En esto asomó la cara llorosa de una vecina, y tras ella otras. El cuarto se llenó de gentes humildes. Alguien se llevó a la niña.

El médico y el cura tenían que recorrer el mismo camino y salieron juntos a la calle.

— Es un caso muy triste — dijo Fleming. — Una desgracia inevitable, supongo.

— ¿Inevitable? En Navestok, sí; pero no en muchas otras partes.

— ¿Piensa usted que puede culparse a deficiencias en las condiciones locales? — preguntó Fleming, recordando su conversación con Turrell.

— Lo afirmo.

— Sin embargo, yo hace veinte años que vivo en Navestok y...

— Eso no hace más que complicar su visión de las cosas. El tiempo acaba siempre por familiarizarnos con las mayores aberraciones. Yo miro a Navestok con ojos de extranjero. Lo miro, además, a través del cristal de la moderna ciencia. Por eso afirmo que sus condiciones sanitarias son desastrosas.

Habían llegado a un punto en que sus caminos divergían. Fleming tendió la mano al médico.

— Lamento que no nos hayamos conocido hasta hoy — dijo. — Confío en que podremos remediar de algún modo la situación, señor Wolfe.

— Así lo espero.

Wolfe regresó a su casa con la confortante ilusión de haber conseguido un aliado. Fleming volvió a la suya con la convicción de haber estrechado la mano a un verdadero aristócrata del sentimiento.

(Continúa en el próximo número.)

Cartas de un argentino que se enoja

DEBE DE SABERLO EL PUEBLO...

Señor Director:

El Ministerio de Guerra, que para no desvirtuar la tradición pacifista de nuestro país debiera llamarse Ministerio de Defensa Nacional, ha organizado una serie de conferencias radiotelefónicas "sobre las actividades desarrolladas por el ejército en cuestiones que, por su índole, interesan a todo el pueblo de la república". "Esta medida — según se declara en los fundamentos de la resolución respectiva — tiende a facilitar al público el conocimiento de las medidas adoptadas por las autoridades superiores de la institución en favor de la educación moral y física de los ciudadanos que toma a su cargo, así como también exponer cuánto influye el ejército en el fomento de las industrias establecidas en el país." Las conferencias se han iniciado la semana pasada de acuerdo a un interesante programa que los diarios reprodujeron oportunamente.

Yo no pretendo insinuar siquiera que la oportuna providencia que acaban de adoptar nuestras autoridades militares responde a una sugestión mía. Pero no puedo dejar de señalar una coincidencia que me honra. Hace algunas semanas, precisamente, ponía de relieve en mi carta la necesidad de vincular más al pueblo con las instituciones militares. Hablé del poderoso influjo sentimental, de la calurosa vibración de nacionalismo que producía el desfile de un cuerpo de ejército por las calles de la ciudad. Indiqué la conveniencia de permitir el acceso del público a las maniobras militares cuando éstas asuman sus más interesantes aspectos. (Publicada ya mi carta, alguien me informó de que en Inglaterra parte de las maniobras de las fuerzas terrestres y aéreas se realizan ante público, al que se le cobra entrada. Confieso que lo ignoraba.) Y, finalmente, me permití proponer como medio de divulgación popular la radiotelefonía. Si la coincidencia del gobierno no se limitara a la última de mis sugestiones, su propósito de demostrar la influencia civilizadora del ejército se cumpliría más ampliamente. Lo declaro sin jactancia.

Nunca se me ha ocurrido pensar que las instituciones armadas necesitan justificar su presencia en la sociedad. Son, en esencia, el complemento indispensable de las fronteras; las que le dan inmanente efectividad. Concebir una nación sin fronteras es tan absurdo como concebir un hogar sin paredes. La supeditación del contenido al continente es rigurosa aquí. Y sólo el ejército y la armada pueden dar realidad a las fronteras. Sostener lo contrario supondría caer en el anarquismo. Perfectamente; pero enseñar al pueblo que las instituciones armadas son algo más que eso, algo más que la justificación de nuestras fronteras, resulta una oportunísima iniciativa oficial. Y no otra cosa propuse yo en mi carta, con argumentos que ahora refuerzo.

Algo más que la justificación de nuestras fronteras, que la seguridad de nuestra integridad nacional y del orden interno suponen las instituciones armadas. La simple enunciación de los títulos de las conferencias radiotelefónicas organizadas por el Ministerio de Guerra nos sugiere elocuentemente la contribución que el ejército presta a la higiene, a la cultura y al progreso nacionales. Recordemos, para verificarlo, unos cuantos: "Instrucción y educación del ciudadano en el ejército", "Beneficios que reporta al pueblo la provisión de vestuario al ejército", "Beneficios que reporta al pueblo la provisión de víveres al ejército", "La fabricación de materiales para el ejército con materias primas nacionales", "Propaganda profiláctica que se desarrolla entre la tropa; su extensión a la población civil", "Beneficios que reporta al pueblo la provisión de equipo al ejército", "El ejército y la economía nacional en los trabajos de levantamientos de cartas del país", "El fomento equino; a quiénes interesa o afecta", etc.

Otra de las conferencias anunciadas versa sobre la "Importancia de nuestra fábrica militar de aviones; su influencia social y económica". Nada puede significar más elocuentemente esta importancia, en mi concepto, que unas declaraciones formuladas por el general Justo, creador de la fábrica, en un reportaje que Arturo Silvestre le hizo en "El Hogar" del 27 de febrero de 1931. Nuestro actual presidente dice en ese reportaje, textualmente: "La fábrica de aviones de Córdoba no sólo responde a la necesidad militar de emanciparnos de la industria extranjera. Es algo más que un elemento indispensable de la defensa nacional. Constituye un centro propulsor de nuestra incipiente manufactura del hierro. En veinticuatro horas podría montarse en ella una poderosa fábrica de tractores, camiones y automóviles capaz de estimular una actividad desconocida aún en el país. Lo mismo ocurre con la fábrica de pólvora, de Córdoba también, que representa, fuera de su función bélica, un considerable centro productor de nitratos y celulosa. La industria del celuloide encontraría allí una fuente inagotable de materia prima"... El ejército no sólo ha constituído la república y la conserva, sino que la propulsa continuamente en una segura ruta de progreso, espiritual y material. Todo esto, señor Director, es lo que no puede ignorar el pueblo.

Argentino D. Veras

Mundo Argentino EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES
Dirección y Redacción: RIO DE JANEIRO 300 — U. T. 60, Caballito 1020-29



PRECIO: EN TODA LA REPUBLICA 30 CENTAVOS

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.

PRECIO: EN EL URUGUAY 25 CENTESIMOS